J Mackay

MANUEL G. PRADA

HORAS DE LUCHA



LIMA
TIP. "EL PROGRESO LITERARIO"
FILIPINAS 114 Y 116

1908

PRIMERA PARTE

LOS PARTIDOS y la UNION NACIONAL

[Conferencia dada el 21 de Agosto de 1898]

SEÑORES:

Cumpliendo con el mandato de la Unión Nacional, vengo á dirigir una palabra de aliento á los pocos hombres que después de muchas tentaciones y de muchos combates, permanecen fieles á nuestra causa. Hablaré de las agrupaciones políticas y sus caudillos, de la última guerra civil y sus consecuencias, de la Unión Nacional y sus deberes en las actuales circunstancias.

No esperen ustedes de mis labios reticencias, medias palabras, contemporizaciones ni tiros solapados y cobardes: expreso clara y toscamente las ideas; sin máscara ni puñal, ataco de frente á los malos hombres públicos. No hablo para incensar á los que mandan ni para servir de vocero á los que sueñan con arre-

batar el poder, sino para decir cuanto me parece necesario y justo, hiera los intereses que hiriere, subleve las iras que sublevare.

I

¿Qué fueron por lo general nuestros partidos en los últimos años? sindicatos de ambiciones malsanas, clubs eleccionarios ó sociedades mercantiles. ¿Qué nuestros caudillos? agentes de las grandes sociedades financieras, paisanos astutos que hicieron de la política una faena lucrativa ó soldados impulsivos que vieron en la Presidencia de la República el último grado de la carrera militar.

No faltaron hombres empeñados en constituir partidos homogéneos y sólidos; mas al fin quedaron aislados, sin colaboradores ni discípulos, y tuvieron que enmudecer para siempre ó limitarse á ejercer un apostolado solitario. ¿Dónde se encuentran los miembros del último Partido Liberal? Es que en los cerebros peruanos hay fosforescencias, nada más que fosforescencias de emancipación: todos renegamos hoy de las convicciones que invocábamos ayer, todos pisoteamos en la vejez las ideas que fueron el orgullo y la honra de nuestra juventud. Y ¡ojalá solamente los viejos prevaricaran!

Nosotros no clasificamos á los individuos en republicanos ó monárquicos, radicales ó conservadores, anarquistas ó autoritarios, sino en electores de un aspirante á la Presidencia. Al agruparnos formamos partidos que degeneran en clubs eleccionarios, ó mejor dicho, establecemos clubs eleccionarios que se arrogan el nombre de partidos. Verdad, las ideas encarnan en los hombres; pero verdad también que desde hace muchos años, ninguno de nuestros hombres públicos representó ni siquiera la falsificación de una idea. Veamos hoy mismo. ¿Qué grupos se denominan partidos? ¿Quiénes se levantan con ínfulas de jefes?

No contemos con el Civilismo de 1872, con ese núcleo de *consignatarios* reunidos y juramentados para reaccionar contra Dreyfus. Los corifeos del Partido Civil fueron simples negociantes con disfraz de políticos, desde los banqueros que á fuerza de emisiones fraudulentas convirtieron en billete depreciado el oro de la nación hasta los cañaveleros ó barones chinos que transformaron en jugo sacarino la sangre de los desventurados coolíes. La parte sana del Civilismo, la juventud que había seguido á Pardo, animada por un anhelo de reformas liberales, se corrompió en contacto con los malos elementos ó, segregán-

dose á tiempo, vivió definitivamente alejada de la política.

Pardo incurrió en graves errores económicos renovando el sistema de empréstitos y adelantos sobre el huano, sistema que él mismo había combatido; pero sufría los efectos de causas creadas por sus antecesores, luchaba con resistencias superiores á sus fuerzas; se veía encerrado en estrecho círculo de hierro. Se comete, pues, una grave injusticia cuando se le atribuye toda la culpa en la bancarrota nacional, iniciada por Castilla, continuada por Echenique y casi rematada por el Ministro Piérola con el contrato Dreyfus.

Sobre el Civilismo gravita una responsabilidad menos eludible que la bancarrota; dándose un nombre que implicaba el reto á una clase social, partiendo en guerra contra los militares, olvidó que si las capas inferiores de la Tierra descansan en el granito, las sociedades nuevas se apoyan en el hierro. Este olvido contribuyó eficazmente á nuestro descalabro en la última guerra exterior. Chile tuvo la inmensa ventaja de combatir, en el mar contra buques viejos y mal artillados, en tierra contra pelotones de reclutas á órdenes de militares bisoños, cuando no de comerciantes, doctores ó hacendados. Castilla, soldado sin educación ni saber pero inteligente

y avisado, comprendió muy bien que al Perú le convenía ser potencia marítima. *Cuando los chilenos construyan un buque de guerra*, decía, *nosotros debemos construir dos*. Pardo prefirió las alianzas dudosas y problemáticas á la fuerza real de los cañones, y solía repetir con una ligereza indigna de su gran suspicacia: *Mis dos blindados son Bolivia y la República Argentina*. Con todo, puede también disculpársele de no haber aumentado nuestra marina: tuvo que malgastar en combatir contra Piérola el oro que debió invertir en buques de guerra.

Muerto Pardo, que era la cabeza y la vida, el Partido Civil sufrió una desagregación cadavérica. Los civilistas, dispersos, sin cohesión suficiente para reconstituir una combinación estable, se resignaron á entrar como partes accesorias en las nuevas combinaciones. Han sido sucesiva y hasta simultáneamente, pradistas, calderonistas, iglesistas, caceristas, bermudistas, cívicos, coalicionistas y demócratas. Y no marchan todos á una, en masa compacta; poseen su táctica individual: así, cuando estalla una revolución ó surge algún caudillo con probabilidades de arribar hasta la cumbre, los impacientes se afilian en el acto, mientras los malignos y cautos se conservan in statu quo, aguardan-

do el resultado de la lucha para ir á engrosar el cortejo del vencedor. Hasta en el seno de una misma familia vemos á unos hermanos que se enrolan en el Partido Demócrata ó en el Constitucional, á la vez que otros permanecen como miembros natos del Civilismo. De modo que el tal Partido Civil es hoy para muchos el arte de comer en todas las mesas y meter las manos en todos los sacos.

Los civilistas constituyen una calamidad ineludible: no se debe gobernar con ellos porque trasmiten el virus, no se puede sin ellos porque se imponen con el oro y la astucia.

Excluyamos también á la Unión Cívica, ó propiamente hablando, camarilla parlamentaria, que pretendió surgir como panacea cuando vino como nuevo caso patológico. Nació con varias cabezas y, como todas las monstruosidades, vivió poco y miserablemente, aunque duró lo necesario para servir de puente decoroso entre el Civilismo y el Pierolismo, pues muchos hombres que no habrían tenido el descaro de saltar violentamente desde civilistas hasta demócratas, se deslizaron suavemente de civilistas á cívicos, de cívicos á coalicionistas y de coalicionistas á demócratas.

¿Pudo la Unión Cívica realizar algo mejor, dado su origen? Todos sabemos la historia

de los Congresos peruanos, desde el que humildemente se arrodilló ante Bolívar para conferirle la dictadura hasta el que sigilosamente acaba de sancionar el Protócolo y conceder el premio gordo á la fructífera virginidad de un tartufo. En nuestros cuerpos legislativos, en esa deforme aglomeración de hombres incoloros, incapaces y hasta inconscientes, hubo casi siempre la feria de intereses individuales, muy pocas veces la lucha por una idea ni por un interés nacional. Las Cámaras se compusieron de mayorías reglamentadas y disciplinadas; así, cuando una minoría independiente y proba quiso levantar la voz, esa minoría fué segregada por un golpe de autoridad ó tuvo que enmudecer entre la algazara y los insultos de una mayoría impudente y mercenaria. Y entre los Congresos inicuos ocupa lugar preferente el Congreso del Contrato Grace, el Congreso descaradamente venal, el Congreso que por una especie de cisma produjo á la Unión Cívica.

Al disolverse la camarilla parlamentaria, algunos de sus miembros se plegaron en bloque al Partido Demócrata (que dió muestras de rechazarles y acabó por admitirles) mientras muchos regresaron contritamente al Partido Constitucional, porque vivían ligados á Cáceres con negocios de trastienda y

misterios de alcoba. Si algo unió á los *prohombres* de la Unión Cívica, fué lo que más separa, el crimen: ellos antes de amalgamarse para formar un seudo partido, habían ejecutado la carnicería de Santa Catalina, ese crimen inútil y cobarde que será la deshonra de Morales Bermúdez, como Tebes lo es de Cáceres.

Quedan el Cacerismo y el Pierolismo que no deben llamarse partidos homogéneos sino agrupaciones heterogéneas, acaudilladas por dos hombres igualmente abominables y funestos—Cáceres que un día representaba los intereses de Grace, Piérola que no sabemos si continúa favoreciendo los negocios de Dreyfus. Al ver la encarnizada guerra de pierolistas y caceristas, cualquiera se habría figurado que sus jefes personificaban dos políticas diametralmente opuestas, que el uno proclamaba las ideas conservadoras hasta el absolutismo, cuando el otro llevaba las ideas avanzadas hasta la anarquía. Nada de eso: retamos al hombre más sutil para que trace una línea demarcadora entre pierolistas y caceristas, pára que nos diga cuáles reformas no aceptaría Cáceres y cuáles reformas rechazaría Piérola. Prescindiendo de la cuestión financiera, ó más bien, suprimiendo á Grace y Dreyfus, Cáceres habría firmado un

programa de Piérola, así como Piérola habría suscrito un manifiesto de Cáceres. Ambos representan una contradicción viviente: Cáceres es un constitucional ilegal y despótico, Piérola un demócrata clerical y autocrático.

Los dos antagonistas guardan muchos puntos de analogía, salvo que el Dictador de 1879 se reviste de hiprocresía para estrangular con la mano izquierda y santiguarse con la derecha, en tanto que el Jefe de la Breña denuncia los instintos del hombre prehistórico y tiene sus *francas y leales* escapadas á la selva primitiva. En ambos, el mismo orgullo, el mismo espíritu de arbitrariedad, la misma sed de mando y hasta igual manía de las grandezas, pues si el uno se cree Dictador in pártibus, el otro considera la Presidencia como el término legal de su carrera. En la vida de Cáceres brilla una época gloriosa: cuando luchaba con Chile y se había convertido en el Grau de tierra; en la existencia de Piérola se destaca siempre la figura borrosa del conspirador y signatario de *contratos*. Rodeado por algunos hombres honrados y de sanas intenciones, Cáceres pudo ser un buen mandatario; Piérola, circundado por un ministerio de Catones, daría los frutos que da. Uno representa la ignorancia ó el cofre

medio vacío, el otro la mala instrucción ó el canasto lleno de cachivaches y vejeces. En Cáceres, los defectos se compensan con cierta caballerosidad militar y cierta arrogancia varonil: sus adversarios se hallan frente á un hombre que aborrecen y respetan; en Piérola, todas las acciones, por naturales que parezcan, descubren algo hechizo y juglaresco: sus enemigos se ven ante un cómico de la legua ó payaso que les infunde risa. A Cáceres se le pega un tiro, á Piérola se le lanza un silbido.

Ya les vimos como Dictadores ó Presidentes: con Piérola tuvimos despilfarro económico, pandemónium político, desbarajuste militar y Dictadura ungida con óleo de capellán castrense y perfumada con mixtura de madre abadesa; con Cáceres, rapiña casera, flagelación en cuarteles y prisiones, fusilamiento en despoblado y la peor de todas las tiranías, la tiranía con máscara de legalidad. En resumen: ¿qué es Piérola? un García Moreno de ópera bufa; ¿qué es Cáceres? un Melgarejo abortado en su camino.

Pierolismo y Cacerismo patentizan una sola cosa—la miseria intelectual y moral del Perú.

II

Sí, miseria que será incurable y eterna si la mayoría sana y expoliada no realiza un he-

roico esfuerzo para extirpar á la minoría enferma y expoliadora.

Y no se tome por síntoma regenerador la última guerra civil. Todos los infelices indios que derramaron su sangre en las calles de Lima, no fueron ciudadanos movidos por una idea de justicia y mejoramiento social, sino seres medio inconscientes, cogidos á lazo en las punas, empujados con la punta de la bayoneta y lanzados los unos contra los otros, como se lanza una fiera contra una fiera, una locomotora sobre una locomotora. En las revoluciones de Castilla contra Echenique y de Prado contra Pezet hubo formidables y espontáneos levantamientos de provincias enteras, ejércitos sometidos á la disciplina y combates humanos aunque sangrientos; pero, en la guerra civil de 1894, los pueblos se mantuvieron en completa indiferencia, y sólo vimos hordas de montoneros capitaneadas por bandidos, imponedores de cupos, taladores de haciendas, flageladores de reclutas, violadores de mujeres, fusiladores de prisioneros, en fin, bárbaros tan bárbaros al defender la risible legalidad del Gobierno como al proclamar el monstruoso engendro de la Coalición. ¿Qué importa el valor desplegado en la toma de Lima? Nada tan fácil como hacer de un ignorante una bestia feroz. Si el

valor reflexivo y generoso denota la grandeza moral del individuo, la cólera ciega y brutal, la sed de sangre, el matar por matar, el destruir por destruir, prueban un regreso á la salvajez primitiva. Cuando dos hombres civilizados apelan al duelo, el vencedor tiende la mano al vencido; cuando un par de caníbales se disputan la misma presa, el vencedor se come presa y vencido.

En todas partes las revoluciones vienen como dolorosa y fecunda gestación de los pueblos: derraman sangre pero crean luz, suprimen hombres pero elaboran ideas. En el Perú, no. ¿Quién se ha levantado un palmo del suelo? ¿Quién ha manifestado grandeza de corazón ó superioridad de inteligencia? ¿Cuál de todos esos que chapotearon y se hundieron en la charca de sangre surgió trayendo en sus manos la perla de una idea generosa ó de un sentimiento noble? La mediocridad y la bajeza en todo y en todos. Vedles inmediatamente después del triunfo, cuando no se han secado todavía los charcos de sangre ni se han desvanecido los miasmas del cadáver en putrefacción: la primera faena de los héroes victoriosos se reduce á caer sobre los destinos de la Nación desangrada y empobrecida, como los buitres se lanzan sobre la carne de la res desbarrancada y moribunda. Simultá-

neamente, se dan corridas de toros, funciones de teatro y opíparas comilonas. Civilistas, cívicos y demócratas, todos se congratulan, comen y beben en cínica y repugnante promiscuidad. Todos convierten su cerebro en una prolongación del tubo digestivo. Como cerdos escapados de diferentes pocilgas, se juntan amigablemente en la misma espuerta y en el mismo bebedero. Y ¡ni una sola voz protesta! Y ¡ni un solo estómago siente asco y náuseas! Y ¡todos comen y beben sin que los manjares les hiedan á muerto, sin que el vino les deje sabor á sangre! Y ¡Piérola mismo preside las agapes fúnebres y pronuncia los brindis congratulatorios! No valía la pena de clamar 25 años contra el Civilismo, sembrar odios implacables, acaudillar revoluciones sangrientas y cargar el rifle de Montoya, para concluir con perdones mutuos y abrazos fraternales.

¿Pudo la revolución producir mejores resultados? Donde la pobreza sube á tanto que el hambre concluirá por llamarse un hábito nacional ¿qué hacen los hombres sino disputarse la presa y devorarse? Revolucionario que triunfa, coge el destino y come, embiste á la Caja Fiscal y roba. Y como el caído tiene hambre y grita, hay que cerrarle la boca y hacerle callar, algunas veces para siempre.

Ya estamos viendo la lucha por el bocado, el *tú ó yo* sin misericordia, en las entrañas de una selva. Nuestras revoluciones han sido (y serán por mucho tiempo) industrias ilícitas como el contrabando, como el progenitismo; y en el fragor de los combates se oirá, no sólo el estampido de armas que hieren y matan, sino el ruido de manos que se arañan en el fondo de un saco.

Con el triunfo de la revolución y la Presidencia de su caudillo, no mejora, pues, la suerte del Perú: lo venido con Piérola vale tanto como lo ido con Cáceres; y se necesita llevar una venda en los ojos ó estar embriagado con los vapores del festín, para encontrar alguna diferencia entre la desenfrenada soldadesca que ayer nos impuso al Jefe del Partido Constitucional y las famélicas hordas de montoneros que hoy nos someten al Jefe del Partido Demócrata. Se continúa la misma tragicomedia, con nuevas comparsas y con los mismos actores principales. Los demócratas poseen tanta conciencia de su inferioridad que para establecer un Gobierno Provisorio tuvieron que recurrir á la colaboración del Civilismo. ¡En 25 años de preparación y disciplina no alcanzaron á definir sus ideas ni á educar una media docena de hombres capaces de regir los ministerios!

Veamos á Piérola instalado en el Poder, como quien dice en la silla gestatoria. El *Inmaculado* concede su intimidad, sus favores y los cargos de más confianza á los hombres que en todas las épocas y bajo todos los gobiernos se distinguieron por la rapacidad y la desvergüenza; el *Restaurador* de las garantías individuales encarcela diputados, clausura periódicos y se vale de subterfugios ó triquiñuelas de *tinterillo* para confiscar imprentas y sellar el labio de los hombres que hablan con independencia y osadía; el *Regenerador* hace de la Capital una leprosería de monjas y frailes, entrega medio Perú á las comunidades religiosas, arroja del Cuzco á los clérigos ingleses que fundan un colegio y se imagina que lo negro de las conciencias se borra con el yeso aplicado á las torres de una iglesia: el *Federalistá* responde con denuestos y cañones al movimiento inicial en Iquitos, insinúa la supresión de los Concejos Departamentales y sueña cuanta medida puede concebirse para llevar á cabo la más opresora centralización; el *Demócrata* no recibe á los huelguistas con la dulzura y afabilidad de un correligionario, sino les rechaza con el ceño y dureza del señor feudal, hasta con la insolencia del mandón, listo á despachar unos cuantos esbirros que den plomo á los hambrientos que de-

mandan pan; en fin, el *Protector de la Raza Indígena* restablece en el camino del Pichis el régimen de las antiguas mitas y renueva con los desheredados indios de Ilave y Huanta los horrores y carnicerías de Weyler en Cuba y del Sultán en Armenia.

En resumen: la última guerra civil ha sido mala, tanto por la manera como se hizo cuanto por el caudillo que nos impuso: ella se iguala con el terremoto en que se desploman las ciudades y se cuartea la tierra para lanzar chorros de aguas negras y bocanadas de gases sulfurosos.

Sin embargo, en ninguna parte se necesita más de una revolución profunda y radical. Aquí, donde rigen instituciones malas ó maleadas, donde los culpables forman no solamente alianzas transitorias sino dinastías seculares, se debe emprender la faena del hacha en el bosque. No estamos en condiciones de satisfacernos con el derrumbamiento de un mandatario, con la renovación de las Cámaras, con la destitución de unos cuantos jueces ni con el cambio total de funcionarios subalternos y pasivos. Preguntemos á las gentes sencillas y bien intencionadas, á los agricultores ó industriales, á los ciudadanos que no mantienen vinculaciones con el Gobierno ni medran á expensas del Erario Público: todos nos

respondérán que llevan el disgusto en el corazón y las náuseas en la boca, que se asfixian en atmósfera de hospital, que anhelan por la ráfaga de aire puro y desinfectado, que piden cosas nuevas y hombres nuevos. ¿Qué puede alucinarnos ya? Todas las instituciones han sido discutidas ó descarnadas, y ostentan hoy sus deformidades orgánicas. Todos los personajes sufrieron disección anatómica y examen microscópico: les conocemos á todos.

Y la corrupción va cundiendo en los artesanos de las ciudades. La clase obrera figura en todas partes como la selva madre donde existen el buen palo de construcción y la buena tierra de sembradío. Cuando la parte más civilizada de una nación se prostituye y se desvigoriza, sube del pueblo una fecunda marejada que todo lo regenera y lo fortifica. Los artesanos de Lima, colocados entre el simple jornalero (á quien menosprecian) y la clase superior (á quien adulan) constituyen una seudo aristocracia con toda la ignorancia de lo bajo y toda la depravación de lo alto. Al reunirse establecen cofradías ó clubs eleccionarios; y como no profesan convicción alguna, como no conciben la más remota idea de su misión social ni de sus derechos, como se figuran que el súmmum de la sapiencia humana se condensa en la astucia de Bertoldo

emulsionada con la bellaquería de Sancho, tienen ustedes que los artesanos de Lima hacen el papel de cortesanos ó lacayos de todos los poderes legales ó ilegales, y que hoy mismo se contentan con recibir de Piérola el agua bendita y el rosario, como recibieron ayer de Pardo el aguardiente y la butifarra.

Felizmente, el Perú no se reduce á la costra corrompida y corruptora: lejos de políticos y logreros, de malos y maleadores, dormita una multitud sana y vigorosa, una especie de campo virgen que aguarda la buena labor y la buena semilla. Riamos de los desalentados sociólogos que nos quieren abrumar con sus *decadencias* y sus *razas inferiores*, cómodos hallazgos para resolver cuestiones irresolubles y justificar las iniquidades de los europeos en Asia y Africa. ¡Decadencia! Si estamos hoy de caída ¿cuándo brilló nuestra éra de ascención y llegada á la cumbre? ¿Puede rodar á lo bajo quien no subió á lo alto? Nuestros conciudadanos de Moyobamba y Quispicanchis ¿cenan ya como Lúculo, se visten como Sardanápalo, aman como el Marqués de Sade, coleccionan cuadros prerafaelistas y saben de memoria los versos de Baudelaire y Paul Verlaine? Aquí tenemos por base nacional una masa de indios ignorantes, de casi primitivos que hasta hoy recibieron por úni-

cos elementos de cultura las revoluciones, el alcohol y el fanatismo. Al pensarles en decadencia, se confunde la niñez con la caducidad, tomando por viejo paralítico al muchacho que todavía no aprendió el uso de sus miembros. Y *¿las razas inferiores?* Cuando se recuerda que en el Perú casi todos los hombres de algún valor intelectual fueron indios, cholos ó zambos, cuando se ve que los poquísimos descendientes de la nobleza castellana engendran tipos de inversión sexual y raquitismo, cuando nadie hallaría mucha diferencia entre el ángulo facial de un gorila y el de un antiguo marqués limeño, no hay para qué aducir más pruebas contra la inferioridad de las razas. Se debe, sí, constatar que desde los primeros albores de la Conquista, los *blancos* hicieron del indio una *raza sociológica*, ó más bien, una *casta ínfima* de donde siguen extrayendo el buey de las haciendas, el topo de las minas y la carnaza de los cuarteles.

Si los malos elementos superaran á los buenos, hace tiempo que habríamos desaparecido como nación, porque ningún organismo resiste cuando la fuerza desorganizadora excede á la fuerza conservatriz. Aquí el verdadero culpable fué el hombre ilustrado, que prodigó lecciones de inmoralidad cuando debió educar al pueblo con el buen ejemplo dándole una

verdadera lección de cosas. La muerte moral se concentra en la cumbre ó clases dominantes. Nos parecemos á los terrenos que surgen del Océano y llevan en las capas superiores los detritus de la vida submarina. El Perú es montaña coronada por un cementerio.

III

En medio de tanta miseria y de tanta ignominia, la Unión Nacional intenta formar un solo cuerpo de todos los hombres decididos á convertir las buenas intenciones en una acción eficaz, enérgica y purificadora: quiere unificarles y aguerrirles para sustituir la ordenada labor de una colectividad á los trabajos sin orden ni plan y á veces contraproducentes del individuo.

La Unión no pretende ganarse prosélitos, merced á pactos ambiguos ó solidaridades híbridas; rompe las tradiciones políticas y quiere organizar una fuerza que reaccione contra las malas ideas y los malos hábitos. Sólo de un modo nos atraeremos las simpatías y hallaremos eco en el alma de las muchedumbres—siendo intransigentes é irreconciliables. ¿Por qué fracasaron nuestros partidos? por la falta de líneas divisorias, por la infiltración

recíprocra de los hombres de un bando en otro bando. En el orden político, lo mismo que en el zoológico, el ayuntamiento de especies diferentes no produce más que híbridos ó seres infecundos. En España, se concibe la fusión transitoria de los partidos republicanos para destronar á la Monarquía y detener al Carlismo; en Francia, se concibe también para contrarrestar la influencia de clericales y orleanistas; pero aquí no se comprende las alianzas porque persiguen el único fin de encumbrar ó derrocar á un Presidente. ¿Cuál ha sido el resultado de la Coalición de 1894? quitar á un hombre, poner á otro y seguir en el mismo régimen. ¿Qué pasa hoy mismo? los civilistas buscan á los demócratas para embonar á Candamo, mientras los demócratas se hacen los esquivos porque sueñan con imponer á no sabemos qué personalidades indecisas y borrosas.

Como no hacen falta personajes de medio tinte ni agrupaciones amorfas y de color indefinible, se nos plantea un dilema: disolvernos ó convertirnos en verdadero partido de combate. Conviene repetirlo leal y francamente, para evitar equivocaciones y trazar desde hoy nuestra línea divisoria: entre la Unión Nacional y todas las agrupaciones mercantiles ó personalistas no caben alianzas ni transac-

ciones: cuando nos aproximemos á un bando cualquiera, no será para marchar con él sino contra él, no para estrecharle la mano sino para hacerle fuego.

Declarados tales propósitos, llevan el optimismo hasta la bobería los neófitos que al ingresar aquí se imaginan emprender viaje por un camino de flores. Se parte en guerra contra enemigos poderosos que miran el país como su legítimo patrimonio y defenderán la presa con el oro y la astucia, con la fuerza y el crimen. Ellos tienen en el ejército un brazo que tiraniza con el hierro, en el periódico una lengua que mata con la calumnia; cuentan con pretorianos á buen sueldo, con vociferadores á buena propina.

No basta desplegar la bandera y lanzar el grito para que los adherentes acudan en tropel. Nos dirigimos á un pueblo cien veces engañado que desconfiará de nosotros mientras los actos no le prueben la sinceridad de las intenciones. Mucho haremos con la pluma y la palabra, con el folleto y la conferencia, con la carta familiar y la conversación íntima; pero mucho más realizaremos con el ejemplo: la vida ejerce una propaganda lenta y muda, pero irresistible. Para eso necesitamos cerebros que piensen, no autómatas que hablen y gesticulen; gentes vivas, no cadáveres ambu-

lantes; prosélitos de buena fe, no tránsfugas corrompidos con la herencia y el mal ejemplo; en una palabra, juventud de jóvenes, no de hombres con 25 años en la fe de bautismo y siglo y medio en el corazón.

Lo difícil de organizarse lo palpamos ya. En tanto que el país gozó de tranquilidad, la Unión Nacional se desarrollaba paulatinamente, sin luchar con graves obstáculos, salvando las contrariedades que todas las asociaciones encuentran al nacer; mas cuando los caudillos se levantaron á formular programas, ganarse prosélitos y organizar clubs, entonces algunos de nuestros adherentes se agitaron como limaduras de hierro en presencia del imán. La agitación llegó á su colmo en Marzo de 1894 al estallar la revolución. En el seno mismo de la Unión, hasta en el reducido número del Comité Central, vimos las duplicidades, las deserciones y las apotasías. Eramos un recién nacido, y ya el mal hereditario nos carcomía.

Esto hace pensar á veces que las tentativas de reunir á los hombres por algo superior á las conveniencias individuales resultan vanas y contraproducentes. ¡Quién sabe si en el Perú no ha sonado la hora de los verdaderos partidos! ¡Quién sabe si aun permanecemos en la éra del apostolado solitario! Hay

talvez que lanzarse al campo de batalla, sin fiar en la colaboración leal de muchos, temiendo tanto al enemigo que nos ataca de frente como al amigo que nos hiere por la espalda. Y en esta lucha desigual, el correligionario de hoy se vuelve mañana un enemigo, mientras el adversario no se convierte jamás en amigo. Los que en el Perú marchan en línea recta se ven al cabo solos, escarnecidos, crucificados. Aquí se trabaja quizá como la disciplinada tripulación que se afana y se fatiga con la seguridad de no salvar el cargamento ni las vidas, porque el agua monta y el buque se hunde. Pero, suceda lo que sucediere, la voz de algunos hombres fieles á sus convicciones resonará mañana como una protesta viril en este crepúsculo de almas, en esta podredumbre de caracteres.

Felizmente, impera en la Unión Nacional una mayoría compacta y homogénea que resiste á las disensiones intestinas y repele los ataques exteriores. Si algunos pueden haber flaqueado y hasta delinquido, si algunos se han arrogado facultades ó representaciones que nadie les concedió, el Comité Central de Lima no ha solicitado alianzas ni celebrado transacciones indignas: él ha lanzado de su seno á los equívocos ó intrigantes. Segregados hoy los elementos ambiguos y perni-

ciosos, desvanecido el peligro de una cisión, la mayoría de la Unión Nacional sigue levantando una bandera inmaculada; y no sólo la levanta valerosamente en Lima, donde el ciudadano goza una intermitencia de garantías, sino temerariamente en muchos pueblos de la República, donde se respira bajo el régimen de los procónsules romanos, donde no existe más ley que la obtusa voluntad de un prefecto, de un subprefecto, de un gobernador ó de un comandante de partida. Hasta cabe asegurar que la más sólida fuerza de la Unión reside en las provincias, lo contrario de todos nuestros bandos políticos que sólo se mueven por el impulso recibido de la Capital. Si algún día el Comité de Lima violara el programa ó celebrara connivencias tenebrosas, el último Comité de la República podría convertirse en el verdadero centro de la Unión Nacional. Aquí no hay, ni queremos hombres que obedezcan ciegamente á las órdenes del grupo y del amo.

En nuestro desarrollo seguro aunque tardío, nada se debe á la iniciativa individual, todo viene de una acción colectiva, y nadie tiene por qué gastar ínfulas de hombre inspirador y necesario. El Partido Civil fué Pardo, el Partido Constitucional ha sido Cáceres, el Partido Demócrata es Piérola; la Unión

Nacional no es hombre alguno. Talvez, cediendo á la manía reglamentaria y al prurito general de vaciarlo todo en moldes parlamentarios, hemos organizado mesas presidenciales con tramitaciones complicadas y aún vejatorias; pero debe reconocerse que pretendemos aleccionar á nuestros adherentes de modo que en el momento preciso el más oscuro y el más humilde se convierta en el vocero de las ideas y el propulsor de la masa. En una palabra, no queremos exponernos á morir por decolación como el Partido Civil.

Sin embargo, la acefalía desinteresada, lo que á primera vista parece la fuerza y el mérito de la Unión, retarda su desarrollo y puede ocasionar su ruina. Nada tan funesto como un hombre sin convicciones á la cabeza de una muchedumbre nerviosa y maleable; nada también tan estéril como la idea que vive una vida aérea, que no se vuelve tangible, que no encarna en alguna personalidad. Una causa sin apóstol es una simple abstracción; y la Humanidad no adora y sigue más que á los individuos: hasta en las religiones más ideales, suprimido el símbolo material, vacila el dogma.

Esperemos que el hombre necesario surgirá en la hora oportuna: uno de esos adherentes sinceros y entusiastas, quizá el más silencioso

y el menos sospechado, realizará mañana el fecundo pensamiento de la Unión Nacional. Cuando la figura superior se diseñe en medio de nosotros, abramos el paso, allanemos el camino, haciendo el sacrificio de nuestro orgullo y de nuestras ambiciones personales: si hay mérito en pregonar una idea, hay mayor mérito en ceder el sitio al hombre capaz de realizarla.

Mientras llega ese día, mucho nos queda por hacer. Hasta hoy nos señalamos por el sentido práctico, y sin embargo, los malévolos ó políticos de profesión nos tachan de ilusos, utopistas y soñadores. Como en política valen los hechos, conviene preguntar ¿qué obra realizaron esos *hombres eminentemente prácticos* que no se alucinaron, no forjaron utopias ni soñaron? Ellos promulgaron constituciones y leyes sin educar ciudadanos para entenderlas y cumplirlas, ellos fundieron un metal sin cuidarse de ver si el molde tenía capacidad para recibirle, ellos decretaron la digestión sin conceder medios de adquirir el pan. Las desheredadas masas de indios se hallan en el caso de apostrofarles: —¿De qué nos sirve la instrucción gratuita si carecemos de escuelas? ¿De qué la Ley de Imprenta si no sabemos ni leer? ¿De qué el derecho de sufrafragio si no podemos ejercerle conscientemen-

te? ¿De qué la libertad de industria si no poseemos capitales, crédito ni una vara de tierra que romper con el arado? Esos hombres eminentemente prácticos fueron políticos á manera del buen doctor que hace morir á todos sus enfermos, del buen abogado que pierde todas sus causas y del buen capitán que echa á pique todos sus buques. Veámosles hoy mismo: cuando por el Sur nos amenazan nuevas y quizá más graves complicaciones que en 1879, ellos plantean las cuestiones fuera de su terreno, imaginándose revindicar con la Diplomacia y el protocolo los bienes que se recuperan con el rifle y la espada. Los *hombres eminentemente prácticos* levantan un dique de mamotretos para contrarrestar una invasión de bayonetas.

Piden algunos que toda palabra ó manifiesto de la Unión Nacional encierre tanto un programa definido y completo cuanto una fórmula para solucionar problemas no solucionados en ningún pueblo de la Tierra. Si la Humanidad hubiera resuelto sus problemas religiosos, políticos y sociales, el Planeta sería un Edén, la vida un festín. Un partido no puede ni debe condenarse á seguir un programa invariable y estricto como el credo de una religión; basta plantar algunos jalones y marcar el derrotero, sin fijar con antela-

lación el número de pasos. La Unión Nacional podría condensar en dos líneas su programa: evolucionar en el sentido de la más amplia libertad del individuo, prefiriendo las reformas sociales á las transformaciones políticas. Ya se vislumbra, pues, de qué lado estaríamos si llegara el caso de implantar el régimen federal ó establecer la libertad de cultos. Aunque el decirlo tenga visos de paradoja, somos un partido político, animado por el deseo de alejar á los hombres de la mera política, enfermedad endémica de las sociedades modernas. Política quiere decir traición, hipocresía, mala fe, podre con guante blanco; y al motejarse de mal político á un hombre de convicciones, en lugar de inferirle una ofensa, se le extiende un diploma de honradez y humanidad. No, de los *grandes* y *buenos políticos* no vino al mundo nada *bueno* ni *grande*: políticos se llaman Enrique IV renegando en París y Saint-Denis, Napoleón fusilando al Duque de Enghien, Talleyrand locupletándose bajo todos los regímenes, Bismarck falsificando el telegrama de Ems, Guillermo II aplaudiendo la estrangulación de Grecia, Cánovas del Castillo asolando Cuba, yermando Filipinas y haciendo funcionar una inquisición laica en la fortaleza de Montjuich.

Cuestiones de formas gubernamentales,

cuestiones de palabras ó de personas. Poco valen las diferencias entre el régimen monárquico y el republicano, cuando reina tanta miseria en San Petersburgo como en New York, cuando en Bélgica se disfruta de más garantías individuales que en Francia, cuando toda una reina de la Gran Bretaña carece de autoridad para encarcelar á un triste obrero; mientras un Morales Bermúdez y un Cáceres nos aprisionan, nos destierran, nos flagelan y nos fusilan en una pampa desierta ó en los escondrijos de un cuartel. Por eso, el mundo tiende hoy á dividirse, no en republicanos y monárquicos ni en liberales ó conservadores, sino en dos grandes fracciones: los poseedores y los desposeídos, los explotadores y los explotados.

Nosotros los *ilusos* preferimos una reducida colonia de agricultores holgados y libres á una inmensa república de siervos y proletarios; nosotros los *utopistas* reconocemos que nada hay absoluto ni definitivo en las instituciones de un pueblo, y consideramos toda reforma como punto de arranque para intentar nuevas reformas; nosotros los *soñadores* sabemos que debe salirse de la caridad evangélica para entrar en la justicia humana, que todos poseen derecho al desarrollo integral de su propio sér, no existiendo razón alguna

para monopolizar en beneficio de unos cuantos privilegiados los bienes que pertenecen á la Humanidad entera. Nosotros repetimos á los hombres eminentemente prácticos: ¡Fuera política, vengan reformas sociales! Les decimos también, para de una vez concluir con ellos: Si algún día la Unión Nacional se convierte en una fuerza poderosa y decisiva, entonces se verá si somos idealistas anodinos ú hombres capaces de consumar una justa y completa liquidación social.

IV.

La atención del país se concentra hoy en las elecciones de 1899, en el nuevo movimiento revolucionario y en el Protocolo de Arica y Tacna.

Mereceríamos la tacha de *ilusos*, *utopistas* y *soñadores*, si nos creyéramos un poderoso factor en nuestra vida política y quisiéramos intervenir como juez dirimente en el próximo simulacro de elecciones. Lanzándonos á la lucha, gastaríamos de un modo estéril y hasta perjudicial la fuerza que debemos aprovechar en crecer y consolidarnos. ¿Qué dique opondríamos al torrente de ilegalidad y corrupción? Actuando solos, nos veríamos arro-

llados y vencidos; aliándonos á otros, quedaríamos absorbidos y desopinados. Desde que no tenemos aún el prestigio necesario para mover á las muchedumbres y arrastrarlas á una acción eficaz y regeneradora, venzamos la impaciencia y almacenemos fuerzas para más tarde: abstenerse hoy no significa abdicar su derecho sino aplazarle.

Talvez en el terreno de las diputaciones y senadurías podríamos combatir con probabilidades de buen éxito en algunas localidades de la República [eso lo decidirán los Comités al compulsar su influencia] pero en cuanto á la presidencia y vicepresidencias, nada conviene intentar ¿A qué elegir hombres para lanzarles á ser inútilmente maculados y heridos en ese campo de ignominias y abominaciones? Intervengamos ó no, las futuras elecciones serán lo que fueron siempre, un fraude legalizado por el Congreso.

Realicemos, pues, algo más útil que descender al palenque de nuestras riñas electorales, á ese verdadero caldo de vibriones, y dejemos que cívicos, demócratas, civilistas y constitucionales continúen desfilando entre ruinas y sangre, como la grotesca mascarada de un carnaval siniestro. En la algazara de voces antipáticas y egoístas, seamos una voz que noche y día clame por la reconstitución de

nuestro ejército y de nuestra marina, no para atacar sino para defendernos, no para conquistar sino para eludir el ser conquistados, no para usurpar territorios ajenos sino para recobrar lo que inicua y sorpresivamente nos fué arrebatado.

Cuando la Unión Nacional anunciaba, no hace mucho tiempo, que la sanción del Protocolo originaría una guerra civil, toda la prensa turiferaria y palaciega confundió maliciosamente el anuncio con el deseo y nos atribuyó propósitos revolucionarios. Naturalmente, los plumíferos de bajo vuelo encontraron sin mucho esfuerzo una antítesis jocosa entre la debilidad de nuestros brazos y el ardor de nuestros impulsos bélicos. Era la misma lógica del que atribuye ganas de una epidemia al doctor que la anuncia ó deseos de una tempestad al marino que la presagia.

¿Hemos olvidado las revoluciones de Cáceres contra Iglesias y de Piérola contra Cáceres? Si el oro malgastado en ellas colmara hoy las arcas nacionales, si los hombres inútilmente sacrificados marcharan hoy con el rifle al hombro, otra sería la actitud de Chile con nosotros. No, esas revoluciones nada bueno produjeron, como no lo producirá la que nos amaga por el Norte. ¿Cáceres anuló ni pudo anular el Tratado de Ancón? ¿Piéro-

la ha constituído un gobierno más legal y menos arbitrario que el de Cáceres? Si mañana triunfaran los flamantes revolucionarios ¿piensa nadie que serían capaces de rasgar el Protocolo y cuadrarse frente á frente de los chilenos? Al tomar cuerpo la revolución, en vísperas de la victoria, Chile enviaría un *Agente Confidencial*, y todo se arreglaría entre chilenos y revolucionarios. Dígalo Ataura.

Los pueblos, en vez de afanarse por saber si triunfa el coronel Pérez ó sale derrotado el doctor García, deben averiguar si después de los combates pagarán menos contribuciones, sacudirán la tutela de los hacendados y dejarán la condición de jornaleros y *yanaconas* para convertirse en hombres libres y pequeños propietarios. Revolucionarse para verificar una sustitución de personas sin un cambio de régimen ¿vale acaso la pena? Con guerras civiles como las habidas hasta hoy, los ignorantes no ascienden un centímetro hacia la luz, los desgraciados no quitan un solo milígramo á la carga secular que les abruma. Ignorantes y desgraciados se revolucionan como siervos para cambiar de señor, como ovejas que se sublevaran para mudar de trasquiladores y degolladores. Por eso, al anuncio de la nueva revolución, lanza-

mos un solo grito: ¡Fuera los nuevos ambiciosos y los nuevos criminales! Esto podemos gritar los de la Unión Nacional, los que no escondemos las manos llenas de sangre; mas no los del Partido Demócrata, mas no el mismo Piérola que durante 25 años ha regentado cátedra de sediciones y motines: él no tiene derecho á repudiar y escarnecer á los actuales revolucionarios que vienen de su escuela, que son sus discípulos.

Los problemas internacionales ofrecen hoy una faz nueva con la alianza, *entente cordial* ó convenio tácito de Bolivia y la Argentina. Adhiriéndonos para formar una triple alianza, surgen muchas probabilidades de vencer á Chile, anular el tratado de Ancón y revindicar los territorios perdidos; no adhiriéndonos, corremos peligro de que nuestra neutralidad sea mirada como una manifestación hostil y de que la unión argentino-boliviana redunde no sólo en daño de Chile sino en perjuicio nuestro. El pensamiento de una alianza entre peruanos y chilenos contra bolivianos y argentinos se desecha sin discusión: no hay gobierno tan loco para celebrarla ni pueblo tan bajo para admitirla; así, lo más que Chile alcanzaría de nosotros, en el caso de lanzarse á la guerra, sería una estricta neutralidad. En esta suposición ¿qué ganaría-

mos? antes que todo, muy poca honra. Venciendo Chile, quedaríamos como estamos hoy, sin que nuestro inclemente vencedor de 1879 nos conservara la más pequeña gratitud ni nos concediera la más leve compensación por nuestra valiosa neutralidad; venciendo Bolivia y la Argentina, impondrían á Chile las condiciones de paz, tratarían sin cuidarse mucho de realizar la justicia, conciliando sus respectivos intereses, haciéndonos pagar muy caro el crimen de no habernos adherido á su alianza. Ninguna obligación moral impone á bolivianos y argentinos el dar su sangre y gastar su dinero por redimirnos á nosotros; y aunque ese deber existiera, no son pueblos tan románticos y generosos para sacrificar el interés en aras de la obligación moral.

¿Qué decir de Bolivia? Una sola consideración justifica hoy la alianza del Perú con élla —el temor que al no estar con nosotros, se habría unido á Chile para combatirnos y mutilarnos. La alianza de peruanos y bolivianos en 1879 recuerda la fraternidad de Sancho y don Quijote, pues en las *desventuradas aventuras* de la guerra ellos salvaban el cuerpo y nosotros recibíamos los palos. Nadie sabe si Bolivia se bañaba en agua de rosas mientras el Perú se ahogaba en un mar de

sangre: sólo se vió que después de San Francisco, los veteranos de Daza se hicieron humo entanto que el invisible y ubicuo General Campero tomó veinte veces Calama sin haberse movido una sola de Cochabamba ó La Paz. Desde la *famosa retirada* de Camarones, algunos hombres públicos de Bolivia empezaron á imaginarse que su incuria en la guerra y su alejamiento del Perú les servirían de título para que Chile les cediera Tacna y Arica. A veces se figuraban también que nosotros nos veíamos en la obligación de hacerlo, si no como remuneración de servicios prestados en la guerra (guerra que aceptamos en su defensa) al menos por confraternidad americana ó generosa caridad evangélica. En el último supuesto, los Cavour y los Metternich de Chuquisaca nos hacían el gran honor de concedernos las virtudes de San Vicente de Paul y San Martín. Mas como Chile no suelta la presa y como el Perú no la soltaría de ningún modo [si la recuperara] los bolivianos se vuelven hacia los argentinos, con la esperanza de hallar unos amigos más complacientes y más dadivosos.

¿Qué decir de la Argentina? El pueblo que por más de veinte años sufre la dictadura sangrienta de Rosas, el pueblo que se alía con el Brasil y el Uruguay para consumar la cru-

cifixión de los paraguayos, el pueblo que al ser solicitado en 1866 para adherirse á la alianza del Perú y Chile contra España, contesta [con insolencia y desprecio] que sus intereses no le llaman hacia el Pacífico, ese pueblo no merece mucha confianza por su civismo, por su magnanimidad ni por su americanismo. Y la administración de un Juárez Celman ¿le sirve de timbre glorioso? Quien sabe si por efecto de una ilusión óptica, vemos desde lejos á la Argentina como un gran matadero de reses y como una abigarrada feria de italianos que no saben español y de españoles que hablan catalán ó vascuence. Lo cierto es que todo en esa República nos hace recordar al artículo de exportación, al género de colores chillones, al mueblaje de rica madera aunque no bien pulido ni charolado. Nada extraño sería, pues, que en el momento menos pensado los argentinos celebraran una paz bochornosa ó que obligados á salir al campo de batalla, recibieran una lección más amarga y más desastrosa que la sufrida por nosotros en 1879. Entanto, desde hace unos diez años, están los buenos gauchos como don Simplicio Bobadilla en la *Pata de Cabra:* echan mano del sable, pero no acaban de sacarle porque la hoja se halla encantada y mide no sabemos cuántos hilómetros de largo.

Con todo, en la Nación es tan general y espontánea la corriente de simpatías hacia los argentinos, que si algún día se lanzaran ellos contra Chile, nadie puede anunciar el efecto que produciría entre nosotros el eco del primer cañonazo. Talvez sería la ocasión de repetir que los rifles apuntarían solos en dirección de Iquique y Tarapacá. Ninguno envidiaría la suerte de los mandatarios que se opusieran al torrente nacional y soñaran con desviarle en sentido contrario. La revolución para derribarles y escarmentarles sería lá única buena, la única santa, la única verdaderamente popular. Los peruanos sufrimos que en nuestra casa nos engañen y nos burlen, nos amordacen y nos maniaten, nos empobrezcan y nos desangren; mas no toleraríamos jamás que nadie mancomunara nuestros intereses con los intereses de Chile hasta el punto de arrastrarnos como aliados mendicantes en una guerra contra Bolivia y la Argentina. Nos cumple no atacar á los bolivianos por lealtad, á los argentinos por conveniencia. Si hay la perfidia chilena, si pudo haber la perfidia boliviana y argentina, que no haya la perfidia y la imbecilidad peruanas.

Estalle ó se conjure la guerra, aliémonos ó permanezcamos indiferentes, debemos perseguir un objetivo—hacernos fuertes. Chile se

mostrará más exigente y más altanero á medida que estemos más débiles y más humillados. Con él no caben protocolos más firmes que unos poderosos blindados, razones más convincentes que un ejército numeroso y aguerrido. Mientras se vea jaqueado por el Oriente y con recelos de nuestra adhesión á la alianza argentino-boliviana, nos arrullará con himnos de ternura y promesas de amistad; mas en cuanto se mire desembarazado y seguro, volverá descaradamente á su implacable sistema de absorción y desgarramiento. ¡Qué! Si hoy mismo, amenazado por una guerra exterior, quizá en víspera de una espantosa contienda civil, arruinado en su crédito, con enormes deudas fiscales, casi á la orilla del abismo, cuando debería obligarnos con su lealtad y su buena fe, se burla de nosotros con un insidioso Protocolo, donde lejos de concedernos esperanzas de revindicar Tacna y Arica, nos envuelve en una interminable serie de cuestiones para desorientarnos, adormecernos y manipularnos Tarata.

Concluyo, señores. Si Chile ha encontrado su industria nacional en la guerra con el Perú, si no abandona la esperanza de venir tarde ó temprano á pedirnos un nuevo pedazo de nuestra carne, armémonos de pies á cabeza y vivamos en formidable paz armada ó estado

de guerra latente. El pasado nos habla con bastante claridad. ¿De qué nos vale ser hombres, si el daño de ayer no nos abre los ojos para evitar el de mañana? Cuando se respira el optimismo que reina en las regiones oficiales, cuando se ve la confianza que adormece á todas las clase sociales, cualquiera se figuraría que no hay peligros exteriores, que Chile se halla impotente y desarmado, que en la última guerra fuimos nosotros los vencedores. Sin embargo, no sería malo recordar algunas veces que Piérola no arrolló á los chilenos en San Juan, que Cáceres no les hizo morder el polvo en Huamachuco. Al no sacar una lección provechosa de nuestros descalabros, al no tratar de prevenir las nuevas tempestades arremolinadas encima de nuestra cabeza, mereceríamos que chilenos, argentinos y bolivianos cayeran sobre nosotros y nos convirtieran en la Polonia sudamericana.

No se trata de lanzarnos hoy mismo, débiles y pobres, á una guerra torpe y descabellada, ni de improvisar en pocos días toda una escuadra y todo un ejército; se pide el trabajo subterráneo y minucioso, algo así como una labor de topo y de hormiga: reunir dinero, sol por sol, centavo por centavo; adquirir elementos de guerra, cañón por cañón, rifle por

rifle, hasta cápsula por cápsula. Las naciones viven vida muy larga y no se cansan de esperar la hora de la justicia. Y la justicia no se consigue en la Tierra con razonamientos y súplicas: viene en la punta de un hierro ensangrentado. Cierto, la guerra es la ignominia y el oprobio de la Humanidad; pero ese opropio y esa ignominia deben recaer sobre el agresor injusto, no sobre el defensor de sus propios derechos y de su vida. Desde las colonias de infusorios hasta las sociedades humanas, se ve luchas sin cuartel y abominables victorias de los fuertes, con una sola diferencia: toda la Naturaleza sufre la dura ley y calla, el hombre la rechaza y se subleva. Sí, el hombre es el único sér que lanza un clamor de justicia en el universal y eterno sacrificio de los débiles. Escuchemos el clamor, y para sublevarnos contra la injusticia y obtener reparación, hagámonos fuertes: el león que se arrancara uñas y dientes, moriría en boca de lobos; la nación que no lleva el hierro en las manos, concluye por arrastrarle en los pies.

LIBREPENSAMIENTO DE ACCION

(Discurso que debió leerse el 28 de Agosto de 1898 en la tercera Conferencia organizada por la Liga de Librepensadores del Perú. La lectura no pudo efectuarse porque el Gobierno la impidió.)

SEÑORES:

Doy las más sinceras gracias á los miembros de la Liga por haberme brindado su tribuna, á mí que no formo parte de esa corporación llamada á trazar hondos surcos en nuestra vida social.

Diré algo del librepensamiento silencioso, del hablado y señaladamente del que produce mejores frutos—el de acción, en su concepto más amplio.

I

La libertad de pensar en silencio no se discute, se consigna. Como nadie trepana la bóveda de nuestro cráneo para escudriñar la fermentación de las ideas, hablamos con nos-

otros mismos sin que nuestras voces interiores vayan á resonar en tímpanos ajenos ni á grabarse en cilindros fonográficos. Lejos de inquisidores y tiranos, poseemos un asilo inviolable donde rendimos culto á los dioses que nos place, donde erigimos un trono para los buenos ó un patíbulo para los malos.

Ese librepensamiento no sirve de mucho en los combates de la vida, y el hombre que le ejerce no pasa de un filósofo egoísta, infecundo, en una palabra, neutro. ¿Qué vale condenar en el fuero interno las supersticiones, si á la faz del mundo las aprobamos tácitamente? ¿De qué aprovecha estrangular imaginariamente á los criminales, si realmente les tendemos la mano de amigo? ¿Qué bien reportan á la Humanidad los sabios que se emparedan en su yo, sin comunicar á nadie la sabiduría? Linternas cerradas, alumbran por dentro.

Cuando se abriga una convicción, no se la guarda religiosamente como una joya de familia ni se la envasa herméticamente como un perfume demasiado sutil: se la expone al aire y al Sol, se la deja al libre alcance de todas las inteligencias. Lo humano está, no en poseer sigilosamente sus riquezas mentales, sino en sacarlas del cerebro, vestirlas con las alas del lenguaje y arrojarlas por el mundo para

que vuelen á introducirse en los demás cerebros. Si todos los filósofos hubieran filosofado en silencio, la Humanidad no habría salido de la infancia y las sociedades seguirían gateando en el limbo de las supersticiones.

Las verdades adquiridas por el individuo no constituyen su patrimonio: forman parte del caudal humano. Nada nos pertenece, porque de nada somos creadores. Las ideas que más propias se nos figuran nos vienen del medio intelectual en que respiramos ó de la atmósfera artificial que nos formamos con la lectura. Lo que damos á unos, lo hemos tomado de otros: lo que nos parece una ofrenda no pasa de una restitución á los herederos legítimos. Mas, aunque no fuera así ¿cabe dón más valioso que el pensamiento? Al dar el corazón á los seres que nos aman, les pagamos una deuda; al ofrecer el pensamiento á los desconocidos, á los adversarios, á nuestros mismos aborrecedores, imitamos la inagotable liberalidad de la Naturaleza que prodiga sus bienes al santo y al pecador, á la paloma y al gavilán, al cordero y al lobo.

Más de dos mil años hace que el primero de los filósofos chinos decía: *Dad mucho, recibid poco.* Este brevísimo consejo entraña una lección de inefable desprendimiento, de inmensa caridad. Pero los librepensadores silen-

ciosos no quieren disfrutar la suprema delección de otorgarse sin reserva, y prefieren vivir tranquilos, felices, nunca turbados en sus impiedades ni en sus digestiones. Favoreciéndoles mucho, debemos compararles con los ríos subterráneos que se dirigen al mar, sin haber apaciguado una sed ni fecundado una semilla.

II

Si el librepensamiento mudo funciona sin perturbar la calma del filósofo, no sucede lo mismo con el librepensamiento hablado y escrito. El hombre que en sociedades retrógadas habla y escribe con valerosa independencia, suscita recriminaciones y tempestades, aventurándose á sufrir los anatemas del sacerdote, los atropellos del mandón y los impulsivos arranques de la bestia popular.

Nadie ataca un privilegio ni ridiculiza una superstición sin que mil voces le maldigan ni mil brazos le amenacen. Todos condenan un error, todos se duelen de una injusticia; pero la Humanidad encierra tanta abyección y tanta cobardía que en el fragor de la lucha suele unirse con sus torcionarios para combatir á

sus defensores. A veces, no hay crimen tan imperdonable como hablar lo que todos piensan ó decir á gritos lo que todos murmuran á media voz. En el reinado de la iniquidad y la mentira se clama por un verbo que fustigue á los criminales; mas, cuando el verbo truena sin hipocresías ni melosidades, entonces los más fervientes amigos de la verdad hacen los mayores aspavientos y fulminan las más ruidosas protestas.

Para merecer el título de buen ciudadano y figurar en la clásica nómina de los hombres cuerdos, se necesita conformarse á los usos y prejuicios de su tiempo, venerando los absurdos de la religión en que se nace, justificando las iniquidades de la patria en que se vive. Nada de romper el molde antidiluviano ni querer aletear fuera de la jaula prehistórica. Nada tampoco de oposiciones ni de intransigencias: la moralidad se resuelve en la transigencia con las inmoralidades ambientes, la virtud se reduce á un oportunismo hipócrita y maleable. Cuando se diga, pues, de un hombre: Cumplidor de las leyes, tradúzcase: Naturaleza servil. La perfección moral de casi todos los buenos señores de la nómina se condensa en tres palabras: Almas de lacayo.

De ahí que el expresarse con suma indepen-

dencia revele audacia y dé visos de sinceridad. Sin embargo, el librepensamiento de oradores y publicistas sufre muy groseras falsificaciones: talvez los hipócritas de la incredulidad abundan más que los hipócritas de la fe. Quizá Tartufo dejó menos prole que Homais. Algunas veces hay más audacia en llamarse creyente que en decirse librepensador.

Al hablar de librepensamiento ¿cómo no recordar á los librepensadores nacionales? Si la milenaria historia del Cristianismo se reduce á monótona y pesada enumeración de heregías, los breves anales de nuestro librepensamiento se condensan en una serie de renuncios y palinodias. Por la firmeza de un Vigil y de un Mariátegui ¡cuántas prevaricaciones en la edad provecta ó á la hora de la muerte! ¿Dónde están aquí los perseverantes y los firmes? Quien ha vivido algún tiempo y vuelve los ojos para buscar á los que un día le acompañaron en las luchas por la razón y la libertad, sólo divisa una desbandada legión de apóstatas y renegados.

De los dieciocho á los treinta años germina en muchas cabezas un librepensamiento fogoso y batallador; mas de los treinta en adelante, ¡adiós batallas, adiós fogosidades! Y regla infalible: los más energúmenos acaban por más seráficos; la reculada viene en pro-

porción del salto. De los tranquilos aguardemos la firmeza, de los violentos temamos la claudicación.

Aquí reina, pues, lo que llamaríamos el *cefalismo*, queremos decir, la incredulidad en la juventud, la gazmoñería en la vejez. Platón habla de un Céfalo que habiendo comenzado por reirse de las supersticiones vulgares, concluyó por tomarlas á lo serio cuando vió que le asomaban las arrugas y las canas. Sin que aun existiera el idioma de Cervantes, el buen Céfalo practicaba un refrán castellano: *De mozo á palacio, de viejo á la iglesia.* Ese griego nacido algunos siglos antes de la éra cristiana ¿no sirve de modelo á muchos librepensadores del siglo XIX? Prueba que la reculada senil puede realizarse en todas las naciones y en todas las épocas. Nada de extraño que los viejos de hoy copien fielmente á los viejos de ayer: al ir perdiendo la vida, ganamos el miedo á la muerte; al acordarnos mucho del cielo, pensamos muy poco en la dignidad de la existencia. El viejo es un niño triste, que la vejez se parece á la infancia como la tarde á la aurora.

Algunos de nuestros librepensadores no necesitan de canas ni de arrugas para retroceder hacia la mentalidad de abuelas y nodrizas: les basta un revés de fortuna, la muerte

de una persona querida ó el asalto de una enfermedad grave. ¡Seres dichosos! la gracia eficaz se les introduce con los esporos del aire y las triquinas del salchichón. Otros librepensadores realizan un cambio de frente sin que en la evolución intervengan enfermedades, muertes ni desgracias: les sobra con un buen matrimonio. ¡Seres más dichosos! hallan el Catolicismo en los legajos de una dote, descubren á Dios en el moño postizo de una vieja rica.

Lo que no les ruboriza ni les interrumpe ninguna de las funciones orgánicas. Hay animales inferiores que tranquilamente siguen su vida aunque les volvamos del revés, practicando con ellos la misma operación que hacemos con un guante ó con la funda de un paraguas. Si en algunos librepensadores criollos efectuáramos cosa igual, seguirían viviendo con una sola diferencia—la de haberse metamorfoseado en curas. Lo mismo sucedería con los masones peruanos; así que donde se tenga un gran maestre de Biblia y Gran Arquitecto se puede obtener un jesuíta ó un domínico. Lo volveremos á decir: tanto los librepensadores á la criolla como los masones bíblicos y deícolas, son curas al revés.

En resumen, casi todos los librepensadores

nacionales vivieron pregonando las excelencias de la Razón y murieron acogiéndose á las supersticiones del Catolicismo: hubo en ellos dos hombres—el de las frases y el de los actos. Los mudos ó linternas sordas no causaron bien ni mal; pero los bulliciosos ó histriones de pluma y de palabra, desacreditaron la idea, produjeron enorme daño, haciendo que los hombres de buena fe se retrajeran y callaran por miedo de figurar en tan ridícula y abominable compañía.

III

Algo vale extender la mano para señalar el camino por donde conviene marchar; pero vale más ir delante marcando con sus huellas el rumbo que ha de seguirse: un buen guía suple á cien direcciones indicadas en cien postes. A cuantos surjan con humos de propagandistas y regeneradores, no les preguntemos cómo escriben y hablan, sino cómo viven: estimemos el quilate de las acciones indefectibles en lugar de sólo medir los kilómetros de las heregías verbales. ¿Existe ya una ley de matrimonio entre los no católicos? pues úsenla sin embargo de toda su deficiencia. ¿Existen es-

cuelas regentadas por seglares? pues no eduquen á sus hijos en planteles fundados por las congregaciones. ¿Existe un cementerio laico? pues ordenen que sus muertos vayan á reposar sin agua bendita ni responsos. No quieran avenir á Diderot con el ínter de la parroquia ni amalgamar consejas de la Biblia con leyes de la Naturaleza; y piensen que la vitalidad de las religiones se basa en la indolencia de los incrédulos, así como la fuerza de los gobiernos inicuos se funda en la apatía de las muchedumbres.

Aunque los librepensadores guarden fidelidad á su doctrina y armonicen las palabras con los actos, merecen una grave censura cuando eliminan las cuestiones sociales para vivir encastillados en la irreligiosidad agresiva y hasta en la clerofobia intransigente. ¿Cómo no reirse de los Torquemada rojos, de los Domingo de Guzmán por antítesis, de los inquisidores laicos, dispuestos á encender hogueras y parodiar los autos de fe? *No sólo de pan vive el hombre*, nos dice el Evangelio; digamos á nuestra vez: no sólo de curas vive el librepensador.

Mas algunos fanáticos no salen de su monomanía anticlerical y viven consagrados á perseguir sotanas en las celdas de las monjas ó sorprender enaguas en las alcobas de los

presbíteros. Al probar que no existe cura sin moza ni sobrinos, se imaginan haber derribado el Catolicismo. Budas de nuevo linaje, se hallan hipnotizados por la contemplación de un solideo. Para ellos, nada importan los crímenes sociales ni las extorciones políticas; lo grave, lo clamoroso, lo insufrible es que un tonsurado se refocile con el ama de llaves. Altivos rechazan la imposición moral del poder religioso, mientras soportan humildes la coerción del poder civil. Se vanaglorian de no arrodillarse en una iglesia, y lamen las alfombras de un palacio; se yerguen ante un obispo, y se doblegan en presencia de un alguacil; se sienten capaces de abofetear á Jesucristo, y carecen de hígados para sofrenar á un portero.

No queremos ni podríamos negarlo: el sacerdote hace el papel de una montaña sombría y escabrosa, interpuesta en el camino hacia la luz; pero el juez que vende la justicia, el parlamentario que tiene por única norma los caprichos del mandón, el capitalista que se adueña de los productos debidos al sudor ajeno, el soldado que descarga su rifle en una masa de obreros inermes ¿no causan tantos males y no merecen tanto vilipendio como el sacerdote? Hay que perseguir á los zorros, sin olvidar á los leones. A la vez que

se derrumba mitos y se desinfecta el cielo, se debe combatir á los felinos y sanear el Planeta. Para conseguir la redención del hombre, no basta derrocar á ese Dios impasible y egoísta que eternamente cabecea en lo Infinito mientras el Universo se retuerce en el dolor, la desesperación y la muerte.

El librepensador que, llamándose á la neutralidad política, ve con indiferencia las iniquidades y los derroches de un gobierno tiránico, nos parece tan censurable como el estadista que, alegando la neutralidad religiosa, presencia con olímpica serenidad el predominio del clero y la difusión de las ideas ultramontanas. El librepensamiento no debe renunciar á la política por una razón: los políticos no se olvidan de los librepensadores. Todo político de mala ley presiente un adversario en todo pensador de tendencia irreligiosa, presentimiento muy racional, pues quien hoy se subleva contra las autoridades que presumen bajar del cielo, mañana suele rebelarse contra los déspotas que surgen de la Tierra. A más, el que vive á las orillas de un río puede no acordarse de las aguas; pero las aguas no se olvidan dél cuando el río sale de madre. No sirven torres de marfil ni montañas de cumbres inaccesibles. Al estallar la convulsiones sociales, llega momento en que los más pacífi-

cos y más indiferentes á la cosa pública se ven sacudidos y aplastados: no habiendo querido actuar como personajes del drama, figuran como víctimas en el desplome del edificio.

El librepensamiento, ejercido con semejante amplitud de miras, deja de ser el campo estrecho donde únicamente se debaten las creencias religiosas para convertirse en el anchuroso palenque donde se dilucidan todas las cuestiones humanas, donde se aboga por todos los dereehos y por todas las libertades. Al sólo defender la de escribir y de hablar, se aboga talvez por los intereses de algunos privilegiados. Las muchedumbres se fijan muy poco en la libertad de la pluma porque no escriben ni se desvelan en la lectura; menos se interesan en la libertad de palabra porque no echan discursos ni se gozan en escucharles; ellas piden libertad de acción porque la necesitan para solucionar los graves problemas económicos. Esa Francia del 89 y del 48, donde todavía se descarga el palo en los manifestantes de bandera roja y se disuelve á tiros las aglomeraciones de huelgistas, nos dice muy bien que dar al hombre la libertad de pluma y de palabra sin concederle la de acción es negarle lo principal y otorgarle lo accesorio. De ahí que todo librepensador, si no

quiere mostrarse ilógico, tiene que declararse revolucionario.

Lo repetimos: con semejante amplitud de miras, se sale del librepensamiento (que hasta hoy no ha significado sino irreligión y anticlericalismo) para entrar en el *pensamiento libre* que entraña la defensa por la total emancipación del individuo. Es la tendencia que nos parece vislumbrar en la Liga de Librepensadores, institución fundada y mantenida por hombres que actuaron ó siguen actuando en sociedades tan marcadamente luchadoras como el Círculo Literario y la Unión Nacional.

En fin, señores: ya que por algunos momentos nos hemos reunido aquí para ensanchar el ánimo en una atmósfera de verdad y tolerancia, no nos separemos sin el buen propósito de corroborar con los actos la firme adhesión á las ideas emitidas con las palabras. Sincera y osadamente formulemos nuestras convicciones, sin amedrentarnos por las consecuencias, sin admitir división entre lo que debe decirse y lo que debe callarse, sin profesar verdades para el consumo del individuo y verdades para el uso de las multitudes. Erradiquemos de nuestras entrañas los prejuicios tradicionales, cerremos nuestros oídos á la voz de los miedos atávicos, recha-

cemos la imposición de toda autoridad humana ó divina, en pocas frases, creémonos un ambiente laico donde no lleguen las nebulosidades religiosas, donde sólo reinen los esplendores de la Razón y la Ciencia. Procediendo así, viviremos tranquilos, orgullosos, respetados por nosotros mismos; y cuando nos suene la hora del gran viaje, cruzaremos el pórtico sombrío de la muerte, no con la timidez del reo que avanza en el pretorio, sino con la arrogancia del vencedor romano al atravesar un arco de triunfo.

EL INTELECTUAL Y EL OBRERO

(Discurso leído el 1.º de mayo de 1905 en *La Federación de Obreros Panaderos.*)

SEÑORES:

I

No sonrían si comenzamos por traducir los versos de un poeta.

"En la tarde de un día cálido, la Naturaleza se adormece á los rayos del Sol, como una mujer extenuada por las caricias de su amante.

"El gañán, bañado de sudor y jadeante, aguijonea los bueyes; mas de súbito se detiene para decir á un joven que llega entonando una canción:

"—¡Dichoso tú! Pasas la vida cantando, mientras yo, desde que nace el Sol hasta que se pone, me canso en abrir el surco y sembrar el trigo.

"—¡Cómo te engañas, oh labrador! responde el joven poeta. Los dos trabajamos lo mismo y podemos decirnos hermanos; porque, si tú vas sembrando en la tierra, yo voy sembrando en los corazones. Tan fecunda tu labor como la mía: los granos de trigo alimentan el cuerpo, las canciones del poeta regocijan y nutren el alma."

Esta poesía nos enseña que se hace tanto bien al sembrar trigo en los campos como al derramar ideas en los cerebros, que no hay diferencia de jerarquía entre el pensador que labora con la inteligencia y el obrero que trabaja con las manos, que el hombre de bufete y el hombre de taller, en vez de marchar separados y considerarse enemigos, deben caminar inseparablemente unidos.

Pero ¿existe acaso una labor puramente cerebral y un trabajo exclusivamente manual? Piensan y cavilan: el herrero al forjar una cerradura, el albañil al nivelar una pared, el tipógrafo al hacer una compuesta, el carpintero al ajustar un ensamblaje, el barretero al golpear en una veta; hasta el amasador de barro piensa y cavila. Sólo hay un trabajo ciego y material—el de la máquina; donde funciona el brazo de un hombre, ahí se deja sentir el cerebro. Lo contrario sucede en las faenas llamadas intelectuales: á la fatiga ner-

viosa del cerebro que imagina ó piensa viene á juntarse el cansancio muscular del organismo que ejecuta. Cansan y agobian: al pintor los pinceles, al escultor el cincel, al músico el instrumento, al escritor la pluma: hasta al orador le cansa y le agobia el uso de la palabra. ¿Qué menos material que la oración y el éxtasis? Pues bien: el místico cede al esfuerzo de hincar las rodillas y poner los brazos en cruz.

Las obras humanas viven por lo que nos roban de fuerza muscular y de energía nerviosa. En algunas líneas férreas, cada durmiente representa la vida de un hombre. Al viajar por ellas, figurémonos que nuestro wagón se desliza por rieles clavados sobre una serie de cadáveres; pero al recorrer museos y bibliotecas, imaginémonos también que atravesamos una especie de cementerio donde cuadros, estatuas y libros encierran no sólo el pensamiento sino la vida de los autores.

Ustedes (nos dirijimos únicamente á los panaderos) ustedes velan amasando la harina, vigilando la fermentación de la masa y templando el calor de los hornos. Al mismo tiempo, muchos que no elaboran pan velan también, aguzando su cerebro, manejando la pluma y luchando con las formidables acometidas del sueño: son los periodistas. Cuando

en las primeras horas de la mañana sale de las prensas el diario húmedo y tentador, á la vez que surge de los hornos el pan oloroso y provocativo, debemos demandarnos: ¿quién aprovechó más su noche, el diarista ó el panadero?

Cierto, el diario contiene la enciclopedia de las muchedumbres, el saber propinado en dosis homeopáticas, la ciencia con el sencillo ropaje de la vulgarización, el libro de los que no tienen biblioteca, la lectura de los que apenas saben ó quieren leer. Y ¿el pan? símbolo de la nutrición ó de la vida, no es la felicidad, pero no hay felicidad sin él. Cuando falta en el hogar, produce la noche y la discordia; cuando viene, trae la lúz y la tranquilidad: el niño le recibe con gritos de júbilo, el viejo con una sonrisa de satisfacción. El vegetariano que abomina de la carne infecta y criminal, le bendice como un alimento sano y reparador. El millonario que desterró de su mesa el agua pura y cristalina, no ha podido sustituirle ni alejarle. Soberanamente se impone en la morada de un Rothschild y en el tugurio de un mendigo. En los lejanos tiempos de la fábula, las reinas cocían el pan y le daban de viático á los peregrinos hambrientos; hoy le amasan los plebeyos y como signo de hospitalidad, le ofrecen en Rusia á los zares que vi-

sitan una población. Nicolás II y toda su progenie de tiranos dicen cómo al ofrecimiento se responde con el látigo, el sable y la bala.

Si el periodista blasonara de realizar un trabajo más fecundo, nosotros le contestaríamos: sin el vientre no funciona la cabeza; hay ojos que no leen, no hay estómagos que no coman.

II

Cuando preconizamos la unión ó alianza de la inteligencia con el trabajo no pretendemos que á título de una gerarquía ilusoria, el intelectual se erija en tutor ó lazarillo del obrero. A la idea que el cerebro ejerce función más noble que el músculo, debemos el régimen de las castas: desde los grandes imperios de Oriente, figuran hombres que se arrogan el derecho de pensar, reservando para las muchedumbres la obligación de creer y trabajar.

Los intelectuales sirven de luz; pero no deben hacer de lazarillos, sobre todo en las tremendas crisis sociales donde el brazo ejecuta lo pensado por la cabeza. Verdad, el soplo de rebeldía que remueve hoy á las multitudes, viene de pensadores ó solitarios.

Así vino siempre. La justicia nace de la sabiduría, que el ignorante no conoce el derecho propio ni el ajeno y cree que en la fuerza se resume toda la ley del Universo. Animada por esa creencia, la Humanidad suele tener la resignación del bruto: sufre y calla. Mas de repente, resuena el eco de una gran palabra, y todos los resignados acuden al verbo salvador, como los insectos van al rayo de Sol que penenetra en la oscuridad del bosque.

El mayor inconveniente de los pensadores— figurarse que ellos solos poseen el acierto y que el mundo ha de caminar por donde ellos quieran y hasta donde ellos ordenen. Las revoluciones vienen de arriba y se operan desde abajo. Iluminados por la luz de la superficie, los oprimidos del fondo ven la justicia y se lanzan á conquistarla, sin detenerse en los medios ni arredrarse con los resultados. Mientras los moderados y los teóricos se imaginan evoluciones geométricas ó se enredan en menudencias y detalles de forma, la multitud simplifica las cuestiones, las baja de las alturas nebulosas y las confina en terreno práctico. Sigue el ejemplo de Alejandro: no desata el nudo, le corta de un sablazo.

¿Qué persigue un revolucionario? influir en las multitudes, sacudirlas, despertarlas y arrojarlas á la acción. Pero sucede que el

pueblo, sacado una vez de su reposo, no se contenta con obedecer el movimiento inicial, sino que pone en juego sus fuerzas latentes, marcha y sigue marchando hasta ir más allá de lo que pensaron y quisieron sus impulsores. Los que se figuraron mover una masa inerte, se hallan con un organismo exuberante de vigor y de iniciativas; se ven con otros cerebros que desean irradiar su luz, con otras voluntades que quieren imponer su ley. De ahí un fenómeno muy general en la Historia: los hombres que al iniciarse una revolución parecen audaces y avanzados, pecan de tímidos y retrógrados en el fragor de la lucha ó en las horas del triunfo. Así, Lutero retrocede acobardado al ver que su doctrina produce el levantamiento de los campesinos alemanes; así, los revolucionarios franceses se guillotinan unos á otros porque los unos avanzan y los otros quieren no seguir adelante ó retrogradar. Casi todos los revolucionarios y reformadores, se parecen á los niños: tiemblan con la aparición del ogro que ellos solos evocaron á fuerza de chillidos. Se ha dicho que la Humanidad, al ponerse en marcha, comienza por degollar á sus conductores; no comienza por el sacrificio pero suele acabar con el ajusticiamiento, pues el amigo se vuelve enemigo, el propulsor se transforma en rémora.

Toda revolución arribada tiende á convertirse en gobierno de fuerza, todo revolucionario triunfante degenera en conservador. ¿Qué idea no se degrada en la aplicación? ¿Qué reformador no se desprestigia en el poder? Los hombres [señaladamente los políticos] no dan lo que prometen, ni la realidad de los hechos corresponde á la ilusión de los desheredados. El descrédito de una revolución empieza el mismo día de su triunfo; y los deshonradores son sus propios caudillos.

Dado una vez el impulso, los verdaderos revolucionarios deberían seguirle en todas sus evoluciones. Pero modificarse con los acontecimientos, expeler las convicciones vetustas y asimilarse las nuevas, repugnó siempre al espíritu del hombre, á su presunción de creerse emisario del porvenir y revelador de la verdad definitiva. Envejecemos sin sentirlo, nos quedamos atrás sin notarlo, figurándonos que siempre somos jóvenes y anunciadores de lo nuevo, no resignándonos á confesar que el venido después de nosotros abarca más horizonte por haber dado un paso más en la ascensión de la montaña. Casi todos vivimos girando al rededor de féretros que tomamos por cunas ó morimos de gusanos, sin labrar un capullo ni transformarnos en mariposa. Nos parecemos á los marineros que en medio

del Atlántico decían á Colón: *No proseguiremos el viaje porque nada existe más allá*. Sin embargo, más allá estaba la América.

Pero, al hablar de intelectuales y de obreros, nos hemos deslizado á tratar de revolución. ¿Qué de raro? Discurrimos á la sombra de una bandera que tremola entre el fuego de las baricadas, nos vemos rodeados por hombres que tarde ó temprano lanzarán el grito de las revindicaciones sociales, hablamos el 1º de Mayo, el día que ha merecido llamarse la pascua de los revolucionarios. La celebración de esta pascua, no sólo aquí sino en todo el mundo civilizado, nos revela que la Humanidad cesa de agitarse por cuestiones secundarias y pide cambios radicales. Nadie espera ya que de un parlamento nazca la felicidad de los desgraciados ni que de un gobierno llueva el maná para satisfacer el hambre de todos los vientres. La oficina parlamentaria elabora leyes de excepción y establece gabelas que gravan más al que posee menos; la máquina gubernamental no funciona en beneficio de las naciones, sino en provecho de las banderías dominantes.

Reconocida la insuficiencia de la política para realizar el bien mayor del individuo, las controversias y luchas sobre formas de gobierno y gobernantes, quedan relegadas á

segundo término, mejor dicho, desaparecen. Subsiste la cuestión social, la magna cuestión que los proletarios resolverán por el único medio eficaz—la revolución. No esa revolución local que derriba presidentes ó zares y convierte una república en monarquía ó una autocracia en gobierno representativo; sino la revolución mundial, la que borra fronteras, suprime nacionalidades y llama la Humanidad á la posesión y beneficio de la tierra.

III

Si antes de concluir fuera necesario resumir en dos palabras todo el jugo de nuestro pensamiento, si debiéramos elegir una enseña luminosa para guiarnos rectamente en las sinuosidades de la existencia, nosotros diríamos: *Seamos justos*. Justos con la Humanidad, justos con el pueblo en que vivimos, justos con la familia que formamos y justos con nosotros mismos, contribuyendo á que todos nuestros semejantes cojan y saboreen su parte de felicidad, pero no dejando de perseguir y disfrutar la nuestra.

La justicia consiste en dar á cada hombre lo que legítimamente le corresponde; démonos,

pues, á nosotros mismos la parte que nos toca en los bienes de la Tierra. El nacer nos impone la obligación de vivir, y esta obligación nos da el derecho de tomar, no sólo lo necesario, sino lo cómodo y lo agradable. Se compara la vida del hombre con un viaje en el mar. Si la Tierra es un buque y nosotros somos pasajeros, hagamos lo posible para viajar en primera clase, teniendo buen aire, buen camarote y buena comida, en vez de resignarnos á quedar en el fondo de la cala donde se respira una atmósfera pestilente, se duerme sobre maderos podridos por la humedad y se consume los desperdicios de bocas afortunadas. ¿Abundan las provisiones? pues todos á comer según su necesidad. ¿Escasean los víveres? pues todos á ración, desde el capitán hasta el ínfimo grumete.

La resignación y el sacrificio, innecesariamente practicados, nos volverian injustos con nosotros mismos. Cierto, por el sacrificio y la abnegación de almas heroicas, la Humanidad va entrando en el camino de la justicia. Más que reyes y conquistadores, merecen vivir en la Historia y en el corazón de la muchedumbre los simples individuos que pospusieron su felicidad á la felicidad de sus semejantes, los que en la arena muerta del egoísmo derramaron las aguas vivas del

amor. Si el hombre pudiera convertirse en sobrehumano, lo conseguiría por el sacrificio. Pero el sacrificio tiene que ser voluntario. No puede aceptarse que los poseedores digan á los desposeídos: sacrifíquense y ganen el cielo, en tanto que nosotros nos apoderamos de la Tierra.

Lo que nos toca, debemos tomarlo porque los monopolizadores, difícilmente nos lo concederán de buena fe y por un arranque expontáneo. Los 4 de Agosto encierran más aparato que realidad: los nobles renuncian á un privilegio, y en seguida reclaman dos; los sacerdotes se despojan hoy del diezmo, y mañana exigen el diezmo y las primicias. Como símbolo de la propiedad, los antiguos romanos eligieron el objeto más significativo—una lanza. Este símbolo ha de interpretarse así: la posesión de una cosa no se funda en la justicia sino en la fuerza; el poseedor no discute, hiere; el corazón del propietario encierra dos cualidades del hierro: dureza y frialdad. Según los conocedores del idioma hebreo, Caín significa *el primer propietario*. No extrañemos si un socialista del siglo XIX, al mirar en Caín el primer detentador del suelo y el primer fratricida, se valga de esa coincidencia para deducir una pavorosa conclusión: *La propiedad es el asesinato*.

Pues bien: si unos hieren y no razonan ¿qué harán los otros? Desde que no se niega á las naciones el derecho de insurrección para derrocar á sus malos gobiernos, debe concederse á la Humanidad ese mismo derecho para sacudirse de sus inexorables explotadores. Y la concesión es hoy un credo universal: teóricamente, la revolución está consumada porque nadie niega las iniquidades del régimen actual ni deja de reconocer la necesidad de reformas que mejoren la condición del proletariado. [¿No hay hasta un socialismo católico?]Prácticamente, no lo estará sin luchas ni sangre porque los mismos que reconocen la legitimidad de las revindicaciones sociales, no ceden un palmo en el terreno de sus conveniencias: en la boca llevan palabras de justicia, en el pecho guardan obras de iniquidad.

Sin embargo, muchos no ven ó fingen no ver el movimiento que se opera en el fondo de las modernas sociedades. Nada les dice la muerte de las creencias, nada el amenguamiento del amor patrio, nada la solidaridad de los proletarios, sin distinción de razas ni de nacionalidades. Oyen un clamor lejano, y no distinguen que es el grito de los hambrientos lanzados á la conquista del pan; sienten la trepidación del suelo, y no comprenden que

es el paso de la revolución en marcha; respiran en atmósfera saturada por hedores de cadáver, y no perciben que ellos y todo el mundo burgués son quienes exhalan el olor á muerto.

Mañana, cuando surjan olas de proletarios que se lancen á embestir contra los muros de la vieja sociedad, los depredadores y los opresores palparán que les llegó la hora de la batalla decisiva y sin cuartel. Apelarán á sus ejércitos, pero los soldados contarán en el número de los rebeldes; clamarán al cielo, pero sus dioses permanecerán mudos y sordos. Entonces huirán á fortificarse en castillos y palacios, creyendo que de álguna parte habrá de venirles algún auxilio. Al ver que el auxilio no llega y que el oleaje de cabezas amenazadoras hierve en los cuatro puntos del horizonte, se mirarán á las caras y sintiendo piedad de sí mismos [los que nunca la sintieron de nadie] repetirán con espanto: *¡Es la inundación de los bárbaros!* Mas una voz, formada por el estruendo de innumerables voces, responderá: *No somos la inundación de la barbarie, somos el diluvio de la justicia.*

LAS ESCLAVAS DE LA IGLESIA

[Conferencia dada el 25 de Setiembre de 1904 en la Loggia Stella d' Italia.]

SEÑORES:

Agradezco á los miembros de la Loggia Stella d' Italia el honor que se dignaron concederme al solicitar mi colaboración en esta ceremonia para conmemorar el asalto de Roma y el derrumbamiento del solio pontificio. Sin pertenecer á la Masonería, creo sentirme animado por el espíritu que inflamó á los antiguos masones en sus luchas seculares con el altar y el trono; sin haber nacido en la clásica tierra de Machiavelli y Dante, me considero compatriota de los buenos italianos reunidos aquí para celebrar un triunfo de la Razón y la libertad. Sobre la mezquina

10

patria de montes y ríos, existe la gran patria de los afectos y de las ideas: los nacidos bajo la misma bandera que nosotros son nuestros conciudadanos; mas nuestros compatriotas, nuestros amigos, nuestros hermanos, son los que piensan como nosotros pensamos, los que aman y aborrecen cuanto nosotros amamos y aborrecemos.

No consideraré el 20 de Setiembre en sus relaciones con la política europea, con la unificación de Italia ni con la Masonería; aprovechando la libertad que se me ha concedido en el uso de la palabra, disertaré sobre el *Catolicismo* y *la mujer*, para manifestar que la esclavitud femenina perdura en el Romanismo, que las mujeres continúan siendo *esclavas de la Iglesia*.

I

Abundan individuos que profesan una teoría muy original, muy cómoda y muy sencilla, que se resume en dos líneas: *si los hombres pueden y hasta deben emanciparse de toda creencia tradicional, las mujeres necesitan una religión*. Y como en las naciones ca-

tólicas religión se traduce por Catolicismo, la teoría quiere decir: para una mitad de la especie humana la luz del meridiano, las bebidas químicamente puras y los exquisitos manjares de Lúculo; para la otra mitad, las tinieblas de medianoche, las aguas insalubres del pantano y la indigesta bazofia del convento. Riámonos de la teoría, declarando al mismo tiempo que nada hay tan abominable ni tan indigno de un hombre honrado como figurarse en posesión de la verdad y reservarla para sí, manteniendo á los demás en el error.

Sin admitir que las mujeres necesiten una religión, preguntaremos: ¿el Catolicismo representa la religión más elevada? ¿Vale tanto para ensalzarle como la única salvación del alma femenina? Cierto, Balzac afirmó que una mujer *no era pura ni candorosa sin haber atravesado el Catolicismo.* Afirmación injuriosa para el mayor número de ellas, desmentida por los hechos y refutada por otros cerebros tan poderosos como el de Balzac. ¿Ignoramos la elevación moral de las protestantes? ¿No sabemos que en Estados Unidos y las naciones reformadas de Europa las mujeres brillan por su ilustración y carácter? ¿No vemos que la ascensión del alma femenina coincide con el descenso del Catolicismo?

Aunque no pertenezcamos á ninguna secta religiosa, tengamos la buena fe de reconocer que el Protestantismo eleva á los individuos y engrandece á las naciones, porque evoluciona con el espíritu moderno, sin ponerse en contradicción abierta con las verdades científicas. El Catolicismo, al decretar la fe pasiva, nos mantiene emparedados en el Dogma, como al cadáver en un ataúd de plomo; la más intransigente y absurda de las comuniones protestantes, al declarar el libre examen, deja una ventana siempre abierta para evadirse al racionalismo. Si la ortodoxia católica merece llamarse una religión de estancamiento y ruina, díganlo España, Irlanda, Polonia y algunos estados de Sudamérica.

Mas no comparemos naciones con naciones, si o familias con familias. Mientras en el hogar de los pueblos reformados la esposa y los hijos disfrutan *el amplio derecho de interpretar la ley divina* y constituyen verdaderas individualidades ¿qué sucede en el hogar bendito por la Iglesia? ahí el padre delega en un extraño la dirección moral de la familia, resignándose á vivir eternamente deprimido bajo un tutelaje clerical; ahí la madre, cogida poco á poco en el engranaje del fanatismo, concluye por entorpecerse y anularse con las rancias y grotescas ceremonias del

culto; ahí los hijos, obligados á profesar una creencia que instintivamente rechazan, se ven compelidos á elegir entre la hipocresía silenciosa y la incesante lucha doméstica; ahí las hijas, antes de abrir su corazón á la ternura de un hombre, quedan moralmente desfloradas en las indecorosas manipulaciones del confesionario.

En el matrimonio de los buenos creyentes, á más de la unión corporal del hombre con la mujer, existe la comunión espiritual de la mujer con el sacerdote. Si en las naciones protestantes el *clergiman* se contenta con sólo llamarse el amigo de la familia, en los pueblos católicos, señaladamente en los de origen español, el sacerdote se juzga con derecho á titularse el amo de la casa: donde mira una mujer, ahí cree mirar una sierva, una esclava, un objeto de su exclusiva pertenencia. Él se interpone entre el marido y la mujer para decir al hombre: *si el cuerpo de la hembra te pertenece, el alma de la católica pertenece á Dios, y por consiguiente á mí que soy el representante de la Divinidad.* Basándose en razones tan sólidas, el ministro del Señor toma el alma de la mujer...... cuando no se apodera también del cuerpo. Sin embargo, esto lo glorifican muchísimos liberales y librepensadores al sostener que *las mujeres necesitan*

una religión, imitando así el ejemplo del boticario que elabora una panacea, la vende como infalible, pero se guarda muy bien de administrársela á sí mismo.

II

Se repite á manera de axioma que la Religión Cristiana emancipó á la mujer. Como lo asegura Louis Ménard, "la emancipación tu-
" vo efecto mucho antes de que apareciera el
" Cristianismo. Al sustituir el matrimonio
" á la poligamia, el Helenismo había elevado
" á la mujer hasta el rango de madre de fami-
" lia—*ama de casa*, según la expresión de Ho-
" mero. Diosas reinaban en el Olimpo, al la-
" do de los Dioses; mujeres, las Peleadas y
" las Pitias, anunciaban oráculos divinos en
" Dodona y Delfos. Mas el Dios del Cristia-
" nismo encarna en figura de hombre, y el fe-
" menino no halla cabida en la Trinidad."

La emancipación de la mujer, como la libertad del esclavo, no se debe al Cristianismo, sino á la Filosofía. En pleno siglo XIX, la esclavitud reinaba en pueblos cristianos como Sudamérica, Estados Unidos y Rusia, cuando había desaparecido ya de naciones

que ignoraban el nombre de Jesucristo. ¿Puede hoy llamarse emancipada la mujer de los estados oficialmente católicos? En ellos sufre una esclavitud canónica y civil. Al estatuir la indisolubilidad del matrimonio, al condenar las más legítimas de las causas que justifican la nulidad del vínculo, al no admitir esa nulidad sino en casos muy reducidos y bajo condiciones onerosas, tardías y hasta insuperables, la Iglesia Católica fomenta y sanciona la esclavitud femenina. Arrebata á la mujer una de sus pocas armas para sacudir la tiranía del hombre, apresionándola eternamente dentro de un hogar donde se halla en la obligación de rendir amor, respeto y obediencia al indigno compañero que sólo merece odio, desprecio y rebeldía. A la constitución de una nueva familia dulcificada por la buena fe, la ternura y la fidelidad, los católicos prefieren la conservación de un hogar envenenado por la hipocresía, el desamor y el adulterio.

Veamos el Perú, nación tan católica en sus leyes y costumbres que merecería llamarse la sucursal de Roma y el futuro convento de Sudamérica. Aquí poseemos códigos donde se restringe la capacidad jurídica de las mujeres, sin disminuir la responsabilidad en la consumación de los delitos, no juzgándolas

suficientes para beneficiar de la ley civil, pero declarándolas merecedoras de las mismas penas establecidas para los hombres. Al ocuparse del matrimonio, nuestro *Código Civil* es un Derecho Canónico, sancionado por el Congreso. Citaremos algunos artículos inspirados por la más sana ortodoxia.

El matrimonio legalmente contraído es indisoluble: acábase sólo por la muerte de alguno de los cónyuges. Todo lo que se pacte en contrario es nulo, y se tiene por no puesto. [*134*]

La impotencia, locura ó incapacidad mental que sobrevenga á uno de los cónyuges, no disuelve el matrimonio contraído. [*168*]

La mujer está obligada á habitar con el marido y á seguirle por donde él tenga por conveniente residir. [*176*]

El marido tiene facultad de pedir el depósito de la mujer que ha abandonado la casa común, y el juez debe señalar el lugar del depósito. [*204*]

En cambio:

La mujer no puede presentarse en juicio sin autorización del marido. [*179*]

Pero nada debería sorprendernos desde que un artículo de ese mismo Código, al hablar de la patria potestad, iguala á la mujer casada con *los menores, los esclavos y los inca-*

paces. [28] No se requiere mucho análisis para cerciorarse de que en todas esas leyes superviven rezagos de épocas bárbaras en que la hembra figuraba como una propiedad del macho.

Aunque la Iglesia venere á María y la glorifique hasta el grado de tender á ingerirla en la Trinidad para constituir un misterio de cuatro personas, no cabe negar el desprecio del Catolicismo á la mujer. Para muchos hombres de fe y experiencia, el alma femenina se resume en dos tipos: *Eva ó la perdición del género humano, Dalila ó el corazón enfermo y doce veces impuro.* Dudando que los miembros de un concilio negaran á las mujeres un alma, debemos recordar que algunos santos padres no las conceden honestidad, hidalguía ni sentido común. Parecen invenciones las invectivas que los sacerdotes han fulminado contra las mujeres. A tan furibundos misóginos se les tomaría unas veces por locos, otras por desgraciados que no tuvieron madre ó la tuvieron muy mala. Recordemos á San Jerónimo que no vivió ni murió como Luis Gonzaga, y á San Agustín que empezó de mujeriego y acabó de obispo. Varones canonizados y tenidos por golfos de sabiduría, llaman á la mujer *camino de todas las iniquidades, puerta del infierno, flecha de Satanás,*

hija del Demonio, ponzoña del basilisco, burra mañosa, escorpión siempre listo á picar, etc.

El menosprecio á la mujer y la creencia en la superioridad del hombre han echado tantas raíces en el ánimo de las gentes amamantadas por la Iglesia que muchos católicos miran en su esposa, no un igual sino la primera en la servidumbre, á no ser una máquina de placeres, un utensilio doméstico. Semejante creencia en la misión social de un sexo denuncia el envilecimiento del otro. La elevación moral de un hombre se mide por el concepto que se forma de la mujer: para el ignorante y brutal no pasa de una hembra, para el culto y pensador es un cerebro y un corazón.

Si el valor moral de los individuos se calcula de ese modo, el adelanto de las naciones se estima por la humanidad en las costumbres y la equidad en las leyes; donde el egoísmo se atempera más con la abnegación, donde los desposeídos revindican más derechos, ahí florece una civilización más avanzada. No se conoce bien á un pueblo sin haber estudiado la condición social y jurídica de la mujer; se necesita ver las consideraciones que goza en las costumbres, los derechos de que disfruta en las leyes. En las naciones protestantes se realiza tan seguramente la ascensión femeni-

na que ya se prevé la completa emancipación. Sancionada la igualdad de ambos sexos, se concibe que algún día la mujer adquiera el dominio absoluto de su persona y divida con el hombre la dirección política del mundo.

Todo se concibe, menos que la Iglesia eleve á la mujer hasta el nivel del hombre, otorgándola el derecho de familiarizarse con la Divinidad. Al excluirla del sacerdocio, la considera indigna de la más elevada función moral: la embustera boca de la *hembra* no debe enunciar desde el púlpito la doctrina revelada por un Dios de verdad; las impuras manos de la *hembra* no merecen consumar el sacrificio donde se ofrece al Padre celestial la víctima del cordero inmaculado. ¿Qué reserva el Catolicismo á la mujer? murmurar las oraciones y seguir el rito, sin aproximarse al ara ni rozar siquiera con sus vestidos las gradas del tabernáculo; arrodillarse en el confesionario, revelar sus culpas, arrepentirse y demandar humildemente la absolución del sacerdote. La *hembra* no interpreta el libro ni discute el Dogma: obedece y calla [*Ménard.*]

Así, la mujer que ofrece amor á Jesús, en tanto que los hombres le prodigan odio; la mujer que para escuchar los salvadores preceptos le sigue por arenales y rocas; la mujer que valerosamente le confiesa, cuando un

apóstol le vende y otro le repudia; la mujer que en la vía dolorosa le enjuga el sudor y la sangre, al mismo tiempo que sayones le escupen y le abofetean; la mujer que en el suplicio le acompaña y le consuela, mientras los discípulos le abandonan y hasta el mismo Padre le desampara, no recibe del sacerdote más recompensa que el insulto, los anatemas, la servidumbre doméstica y la degradación moral.

Hoy mismo, hoy que la fe se aleja de los cerebros fuertes para refugiarse en los espíritus débiles ¿quién retarda la inevitable ruina del Catolicismo? ¿Quién brega para construir un dique y detener la incontenible inundación del escepticismo religioso? ¿Quién renuncia con más desprendimiento á glorias del mundo y placeres del amor, consagrándose al esposo místico que no tiene labios para besar sino espinas para herir el corazón? ¿Quién ofrendaría toda su alma, toda su sangre y toda su vida porque la sombra de la Cruz se extendiera de polo á polo, y la figura del sacerdote dominara sobre las más altas y más poderosas cabezas de la Tierra? *el escorpión*, *el basilisco* , *la hija del demonio*, *la burra mañosa.*

III

Nadie tanto como la mujer debería rechazar una religión que la deprime hasta mantenerla en perdurable infancia ó tutela indefinida. Mas no sucede así: la *irredenta* se yergue contra sus redentores, la víctima bendice el arma y combate á favor del victimario, Ella no transige con el librepensador ó libertario y rechaza como enemigo al reformador que viene á salvarla del oprobio y la desgracia, proclamando la anulación del vínculo matrimonial no sólo por mutuo disenso, sino por voluntad de un solo cónyuge. Ella se pone al lado del sacerdote que anatematiza las uniones libres y santifica la prostitución legal del matrimonio.

Es, señores, que lo más triste de las iniquidades y los abusos está en la obcecación y rebajamiento moral de las víctimas: pierden hasta la conciencia de su lamentable condición, no abrigan ni el deseo de sacudir el yugo ignominioso. Los esclavos y los siervos deben su dignidad de personas al esfuerzo de los espíritus generosos y abnegados; la mujer católica se emancipará solamente por la acción enérgica del hombre. Desgraciadamente, los esfuerzos tentados para descatolizarla y divorciarla del sacerdote no produjeron muy

fecundos resultados. ¿Por qué? por deficiencia de los mismos que intentaron la descatolización y el divorcio. Algunos pretenden redimir á la Humanidad sin haber logrado catequizar á su familia, olvidando que antes de pronunciar discursos y de escribir libros, se necesita hablar la más elocuente de las lenguas, el ejemplo.

¿Qué se avanza con libros demoledores y discursos fulminantes, si mientras los esposos desvanecen mitos y derriban iglesias, las esposas inoculan en sus hijos el virus de la Religión Católica? La madre arrasa con el sentimiento lo que el padre intenta edificar con la Razón. Las creencias infundidas por el cariño maternal llegan á un sitio del alma donde más tarde no alcanzan las lecciones trasvasadas con el rigor del pedante. La mujer no sólo nos forma con la carne de su carne y la sangre de su sangre, no sólo nos nutre á sus pechos y nos conforta en su regazo, sino también nos impregna de sus sentimientos, nos transfunde sus ideas, y como el Jehováh de la leyenda bíblica, nos modela á su imagen y semejanza. Si llevamos el nombre de nuestro padre, representamos la hechura moral de nuestra madre. En tanto que los políticos se jactan de monopolizar la direción del mundo, las mujeres guían la marcha de la Huma-

nidad. La fuerza motriz, el gran propulsor de las sociedades, no funciona bulliciosamente en la plaza ni en el club revolucionario: trabaja silenciosamente en el hogar.

Esto lo comprenden muy bien los *ministros del Señor*, y sonríen maliciosamente cuando sus enemigos se lanzan á fulminar rayos contra la Religión, mientras las seráficas matronas corren á engrosar el *dinero de San Pedro* y suscribir los manifiestos de la Unión Católica. Duermen tranquilos, soñando que las grandes reformas mueren al nacer ó duran muy pocos años, si no logran echar raíces en los corazones femeninos: contando con la madre, cuentan con el niño, poseen el hoy y tienen asegurado el mañana. Dejan, sí, de sonreir los sacerdotes y sufren amarguísimos desvelos ó terroríficas visiones, cuando saben que una sola de las innumerables creyentes se rasga la venda de la Fe y recurre á ver con la luz de su propia razón. Perder á las mujeres ¡horrible pesadilla de la Iglesia! El Catolicismo, que sólo se mueve por la irresistible fuerza de impulsión recibida en otras épocas, gira sobre dos puntos: la male fe del hombre y la ignorancia de la mujer. Cuando falte el polo femenino ¿dónde irá el complicado y vetusto mecanismo de ruedas oxidadas y ejes desnivelados?

Esto no lo comprenden ó fingen no com-

prenderlo muchos reformadores, y dejan á sus esposas bajo la humillante dominación del clero. Para ellos, el saber y la incredulidad; para ellas, la ignorancia y el fanatismo. Matrimonios basados en semejantes principios ¿merecen llamarse ayuntamientos de seres racionales? Lo más dulce de la unión amorosa no reside en el contacto de dos epidermis ni en la simultaneidad de dos espasmos: está en la vibración unísona de dos corazones, en el vuelo armonioso de dos inteligencias hacia la verdad y el bien. Los animales se unen momentáneamente, los dos sexos humanos deben aliarse para engrandecerse y perfeccionarse.

No se arguya que soñamos al enunciar la posible asimilación de las mujeres á los hombres; confiésese más bien la incuria ó la necedad del marido al no saber aprovechar de su fuerza. En las batallas por la idea no se conoce auxiliar más poderoso que el amor. Como la mujer amante quiere ser dominada y poseída, el hombre amado adquiere una irresistible fuerza de absorción: puede reinar con la ternura y la verdad, en oposición al sacerdote que domina por el miedo y el error. Así, pues, el marido que en algunos años de vida estrecha con la esposa no logró convertirla, dominarla ni absorberla en corazón y cerebro,

poseyó el incentivo carnal para seducir y fascinar á la hembra, no tuvo la elevación varonil para levantar y redimir á la mujer.

Compadezcamos á los *infelices* que se manifiestan hombres para engendrar, no para ejercer funciones viriles de un orden superior. Al dejar que sus hogares se envilezcan y se fanaticen, ellos son las primeras víctimas, tan merecedoras de lástima como del ridículo. El fanatismo no produce menos estragos que el éter, la morfina, el alcohol ó el opio: al adueñarse de una mujer, la deprime intelectual y moralmente, la despoja de todas las seducciones femeninas, la transforma en ese algo asexual ó neutro que se llama una devota. El marido que en los primeros días del matrimonio entregó al sacerdote una esposa amable y agraciada, recibe á los pocos años una rezadora de virtud angulosa y astringente, una altarera sin higiene en el cuerpo ni ternura en el alma, una ogresa mística y santa que vive oponiendo á todo impulso racional un inamovible murallón de ignorancia y terquedad. Cuando ya no tiene remedio, los fanatizadores de su hogar se convencen de que amando mucho á Dios, las mujeres concluyen por hacerse aborrecer de los hombres.

IV

Deseo precisar y condensar algunas ideas, á riesgo de incurrir en monótonas repeticiones y cansar á las personas que se dignan escucharme.

En toda época y en todos los países la mujer fué víctima y arma del sacerdocio. Cuando el orgullo masculino intentó sacudir la opresión sacerdotal, intervino la voluptuosidad femenina para desvigorizar al hombre, adormecerle y remacharle la cadena. Eso lo palpamos hoy mismo, no muy lejos de nosotros: los sacerdotes arrastran á las mujeres, las mujeres arrastran á los hombres, y los hombres se dejan arrastrar, convertidos en el rebaño de Panurgo. Algunos aparentan rebelarse y chillan al aire libre; pero los más se resignan y callan á la sombra del baldaquino. Poseen doble naturaleza: en la calle, lobos que devoran á clérigos y frailes; en la casa, ovejas que lamen las manos de monseñores y reverendos padres.

Y sin embargo, muchos corderos con momentánea y callejera piel de lobo gastan ínfulas de ejercer un apostolado: rivalizarían con Tolstoi. No llamemos *apóstol de gentes* á

quien nunca supo ni quiso ejercer acción eficaz en el diminuto radio de su familia, y desconfiemos del propagandista que alegando una excesiva tolerancia, forma un hogar con olor á misa cantada: es el rosal produciendo bellotas, el águila empollando avestruces. Para sanear las poblaciones, se comienza por desinfectar los domicilios, pues no cabe higiene pública sin higiene privada; cuando se desea secularizar un pueblo, se debe hacerlo con las familias, pues no se concibe un todo libre, constituído por fracciones esclavas. Más que al Estado, cumple á los individuos la secularización de la vida. Desterrando del hogar al sacerdote, se le arroja de la escuela; quitándole la madre, se le arrebata el niño, se le cierra el porvenir.

No se trata de promulgar como ley de la familia el *creer ó morir* de inquisidores y musulmanes. Los que rechazan la tiranía de un Sér Supremo y niegan la infalibilidad de un pontífice, desconocen también la autocracia de un esposo. En el matrimonio verdaderamente humano, no hay un jefe absoluto, sino dos socios con iguales derechos, no hay un déspota sino el hermano mayor de sus hijos. La acción brutal del grosero apóstol en las almas sensibles de mujeres y niños debe compararse con la dentellada del jumento en un ramo

de flores ó con el trompazo del elefante en los anaqueles de una cristalería.

Se trata de emanar una atmófera de bondad y justicia, no recurriendo á la intimación despótica sino á las insinuaciones fraternales, no invocando la autoridad sino aduciendo la prueba. Los errores no se parecen á hierbas superficiales que violentamente erradicamos con la punta de un arado, ni las verdades se igualan con clavos de acero que de un solo martillazo introducimos en el corazón de un leño apolillado: el error huye paso á paso, la verdad se infiltra gota á gota. El hombre cuerdo no impone, que la imposición hiere el orgullo y suscita la resistencia; manifiesta con hechos que entre un espíritu libre y un devoto las diferencias no abonan al rezador. Tanto vale creer sin pruebas como negar sin razones. Hay una cosa soberanamente ridícula y vana, dogmatizar; hay un personaje verdaderamente risible y odioso, el inquisidor á la inversa, el sacristán del librepensamiento.

Como nos reímos del intransigente por ignorancia, moda ó capricho, burlémonos del tolerante por decidia ó conveniencia. Muchas veces llamamos tolerancia á la fofedad en las convicciones, á la maleabilidad de carácter, á la contemporización humillante con los erro-

res, á la cobardía para delatar las iniquidades. La intolerancia no consiste en oponer tribunas á tribunas, libros á libros ó rechazos enérgicos á embestidas brutales, sino en amordazar las bocas, romper las plumas y encarcelar ó suprimir al adversario. No hay tolerancia en consentir la deformación de los cerebros infantiles por medio de una educación anticientífica: hay egoísmo criminal. No aceptemos los tradicionales derechos del *pater familias*. Como protestamos de considerar á la esposa una sierva ó propiedad del marido, neguemos también que un hijo pertenezca absolutamente al padre. El alma del niño no es del padre, de la madre ni del sacerdote, es de la verdad, de ese algo tan fecundo que no se encierra ni puede encerrarse en el estéril credo de ninguna religión. Más aún, señores: el niño no se pertenece ni á sí mismo: se debe á la Humanidad, se halla en la obligación de allanar el camino á las generaciones futuras. No hemos venido á la Tierra para beber el agua, comer el pasto y legar la única herencia de un esqueleto.

A la tolerancia mal comprendida agreguemos el pesimismo desconsolador. Nada tan *dulce* como esa *amarga* filosofía que nos induce á cruzarnos de brazos y permanecer indiferentes en las luchas humanas, repitiéndonos

á nosotros mismos que de nada serviría la intervención en apoyo del bien, desde que el mal triunfa necesaria y eternamente. Mas ¿qué penetramos nosotros de la vida y del Cosmos para deducir la inutilidad de la acción? Nada se pierde en el Universo, todo produce algo en alguna parte. El desplazamiento de una imperceptible arenilla ocasiona talvez la desviación de un río caudaloso. La agitación de un infusorio en una gota de agua influye quizá en las tempestades del Océano. El aleteo de una mariposa en el nectáreo de una flor llega quien sabe á repercutir en el disco de la estrella más lejana. Puede que algunas de las verdades enunciadas en este lugar vayan á sacudir el sueño de algún espíritu aletargado en el seno de las supersticiones. Reconózcase la degradación de un pueblo y el estancamiento de una época; no se niegue el avance del sér colectivo hacia un reinado de verdad y justicia. La Humanidad es una inmensa caravana, mejor dicho, un ejército con sus perezosos y sus cobardes. Mientras unos duermen ó desertan, los otros marchan y combaten. El nivel de la especie humana sube muy lentamente, pero sube. Y la ascensión se verifica, no porque la muchedumbre inicie el movimiento, sino porque unos pocos individuos de buena voluntad surgen de cuando

en cuando para condenar el egoísmo inhumano y sostener que sobre las conveniencias materiales deben colocarse los sentimientos magnánimos encarrilados por las ideas levantadas, lo que gráficamente hablando quiere decir: más arriba del vientre se halla el corazón y más arriba del corazón está la cabeza.

Auguremos, pues, el buen éxito de una propaganda enérgica y razonable, iniciada en el recinto de la familia para irradiar en todos los ámbitos de la República. Algún día, tal vez no muy lejano, los enemigos domésticos se trasformarán en los mejores aliados. Cuando las mujeres vean la conformidad de acciones y palabras, cuando palpen que las almas libres alcanzan donde no pueden llegar las conciencias maniatadas, cuando constaten que una moral sin obligación ni sanción ennoblece más que la añeja teoría de premios y castigos, entonces abandonarán al sacerdote por el sabio, la iglesia por el hogar, el Dogma por la Razón: todos los errores pueriles, todas las supersticiones femeninas, irán á desaparecer en la convicción inalterable del hombre, como los ríos cenagosos corren á purificarse en el agua incorruptible del mar.

Pero que ellas mismas, principalmente las casadas, cesen de limitarse al humilde papel de catecúmenas, esperanzadas en la acción

redentora de sus maridos; los tiranos y los brutos domésticos abundan más de lo que nosotros imaginamos. La felicidad no se aguarda del cielo ni se mendiga de otros; se persigue por sí mismo, se conquista con sus propios esfuerzos. Violando leyes canónicas y civiles, arrostrando preocupaciones burguesas, constituyendo un hogar libre cuando el hogar católico encierra oprobio, desesperación y muerte, la mujer realiza tres obras igualmente laudables: busca la felicidad donde piensa encontrarla, enseña el camino á las víctimas de ánimo débil y ofrece un alto ejemplo de moralidad. Sí, señores, de moralidad, aunque protesten los rezagados y los hipócritas. Me dirijo á personas emancipadas, y no temo llamar las cosas por sus verdaderos nombres: meretrices son las esposas que sin amor se entregan al marido, espúreos son los hijos engendrados entre una pendencia y un ronquido; honradas son las adúlteras que públicamente abandonan al esposo aborrecible y constituyen nueva familia santificada por el amor, legítimos y nobles son los espúreos concebidos en el arrebato de la pasión ó en la serena ternura de un cariño generoso. Los ultrajes de *bastardo* y *adulterino* nada significan para gentes que piensan y no estiman la honradez de un hogar por los asper-

ges de agua bendita. A juicio de todo un Shakspeare, el bastardo nacido en la clandestina voluptuosidad de la Natüraleza posee mejor sustancia y mayores energías viriles que el enjambre de currutacos ó lechuguinos engendrados entre un sueño y una vigilia, en una cama triste, monótona y puerca. Donde laica y libremente se unen dos organismos sanos y jóvenes, refunfuña el gazmoño, pero sonríe la Tierra. El matrimonio de una moza con un viejo, de una persona lozana y robusta con otra enferma y enclenque, de la impotencia y la muerte con la fecundidad y la vida, he aquí los delitos imperdonables y vergonzosos, porque significan desperdicio de fuerzas creadoras, fraude en el amor, robo á la Naturaleza.

Según Tocqueville, *quien ha formado la América del Norte es la mujer norteamericana.* Ella formaría no sólo cien Américas, sino crearía mil universos. Cada esposa fecunda lleva en sus entrañas el germen de futuras humanidades, llamadas á expandirse en la individualidad consciente ó condenadas á vegetar en el gregarismo religioso. En el niño posee la madre un bloque de mármol donde bosquejar una estatua griega. Desgraciadamente, merced á la intervención de monjas y *padres*, el bloque se transforma en una parodia de la

figura humana. Nosotros conocemos la sicología de seres amamantados en la servidumbre y el fanatismo, apenas si concebimos la mentalidad de niños educados según la libertad y la ciencia. Los que nacimos bajo una capa de absurdos y supersticiones, los que hoy mismo nos asfixiamos en una atmósfera de antiguallas y prejuicios, los que desearíamos empujar á las muchedumbres para hacerlas recorrer en un solo día el camino de muchos siglos, no miraremos la florescencia de una raza sin morales vetustas ni religiones prehistóricas. Voltaire, viejo y moribundo, exclamaba: ¡*Felices los jóvenes porque verán cosas muy grandes*! Imitando al infatigable luchador del siglo XVIII, digamos nosotros sus discípulos: felices los que vengan mañana porque vivirán, no en la *Jerusalén divina*, sino en la ciudad laica, sin templos ni sacerdotes, sin más divinidades que el Amor, la Justicia y la Verdad!

Concluyo, señores, diciendo algo que desearía grabar en el cerebro de todas las mujeres y también de muchos maridos: los pedagogos elaboran pedantes los sacerdotes fabrican hipócritas, sólo las verdaderas madres crean hombres.

ITALIA Y EL PAPADO

—

Discurso leído en la Stella d' Italia el 24 de Setiembre de 1905.]

Señoras y Señores:

Hace un año que usé de la palabra en esta misma institución y para conmemorar el mismo aniversario: agradezco á los masones italianos la honra que por segunda vez me otorgaron al solicitar mi colaboración.

La Stella d' Italia erige aquí una tribuna donde nos llama á los profanos, sin marcar límite á la emisión de las ideas. Nada más laudable ni más oportuno, hoy que en Lima recrudece el fanatismo, hoy que no cesa de ir en aumento la inundación clerical.

No se puede negar que una fuerza de reacción religiosa pugna por hacernos retroceder. Y ¿quiénes oponen resistencia? uno que otro luchador solitario; ninguna agrupación desde

el momento que las conferencias organizadas en la Liga de Librepensadores quedaron violentamente abolidas por el *flamante aliado* del Partido Liberal. Los llamados á levantar la voz, callan por conveniencia ó por miedo. Los diarios son clericales ó fingen serlo para amoldarse á la mentalidad de sus dos públicos—el femenino y el neutro. Las Cámaras siguen debatiéndose en pasiones de bandería y defendiendo intereses de campanario: conservan la tradición, pues los congresos nacionales no representaron jamás el oriente de las ideas regeneradoras. El Gobierno, si abiertamente no encabeza el movimiento retrógado, le favorece bajo cuerda ó le mira con buenos ojos: á todo poder le conviene fomentar el Catolicismo, esa doctrina de resignación y envilecimiento.

Puede haber concluído el tiempo de las hogueras inquisitoriales; no ha finalizado el ciclo de las luchas religiosas. Se lucha en todas partes, y con mayor encarnizamiento en las naciones católicas, así, en Francia se tiene que pasar de las controversias verbales á los actos violentos. Y no solamente luchan los mediocres y vulgares; agitan las armas un Berthelot, un Hæckel, un Sergi, un Salmerón....¿Quiénes afirman que pasó de moda la cuestión religiosa y que pertenece á las anti-

guallas del siglo XVIII? casi siempre los que fundidos en un solo bloque no pesarían lo que pesa un Hæckel ni un Berthelot.

No ha bajado á la tumba una religión que suponíamos enterrada bajo los sarcasmos de Voltaire y las ironías de Renan: La vemos palpitar al rededor nuestro, afanándose por dominar las conciencias. Algunos, aunque librepensadores, la respiran en la atmósfera de su casa, la husmean en los platos de su mesa, la sienten en la almohada de su lecho. La Ciencia y la Religión ejecutan un perdurable movimiento de báscula: si una sube la otra desciende. Nadie negará que la Ciencia no pára en su movimiento de ascensión. El Catolicismo desciende y en las naciones civilizadas no vive una vida muy gloriosa. Sin embargo, tenemos que asestarle golpes continuos para acelerar su muerte. Aunque le veamos reducido á cadáver, sigamos golpeándole: hay muertos que debemos matar una y cien veces.

De esa terquedad en aferrarse á la vida no cesa de ofrecer testimonio el Jefe de la Iglesia, frente al Gobierno de Italia. Dada la fecha que celebramos, conviene decir algunas palabras sobre las actuales relaciones de ambas potestades.

I

Al triunvirato literario de Dante, Petrarca y Boccaccio, á los hombres que en el Renacimiento fijaron la lengua nacional, debe oponerse el triunvirato político de Garibaldi, Cavour y Mazzini, de los hombres que en el siglo XIX contribuyeron más á la consumación de la unidad italiana.

Sacudir el yugo del Austriaco, formar de reinos fraccionarios y antagónicos un estado grande y homogéneo, borrar el odio mezquino de pueblos á pueblos y hasta de familias á familias, para sustituirle con el *siam fratelli* de Manzoni, he aquí las ideas que durante varios siglos germinaban en el cerebro de los pensadores italianos, he aquí los fines que persiguieron Garibaldi con la espada, Cavour con la diplomacia, Mazzini con la pluma.

Derrocados los reyezuelos y los grandes duques, realizadas las proezas legendarias de los *Mil*, faltaba mucho para consumar la independencia y unidad: Austria cerraba el camino. Para vencerla y debelarla no bastaban las energías nacionales: los apostolados, las

revoluciones, los heroísmos, todo había sido inútil. El vínculo tradicional llegó á verse tan relajado en Italia, que los esbirros y los degolladores del pueblo no salían siempre de las legiones extranjeras. Como se necesitaba la cooperación de fuerzas exteriores, muchos emisarios ó apóstoles fueron de nación en nación y de corte en corte buscando amigos y aliados de la emancipación italiana. Los políticos realizaron entonces un prodigio de habilidad y astucia—la alianza de Víctor Manuel y Napoleón III. Cuando se piensa en la obra de Cavour, se ve pequeñas las figuras de Talleyrand y Metternich.

Vencida el Austria en Magenta y Solferino, revindicada la posesión de Venecia, el pueblo italiano pide más: su anhelo se cristaliza en la fórmula de: *Italia una con su capital Roma.* Recordando las invasiones extranjeras provocadas por la ambición y felonía de los Pontífices, reconociendo con Machiavelli que e*l papado es en Italia como el hierro en la herida*, los revolucionarios piden la abolición del *Poder temporal*, claman por el afianzamiento de la nacionalidad con la reintegración de los Estados Pontificios.

Mas el Emperador francés, deteniéndose en la mitad del camino, proclama el *Roma intangible* y pretende que los Mazzini, los Ca-

vour y los Garibaldi acepten la inviolabilidad del territorio avasallado por la Iglesia. ¿Por qué? Un viejo libertino se halla muy cerca de un viejo gazmoño, y grandes catástrofes de imperios se fundan en rídiculas influencias de alcoba. Napoleón III era casado con una joven condesa que si no tenía las virtudes de una santa, poseía el fanatismo de una española. No extrañemos, pues, que en Roma subsistiera hasta 1870 una guarnición de soldados franceses que representaban el doble ministerio de pretorianos y monaguillos. Los voluntarios que á fines del siglo XVIII descargaban el fusil sobre los ejércitos monárquicos, en el siglo XIX apuntaban con el rifle á garibaldinos y mazzinianos: Mentana sucede á Valmy.

En los pechos italianos hierve entonces una cólera inexorable contra el hombre que hoy les sirve de aliado en la guerra con Austria y mañana quiere obligarles á permanecer inmóviles bajo la sandalia de un Pío IX. En Francia misma, el proceder ilógico y ambiguo del Emperador suscita recriminaciones y protestas. Como les sucede á contemporizadores y amigos de términos medios, Napoleón se granjea la censura y odiosidad generales: los católicos le tratan de garibaldino, los garibaldinos le motejan de papista. Si unos le

atacan en la prensa por sostener una guarnición al servicio de un papa *inquisidor y carabinero*, otros le acusan en el Cuerpo Legislativo, no sólo de haberse *dejado envolver por las redes de la astucia italiana*, sino de *favorecer una revolución patrocinada por Inglaterra*.

Estalla la guerra franco-prusiana, y la tremenda catástrofe del pueblo francés redunda en beneficio del pueblo italiano. Al derrumbarse el trono de Napoleón III arrastra consigo á la sede temporal de Pío IX. Casi al mismo tiempo en que el hombre de Sedán sale de Francia para no regresar nunca, Víctor Manuel penetra en Roma para lanzar al mundo católico la frase de Mac-Mahon en Sebastopol: *Aquí estoy y aquí me quedo.*

II

Mas, con la posesión de Roma ¿se han colmado los deseos y ambiciones de Italia? La voz del irredentismo no deja de repercutir. Si antes se clamaba por Venecia y los Estados Pontificios, hoy se clama por el Trentino y Trieste, confesando que la unidad nacional no puede considerarse como un hecho sino el

día en que se adquiera ó se recupere las fronteras naturales. Hoy se piensa quizá en Istria y Dalmacia como en las futuras provincias de una Italia más extendida y más poderosa, hoy se sueña talvez con la anexión de Albania para dominar el canal de Otranto y convertir el Adriático en un mar latino. A la vez que disminuye la galófobia atizada por Crispi y Bismarck, va renaciendo el odio al germano, al enemigo tradicional: la Triple Alianza no impide que el pueblo italiano execre á Francisco José y abomine de Austria. Innsbrück, la capital misma del Tirol austriaco, oye resonar los *mueras* al tedesco.

Lombroso afirma que "Italia es una, pero no está unificada, que mientras algunas secciones de la península avanzaron con la unidad política, muchas han permanecido estacionarias ó retroceden". Con la monarquía de 1870 vino la excesiva centralización, el desarrollo de un miembro á expensas de los demás: por un lado la congestión, por otro el desangramiento. Poco ganaron las multitudes, que no valen mucho las transformaciones políticas sin venir acompañadas de un mejoramiento social. La soberanía del pueblo es una sangrienta irrisión cuando se sufre la tiranía del vientre: al llevar el voto en una mano, hay que tener el pan en la otra.

Quienes se beneficiaron con la unidad política de Italia fueron los reyes de Cerdeña, los cortesános, los hombres públicos y los financieros. Los humildes y los pequeños sacaron lo de siempre: como las abejas labran panales para que otros saboreen la miel, así los humildes siembran para que los soberbios cosechen, así los pequeños combaten y mueren para que los grandes obtengan poder y glorificación.

Italia hierve y se agita: unos, siguiendo la huella de Crispi, tienden á formar una potencia agresiva, conquistadora, con visos de imperialismo germánico; otros recordando la prédica humanitaria de Mazzini, se inclinan á fundar una república sin ejércitos permanentes, pacífica, regida por instituciones de la más pura democracia. Al hervor político responde la fermentación social: lo mismo que en todas las naciones civilizadas, las huelgas estallan como preludios de la gran revolución futura. La guerra de tarifas con Francia, las edsastrosas aventuras coloniales, los desmedidos impuestos originados por los grandes armamentos, causaron muchas miserias, muchos sacrificios y muchas lágrimas. De cuando en cuando las olas populares, esas tremendas olas levantadas por el hambre, surgieron de la nación para venir á estrellarse contra los muros del Quirinal. Más de una vez, la

bala y el sable respondieron á los gritos que pedían trabajo y pan; más de una vez, sangre de obreros y hasta de niños y mujeres enrojeció la tierra en Nápoles, Milán y Sicilia.

Nadie vería en la Italia del siglo XX un campo de ruinas, *una tierra de muertos*, como dijo Lamartine. La exuberancia de sangre, la plétora de vida nacional se revela por la capacidad emigrante ó fuerza de salir á crear naciones ó fundar colonias. Dígalo Inglaterra. Los pueblos decadentes y agotados se confinan en sus linderos, arraigan tenazmente al hogar de los abuelos y arrullándose con las leyendas de una gloria pasada, se extinguen oscura y miserablemente. El que vive, propaga la vida, se mueve y se transforma. Por eso, el italiano verifica una evolución: deja de ser el soldado brutal de la antigua Roma para convertirse en el fecundo y laborioso inmigrante de los pueblos americanos. Él va engrandeciendo y poblando las naciones orientales de la América española. Por su adaptación al medio ambiente, por su facultad de asimilarse, en fin, por su virtud colonizadora y prolífica, el italiano merece llamarse un creador de nacionalidades, un vivificador de razas.

Sin embargo, su misión histórica no se reduce á engrandecer tierras lejanas, olvidán-

dose de su país y de sus hermanos. Aquel espíritu viril y generoso que en la Antigüedad y el Renacimiento hizo de Italia un gran pueblo, no ha degenerado en la edad moderna: donde nacieron los Gracos surgen hoy los grandes vengadores, los terribles justicieros. Surgen también los sabios y los artistas, los civilizadores por la verdad y la belleza. Desaparecida Grecia, Italia figuró como el granero intelectual del mundo. ¿A qué no puede llegar mañana con el talento privilegiado de sus hijos? Los hombres que supieron descubrir la pila como Volta, sondear el firmamento como Secchi, cincelar el mármol como Cánova, armonizar las notas como Rossini, pulir la estrofa como Leopardi, pensar como Gioberti y prosar como Giordani, sabrán convertir en nuevo emporio de riquezas la hermosa tierra donde florecen las viñas de Horacio y susurran las abejas de Virgilio.

III

Todos volvemos hoy los ojos á Italia como ayer los volvíamos á Francia, porque la Humanidad tiene derecho de apropiarse las fechas magnas. A todo el mundo civilizado pertenecen el 14 de Julio y el 20 de Setiem-

bre: significan la desaparición del antiguo régimen y el hundimiento del poder teocrático. Los franceses que en 1789 demolieron la Bastilla, los italianos que en 1870 abrieron la brecha de la Porta Pía, talvez creyeron servir únicamente al bien de sus respectivas naciones, cuando lucharon por los intereses de la Humanidad. El 20 de Setiembre se conmemora algo más que la unidad política de Italia: el Quirinal frente al Vaticano simboliza el constante desafío de la Razón á la Fe.

En una balada de Heine, el Emperador Enrique IV de Alemania, vencido y humillado por Gregorio VII, viste el sayal del penitente, marcha con los pies descalzos y reza un *padre nuestro*, dando señales de sumisión y arrepentimiento; mas reprime la cólera, jura secreta venganza y en lo interior de sí mismo profetiza que de su fiel y querida tierra germánica nacería el hombre destinado á empuñar el hacha y derribar á la implacable hidra de Roma.

Y la profesía se va cumpliendo: si la derrota de Austria produjo la unidad de Italia, el triunfo de Prusia quitó á los Papas el poder temporal, convirtiéndoles en simples vecinos de la *Ciudad eterna*. Pero, no, incurrimos en una exageración al expresarnos así: el Papa no se humilla ni se esfuma como una simple uni-

dad en el censo de Roma; se destaca, se yergue como un adversario que blasona de representar los elevados intereses morales, mientras el Rey personifica los bajos intereses materiales.

En las disensiones de los gobiernos con la Iglesia, sólo caben dos actitudes: someterse sin condición ó rebelarse sin miramientos. Cuando, en vez de cortar el cable y establecer un gobierno esencialmente laico, se venera la tradición y se evoluciona en el campo de los términos medios, entonces se deja planteada una interminable serie de cuestiones enojosas, pueriles y ridículas. Los fundadores de la unidad italiana incurrieron en un grave error, más propiamente dicho, cometieron una verdadera hipocresía al destruír el poder temporal en nombre de un Estatuto que reconoce el Catolicismo como religión del Estado.

Quien se declara hijo de la Iglesia tiene que reconocer como padre al Sumo Pontífice. Víctor Manuel se diseña como hijo y revolucionario *sui generis*: desnuda á su padre, y enseguida le demanda la bendición; encarna un movimiento impío, y muere clamando por los auxilios de la Religión. Humberto sigue más ó menos, las huellas paternales, aunque una muerte violenta le impide acabar como Víctor Manuel. El actual monarca, hijo de

una madre piadosísima, da visos de tanta fidelidad á las enseñanzas maternales que no se casa sin exigir de su novia el ingreso á la comunión católica. Lamentemos, pues, que los italianos no hayan poseído un Enrique VIII sin vicios. Lamentemos, más aún, que el asalto á Roma en 1870 no hubiera sido la obra de una revolución netamente republicana y popular como la de 1848. Garibaldi habría dado al problema una solución radical y definitiva.

De la situación creada por una política dudosa, nace algo triste y cómico: el Papa, inerme y vencido, continúa siendo no sólo una acusación sino una rémora y una amenaza; mientras el Gobierno de Italia, obligado á ceder ó transigir, hace el papel de una barca ligera, mas reducida á navegar con velas de plomo, teniendo que remolcar un pesado y viejo pontón.

Desde que emperadores y reyes regalaron territorios como se regala muebles y dispusieron de hombres como se dispone de rebaños, los Papas consideraron los Estados Pontificios como una herencia de familia, legalmente pasada de antecesor á sucesor. Ahí ejercitaron el más absoluto de los poderes, tanto que el gobierno papal era en el orden

político lo que en el físico son las lagunas pontinas. Ese poder sueñan con revindicarle para retenerle hasta el fin de los siglos: ellos no admiten prescripción ni *medio vedado* para revindicar lo perdido.

Dándose por emisarios del cielo y sólo responsables ante Dios, los Pontífices no conocen patria ni aceptan deberes cívicos; al verse acosados por sus vecinos ó sus súbditos, no vacilan un solo instante en apelar al extranjero. ¿A quién llamó Pío IX el día que los Romanos le hicieron disparar hasta Gaeta? á españoles, austriacos y franceses. Hoy mismo, si la restauracíón de la Sede temporal dependiera de una *cruzada exterior*, Pío X acudiría al rey de Inglaterra que es protestante, al Zar que es ortodoxo, á Loubet que es librepensador. No rechazaría ni al Sultán, mahometano, rojo de pies á cabeza con la sangre de armenios y macedonios. Las manos enrojecidas con sangre cristiana no asustan á un Papa, cuando traen un óbolo para acrecentar el dinero de San Pedro ó llevan un arma para herir en el corazón á los enemigos de la Iglesia.

En el cerebro de los *infalibles*, todo error es una cristalización eterna. *¡Non possumus!* gritaba Pío IX *¡Non possumus!* balbuceaba León XIII y *¡Non possumus!* repetirán sus

irreducibles sucesores como lo repite ya Pío X. Y no usarán la mansedumbre evangélica, al sentirse potentes para fulminar el rayo. Burla merecería, si no infundiera lástima, esa irritación morbosa de los Sumos Pontífices al verse privados de su *soi—disant* derecho divino. Mas se les comprende y hasta se les disculpa, cuando se medita en la tradicional atmósfera del Vaticano y en el proceso mental de sus moradores. No solamente Roma; Italia, Europa, el mundo entero pertenece moral y políticamente al heredero legítimo de San Pedro. Los Papas consideraron siempre la Tierra como un feudo legado por Dios, no miraron en todos los hombres más que un hacinamiento de seres inconscientes ó menores de edad, obligados, por la razón ó la fuerza, á vivir y morir bajo la tutela de la Curia Romana. El ideal del Catolicismo se resume así: el trono en Roma, el Sumo Pontífice en el trono, el Universo á los pies del Sumo Pontífice.

SEGUNDA PARTE

———

NUESTRO PERIODISMO

—

I

Si por un orgullo mal entendido y risible no reclamamos la formación de una policía internacional que reprima los golpes de estado y finalice con las dictaduras de Bajo Imperio, deberíamos trabajar porque los escritores—y de modo singular los diaristas—organizaran una corporación higiénica para desinfectar el aire saturado con el miasma político. Mas los grafomanos sin convicciones definidas, los inverosímiles tipos de oscilación mental ¿poseen la médula suficiente para iniciar una obra de tamaño alcance? Para sólo concebir la institución de esa nueva *junta de sanidad*, habrían de ser honrados, entendiéndose aquí por honradez la adhesión á una doctrina, ó cuando menos, la fidelidad al hombre de su partido.

Rechazando la afirmación absoluta de que el ingenio se deprime con la bajezas del corazón, se ha dicho que una obra de arte no lleva necesariamente el sello moral del autor. En el dombo de San Pedro, en la estatua de Moisés y en los frescos de la Capilla Sixtina, vemos la poliforme grandeza creadora de Miguel Angel; pero en el Cristo del Escorial, en el martirio de San Bartolomé y en la partitura de El Barbero no descubrimos la fiereza de un Benvenuto Cellini, la tortuosidad de un Españoleto ni la avara parsimonia de un Rossini.

Se ha dicho también que la excelencia de una verdad científica y la bondad de un método filosófico no desmerecen por lo indigno y bajo de sus enunciadores; y efectivamente: aunque Darwin y Comte, en vez de figurar como tipos de elevación moral, fueran citados como ejemplos de criminalidad y vileza, el Darwinismo no sería una hipótesis menos probable ni el Positivismo encerraría menor número de verdades.

El artista y el sabio se crean un medio facticio, se abisman en una atmósfera interior de belleza ó de verdad, en una palabra, se autosugestionan al concebir y ejecutar sus obras. Merced al entusiasmo, de un hombre con alma y corazón igualmente negros puede

salir una producción buena y hermosa, como de dos carbones atravesados por la electricidad brota la espléndida luz de arco. No sucede lo mismo en el orden político. Ahí la obra lleva irremediablemente el sello del autor, ahí el hombre se revela en el acto como la causa en el efecto: el corazón insidioso y sanguinario de un Thiers se delata en la represión de la Comuna, así como el alma undívaga y fofa de un Castelar se deja ver en su efímera presidencia de la República Española. Nadie niega lo mucho que un principio se realza con el carácter de su defensor. Mientras algunas reformas útiles y de fácil implantación suelen escollar en el descrédito de sus iniciadores, otras muchas transformaciones difíciles y al parecer irrealizables, se logran consumar llanamente, gracias al buen nombre de sus apóstoles. Los bienes mismos, al venir de los malos, nos inspiran desconfianza y miedo.

Si no ¿por qué todos los hombres públicos blasonan de honrados? ¿Por qué ni los sorprendidos con la mano en el tesoro y la prevaricación en los labios se resignan á confesar el robo y la perfidia?

II

Entre los hombres públicos debemos incluir también el diarista que si no desempeña car-

gos administrativos ni ejerce funciones políticas, influye directamente en la generación y marcha de los acontecimientos. En el campo de las ideas y aun de los hechos, no hay talvez una acción tan eficaz ni tan rápida como la del periodista: mientras el autor de libros se dirige á reducido número de lectores, y quizá de refinados, el publicista vive en comunicación incesante con la muchedumbre. Él lanza hoy una idea, insiste mañana, continúa insistiendo, y concluye por introducirla en el cerebro de *su público:* trepana los cráneos más duros y más gruesos ¿Qué abusos, qué supersticiones no acaban por ceder á una embestida de todas las horas y de todas las plumas? ¡Cuántas obras no realizadas con el discurso de un parlamentario, con el decreto de un ministro ni con la sublevación de un militar, se efectuaron con el simple artículo de un periodista!

Para la multitud que no puede ó no quiere alimentarse con el libro, el diario encierra la única nutrición cerebral: miles y miles de hombres tienen *su diario* que aguardan todos los días, como al buen amigo, portador de la noticia y del consejo. Donde no logra penetra el volumen, se desliza suavemente la hoja; y donde no resuena la austera palabra del sabio, repercute el eco insinuante del vulga-

rizador. Más que el sacerdote, el periodista ejerce hoy la dirección espiritual de las muchedumbres. Como dice Tarde, *una pluma basta para dar movimiento á mil lenguas.* También basta para enardecer á muchos cerebros y armar á muchos brazos. Nadie medirá todo el alcance de un pensamiento divulgado en las columnas de un periódico: es la piedra lanzada en medio del Océano, y no sabemos á qué profundidades puede bajar.

El periodismo encausa los arroyos difusos de las opiniones individuales, les unifica y forma el irresistible río de la opinión pública. Según el mismo Tarde, *si las literaturas sirven para testificar la existencia de una nación, los diarios aguzan la vida nacional, provocan los movimientos globales de espíritus y voluntades en sus cotidianas fluctuaciones grandiosas.* El periodismo tiende, no sólo á formar el alma colectiva de un pueblo, sino la conciencia de la Humanidad. Hoy, merced al telégrafo y al diario, las grandes acciones y los grandes crímenes reciben simultáneamente la glorificación ó el vituperio en el orbe civilizado. A cada momento escuchamos latir el corazón del Planeta. Con vivir la vida de todos los hombres, vamos dejando de ser los egoístas vecinos de una ciudad para convertirnos en los generosos habitantes del Universo.

En un diario se condensan el Ágora de Atenas y el Foro de Roma, la arena de un torneo y el campo de una batalla, el ambiente de un jardín y el vaho de un pantano, la luz de una apoteosis y el bisturí de una vivisección. Como resumen de la vida, encierra un abigarramiento de bienes y males, de justicias é injusticias, de tragedias y sainetes. Debemos mirar en él una fuerza superior al soberano, al parlamento, á la magistratura y á la misma nación. Para estimar el valor del periodismo, imaginémonos la sociedad moderna sin el diario, el wagón sin locomotora. Aunque se juzgue vulgar la comparación, el periodismo guarda semejanza con el alumbrado público: suprimamos el petróleo, el gas ó la luz eléctrica, y las ciudades más civilizadas se transformarán en bosques de bandidos; eliminemos los diarios, y en las naciones más libres surgirán los tiranos más inicuos y más abominables. De ahí que el primer deseo de los autócratas, llámense Napoleón ó Francia, es imponer el *gran silencio cesariano*.

Sin embargo, el periodismo no deja de producir enormes daños. Difunde una literatura de clichés ó fórmulas estereotipadas, favorece la pereza intelectual de las muchedumbres y mata ó adormece las iniciativas individuales. Abundan cerebros que no funcio-

nan hasta que *su diario* les imprime la sacudida: especie de lámparas eléctricas, sólo se inflaman cuando la corriente parte de la oficina central. Los lectores de un diario, á más de contaminarse con el espíritu y el lenguaje, se apegan á las dimensiones del pliego, al ancho de las columnas, á la forma de los tipos.

Naturalmente, se granjean mayor público los histriones que más hablan de honradez y menos la observan, que se empinan muy alto y piensan muy bajo, que gritan mucho y razonan poco. El mundo se alucina con las palabras, y desgraciadamente, con las palabras más vacías: la Humanidad, lo mismo que el niño, sigue al tambor mayor. De ahí la enorme circulación de los grandes cotidianos.

Desde Le Figaro de París hasta The Times de Londres, y desde The New York Herald hasta la Gaceta de Colonia, algunos de ellos merecen llamarse tenduchos de compra y venta, covachas de embustes por mayor y menor. En las grandes potencias, así como en los pequeños estados, los presupuestos consignan sumas destinadas á los periodistas oficiales y oficiosos, lo que se llama *el fondo de los reptiles*. Cavour y Bismarck no vacilaron en confesar lo mucho gastado por Italia y Alemania con el fin de ganarse las simpatías ó el silencio de la prensa internacional. Si en

cuarenta ó cincuenta diarios leemos hoy la narración de algún hecho acaecido ayer, difícilmente sacaremos en limpio la verdad cuando el hecho se relaciona con los intereses de la banca ó la política del gobierno. Muy pobre muestra daría de su criterio el historiador que para sondear el fondo de un personaje acudiera únicamente á las informaciones de las hojas cotidianas. El diario puede revelar la sicología de un pueblo, mas rarísima vez servirá de testimonio fidedigno para juzgar á los hombres públicos. El diarista posee su *verdad* que no siempre es la *verdadera*.

Fouillée se duele de la supersticiosa veneración á lo escrito; y Zola, que nunca dió señales de bonachón ni de tímido, declara llanamente que sólo teme á Le Figaro de París. Temor general. Si en plena calle un fanfarrón vulgar ó un beodo consuetudinario nos endilga una insolencia, nosotros no perdemos la serenidad y continuamos nuestro camino como si nada hubiéramos escuchado; pero si el beodo y el fanfarrón nos agravian en las columnas de un diario, entonces no guardamos la tranquilidad y nos creemos perdidos en la estimación de las gentes honradas. El daño inferido á nuestra honra se nos antoja mayor cuando los tiros vienen de manos ocultas ó invisibles. El anónimo hace que

las vociferaciones de un zaragate ó caballero de industria nos parezcan fallos de la opinión pública. Tomamos por Caballero de la Blanca Luna al Bachiller Sansón Carrasco; por voz de un paladín, el ruido de un ratón en una armadura.

No siempre *las palabras vuelan y los escritos quedan.* El Buda, Sócrates y Jesús no escribieron. Miles de hombres lo han hecho, y nadie se acuerda de sus escritos. Sin embargo, las gentes no acaban de saber que la mentira y la necedad impresas valen tanto como la mentira y la necedad habladas. Talvez por muchos años conservaremos un temor divino á lo impreso en los diarios; que si todos los dioses del Olimpo han muerto ya, viven y reinan el Dios-Alcohol y la Diosa-Imprenta.

III

Los males causados por la falta de sinceridad y honradez resaltan en los diarios de Lima, casi todos sin opiniones fijas ni claras, defensores sucesivos del pro y del contra, apañadores de los más odiosos negociados fiscales, voceros de bancos, empresas de ferrocarriles, compañías de vapores y sociedades en que imperan el agio y el monopolio.

¿Qué diarista limeño representa la encarnación de un principio? Mientras uno se acuesta montañés y se levanta girondino, el otro se duerme autocrático y se despierta anarquista. El liberal escribe en la hoja conservadora, el ultramontano en la revolucionaria. A nadie sorprende que un radical masón salga colaborando en El Pan del Alma ó en El Amigo del Clero. Especie de moléculas errantes, nuestros famosos publicistas entran hoy en la combinación de un sólido, mañana en la de un líquido, pasado mañana en la de un gas.

Algunos de ellos infunden conmiseración y repugnancia. Clowns jibosos y encorvados, viven desde hace treinta ó cuarenta años, repitiendo la misma ensalada de chistes vulgares, ejecutando las mismas cabriolas, dándose las mismas costaladas y sacándose del estómago el mismo cintajo polícromo y chillón. Atraviesan las calles, denunciando la lucha entre la muerte que les inclina hacia el suelo y la tierra que siente asco de recibirles. Van donde el negocio les llama, habiendo tenido la impudencia de afirmar que el periodismo no es una cátedra sino *una empresa industrial.* Pasan de civilista á demócratas y de opositores á gobiernistas, sin modificaciones en el fondo, con simples cambios en la super-

ficie: mudan de piel como las víboras, no atenúan la virulencia de su ponzoña. A más del clown, representan en nuestra sociedad al *bravo* de la Edad Media: el bravo clavaba un puñal, si le ofrecían una bolsa; ellos hincan la pluma, si les decretan la subvención fiscal ó les arrojan las propinas individuales.

La falta de sinceridad y honradez, se junta casi siempre al exceso de ignorancia, hasta cabe afirmar que la ignorancia con humos de suficiencia vive inseparablemente unida á la improbidad: un espíritu honrado aprende antes de enseñar y no enseña lo que ignora. Si hay delito en alquilar su pluma y vender sus opiniones, también le hay, quien sabe mayor, en divulgar una ciencia que no se posee y llevar el engaño á los ignorantes y los sencillos.

El hombre que después de revisar algunos diarios europeos, recorre una hoja de ésta ciudad, siente la misma impresión del *dilettante* que al salir de escuchar una magnífica ópera oyera los chirridos de una música china. Y ¿para qué alejarnos hasta el Viejo Mundo? En materia de información, nuestros seis ó siete diarios, fundidos en uno solo, valen muchísimo menos que La Nación ó La Prensa de Buenos Aires. En el terreno de las ideas, no se igualan ni con los de Chile. La Ley de

Santiago no halla competidores en Lima. Un artículo de El Diario puede trasladarse á El Comercio, y uno de La Opinión á El Bien Social, sin que el público dé señales de conocer el trasiego. Nos parece que ni los mismos redactores notarían el cambio, si su periódico saliera á luz con el nombre del ajeno: Algo semejante pasa con los individuos: hay sujetos de fisonomía tan común ó impersonal que si al uno le pusiéramos la cabeza de otro, ni ellos mismos lo notarían al mirarse en el espejo.

Tan sucede así que en la época de los gordos negociados ó de las grandes conmociones políticas, algunos diarios viven de sólo reproducir los editoriales de sus colegas. Procedimiento juicioso y agradable, que no vale la pena de afanarse por escribir, si el primer esgrimidor de pluma dirá seguramente lo mismo que se le puede ocurrir á uno. Vendedores de la misma droga, repiten el mismo reclamo; mercachifles de la misma baratija, machacan el mismo *boniment*. Tendríamos derecho de aplicarles el verso de Campoamor: *Todo es uno y todo igual*, si no surgiera entre ellos la marcada diferencia de ayunos y ahitos, ó hablando con deliciosos eufemismos, de oposicionistas y gobiernistas.

Antiguamente, cuando una vieja daba un

tropezón y se rompía el bautismo, la culpa era de Voltaire y de Rousseau que pasaban por los causadores de todo mal terrestre; por el contrario, si algo bueno sucedía, la honra le tocaba á Dios que entonces se hallaba joven y tenía el humor de hacer milagros. En concepto de los escritores oposicionistas, el Gobierno tiene la culpa, si aparece un caso de lepra ó sobreviene un terremoto. Para los gobiernistas, si los arrozales de Lambayeque auguran pingüe cosecha ó los carneros de Puno se duplican en la parición de San Juan, el Gobierno produce tales beneficios. Todo el mundo se divierte en esa batalla de migajones. Solamente los Gobiernos escuchan con majestuosa gravedad el ruido de las alabanzas repetidas en las hojas mercenarias, tomando por sinfonía nacional á toda orquesta la empalagosa tonada del organito callejero que ellos mismos buscan y pagan.

Sin embargo, no sería malo ver las cosas con alguna seriedad. Como el diarista influye de preferencia en cerebros maleables y primitivos, como lleva entre las manos una arcilla que amasar y modelar á su antojo, posee mayores facilidades para hacer el mal. A todo cirujano se le exige una limpieza absoluta; y ¿por qué no ha de pedirse lo mismo al escritor público? Se ha dicho ya: *Médico sánate*

á tí mismo. Sin obedecer á un pesimismo exagerado y hasta de mal gusto, nos parece que el diario limeño no da esperanzas de evolucionar. Rara vez el buen ejemplo salió de nuestra Capital. Si un pueblo se figura por un individuo, Arequipa es el soldado varonil que empuña, el rifle, se cuelga el detente, sale al campo de batalla y regresa teñido en sangre á la vez que rodeado por un tufo de chicha y pólvora; Lima es la zamba vieja que chupa su cigarro, empina su copa de aguardiente, arrastra sus chancletas fangosas y ejerce el triple oficio de madre acomodadiza, zurcidora de voluntades y mandadera de convento.

NUESTROS CONSERVADORES

I

Los Conservadores del Perú no han logrado constituir una agrupación normal y viable, pues las colonias ó núcleos de tardígrados no merecen llamarse un partido: les falta la cabeza. Como en la novela de Paul de Kock, el señor Avefría caminaba en busca de su mujer, así, en la política nacional, los ultramontanos andan á la pesca de un jefe. En su paño de altar ó bandera de enganche deben escribir esta única frase: *Aquí se necesita un García Moreno.*

Piérola (su mesías durante muchos años) no les produjo todo lo deseado, aunque rejuveneció las iglesias, fundó nuevos obispados, dejó que frailes advenedizos se adueñaran de los conventos y se opuso á la ejecución de las poquisímas leyes favorables á la seculariza-

ción de nuestro Código Civil. Ni á sus mismos correligionarios podía dejar satisfechos el individuo que donde posa las manos introduce el desconcierto y el embrollo. Las ideas en el cráneo de Piérola son telarañas en el laberinto de Creta. A más de aturdido, vacilante y divagador, deja algo que desear en materia de virtudes públicas y privadas. Los Conservadores, que no piden mucha limpieza subcutánea, exigen á sus correligionarios, y principalmente á sus jefes, una envoltura ó epidermis sin manchas ni granulaciones sospechosas. Como siguen la ley de salvar las apariencias, desean que su monstruo guarde incólume la piel, aunque lleve ensangrentados los colmillos.

Romaña les sirve de aperitivo mientras asoma el Núñez, el Francia ó el García Moreno. No colma las esperanzas del bando clerical por ser, más que hombre, una especie de autómata movido por un civilista, un demócrata, un constitucional, un reverendo padre comendador ó una madre abadesa. Parece una sustancia incolora, insípida y amorfa, un fluído grueso que se adapta á la forma del recipiente; de modo que, según lo disponga el envasador, presentará la figura de garrafa, alcuza, vinagera ó cosa menos limpia. Esforzándose mucho, *superándose á sí mismo*, Romaña se

solidificaría y hasta se cristalizaría en el molde, pero sin adquirir la estructura orgánica ni ascender al rango de persona consciente.

Si los Conservadores hallaran á su hombre y lograran constituir un organismo, consagrarían la República á los *Sagrados Corazones*, derogarían las leyes que en algo favorecen la emancipación del individuo y ejercerían con sus enemigos una verdadera caza de hombres. En tanto, deben llamarse el grupo de los durmientes, de aquellos bienaventurados que duermen el sueño de las marmotas y se imaginan que el siglo XX no dista mucho del año mil. Hoy, sólo disponen de inválidos en cuerpo y alma ó de solideos y moños, no habiendo logrado fundar sino algunas pobres y vergonzantes *Uniones Católicas* de hombres y muchísimas agrupaciones femeninas ó hermandades y cofradías, con títulos churriguerescos y estrafalarios.

II

En las *Uniones Católicas*, hermandades ó cofradías manejan la *battuta* algunos clérigos que ingieren á Priapo en la Trinidad, concilian la doncellez con la prolificación de geme-

los y sirven tanto para rodrigones de viu... como para coadjutores de maridos. Junto los clérigos, se destacan los arrepentidos de última hora, los magistrados reblandecidos que llevan la unción en el alma después de haber llevado toda su vida el ungüento en las manos. Figuran también muchas jamonas de mírame y no me toques ó jubiladas hermosuras que *in illo tempore* dieron á la carne lo que pedía la carne y hoy ofrecen al Señor los resplandores de una castidad que nadie osaría someter á prueba. No faltan mozas de buenas barbas que se afilian por desocupación, *disfuerzo*, novelería ó *snobismo*, pues, á decir verdad, no sueñan morir con palma y corona, sienten más ganas de broma que de rosarios y gustosas se dejarían cargar por el Diablo, si en el viaje toparan con el tálamo nupcial ó su equivalente. Al rededor de viejas y muchachas, mariposean algunos mozuelos escuchimizados y sietemesinos, anémicos de sangre y bolsa, especie de corsarios en mar divino, que andan al acecho de ricas devotas para tener en ellas el cajero y la enfermera.

En la turbamulta ó cuerpo de coros, abundan viejos tartajosos y gurruminos, desengañados ya de las vanidades terrestres pero animados con la esperanza de hallar en el cielo

felicidad que sus católicas esposas no les concedieron en este mundo; y sobran también infelices y desvalidas mujeres ó señoras de medio pelo que desean rozarse con las personas decentes, darse ínfulas de ilustres damas y coger uno que otro auxilio para saciar el hambre y cubrir la desnudez.

Todas las cofradías y hermandades, ostensiblemente fundadas con fines humanitarios ó piadosos, sirven de cuarteles generales al clero para conservar y extender su dominación *eterna* y *temporal*. Si ahí gobiernan públicamente los clérigos nacionales, operan bajo cuerda los sacerdotes extranjeros, señaladamente los jesuítas, dado que las demás congregaciones van perdiendo el ascendiente, que por muchos años ejercieron en la sociedad limeña. En las asociaciones femeninas se consagran las desigualdades más odiosas, se observa la más extricta división de clases: respetuosas genuflexiones á collares dc perlas y sombreros con plumas de avestruz, desconsideración y menosprecio á trajes descoloridos y mantas raídas. El Catolicismo, pregonando su amor á humildes y desheredados, inclina la cerviz ante soberbios y poderosos.

La caridad de las mujeres devotas desafina ó suena hueco. Piedad con el dolor y la pobreza del correligionario, inhumanidad con

la amargura y el desamparo del incrédulo; en domicilios particulares, raciones y vestidos al menesteroso que hace novenas ó comulga semanalmente; en hospitales y casas de misericordia, desentendencia ó maltrato al enfermo que no bebe el agua de Lourdes ni clama por la bendición del capellán. Muchas de nuestras humanitarias señoras olvidan que vientre devorado por hambre no pide oraciones sino pan, que carne desgarrada por el dolor no quiere asperges ni santos óleos sino inyecciones de morfina.

Según la concepción de algunos cerebros ortodoxos, los buenos hijos de la Iglesia no pueden llamarse amigos con los enemigos de Dios ni deben tener piedad del que no la tiene con Jesucristo al negarle y ofenderle. De ahí la caridad sui generis de las almas piadosas, caridad formada por una mezcla de dureza y *cabotinaje*.

Como los médicos llegan á no ver en el enfermo una *persona* sino un *caso*, así muchas gentes no miran en el desvalido un prójimo sino un reclamo, una pared lacrada y ruinosa donde pegar un enorme cartelón que anuncie las excelencias de la caridad evangélica. Los católicos de profesión inventarían la pobreza y las enfermedades para tener el orgullo de gritar: Admire el mundo la manera có-

mo auxiliamos al pobre y asistimos al enfermo. Tal caridad parece negocio leonino, más que acción desinteresada: el te doy uno en nombre de Dios para que él me recompense con mil, vale menos que el te socorro en nombre de la Humanidad, sin pedir agradecimiento alguno ni aguardar recompensa de nadie.

Existen caridades que infunden odio á la caridad, como hay virtudes que inspiran amor al vicio.

III.

Ya no profesan con sinceridad el Catolicismo sino dos clases de hombres: los viejos por falta de combustible en la máquina, los jóvenes por escasez de lastre en la mollera. Como los pueblos y los individuos toman siempre de las religiones lo que más se amolda á sus defectos y conviene á sus intereses, nosotros nos hemos asimilado las gazmoñerías, las supersticiones y las festividades suntuosas, lo poco bueno de la moral evangélica no pudimos arraigarlo en nuestros corazones. De ahí que la Religión, en vez de actuar como fuerza motriz en el sentido de la perfección interna, sólo sirve de barniz externo para disimular los vicios ó de contraseña para

adquirir un bono en la repartición de los honores, el poder y la riqueza.

¿Dónde los católicos animados por un espíritu de bondad y justicia, humildes y generosos, listos á sacrificarse por la integridad de su creencia? Todos hipócritas ó acomodaticios, desde el pedagogo que por granjearse la clientela de los ricos devotos, comulga en unión de sus discípulos, hasta el ministro que después de consumar á puerta cerrada unas cincuenta ó sesenta ejecuciones de revolucionarios, entra en una iglesia, se arrodilla pone los brazos en cruz y besa las gradas del altar mayor. Si las conveniencias soplan de lo divino, los más irreligiosos cargan la vela en las procesiones, llevan *detentes* en el pecho y van á misa todos los domingos: eso vemos hoy; pero si llegara día en que Lutero, Mahoma, el Buda ó Moisés repartiera honores sueldos y granjerías, entonces los más enardecidos católicos frecuentarían la iglesia protestante, la mezquita, la pagoda ó la sinagoga. Si en el Perú gobernara un presidente radical y librepensador, el arzobispo haría el panegírico de Renan, los más conspicuos miembros de la Unión Católica dejarían el escapulario y cargarían la efigie de Vigil. Max Radiguet, marino francés que visitó el Perú hace unos cincuenta ó sesenta años, escribe:

Si los limeños creen en la misa, también creen mucho en la plata. Y nosotros podemos agregar que el dinero, tenga ó no las aguas del bautismo, es católico, apostólico y romano.

No nos alarmemos, pues, con la religiosidad ó catolicismo de las mujeres. Como en sentir de San Pablo, *la mujer no debe apartarse del marido aunque sea incrédulo*, no cabe duda que las esposas seguirán á los esposos en todas las evoluciones y metamórfosis. Durante la ocupación chilena, algunas caritativas señoras se declararon *neutrales*; cuando gobierne un mal cristiano, muchísimas católicas se proclamarán *tolerantes*. Por regla general, las mujeres profesan una religión epidérmica, elástica y acomodaticia que las permite casarse con un protestante ó judío para en seguida jugar al escondite y la gallina ciega con un fraile catalán ó un monseñor italiano.

Muchas se van al cielo en coche, haciendo caridad con tambor mayor, cohetes y repiques de campanas, ganando bendiciones á costa del sacrificio ajeno, dando *plata al diario* ó al tres por ciento mensual y disfrutando seráficamente el dinero ilícitamente ganados por sus cónyuges rapaces. Si no ¿qué honrada y escrupulosa matrona se apartó de

su marido al conocer sus estafas y venalidades? Todas comen tranquilamente el pan arrebatado á la boca de algún infeliz, todas lucen impávidamente las sedas compradas con el oro sustraído á la Caja fiscal. No sabemos lo que diga San Pablo sobre la participación de la mujer en los gatuperios del marido, gatuperios dignos de llamar la atención, pues las manos que más se santiguan en la iglesia son las que mejor operan en la bolsa del prójimo y en el arca de la Nación. Más no hay razón para sorprendernos, que á menudo coinciden el exceso de fanatismo y la carencia de moral. La moralidad requiere más elevación de alma que la religiosidad, así mientras en los hombres de gran cultura florece una moral sin religión, en las mujeres y en los hombres incultos abunda una religión sin moral.

Todo lo dicho no impide que en las hermandades ó cofradías de mujeres haya personas honorables y sinceras, acreedoras al respeto y la veneración, suficientemente anémicas de cerebro para seguir con buen éxito la profesión de santas. Se dicen católicas, apostólicas y romanas, como se llamarían luteranas ó calvinistas, sin saberlo ni entenderlo. La ciencia teológica de algunas matronas raya en grado tan inefable y sublime que si en su

Novísimo Devocionario encuadernáramos unos cuantos pliegos de *La Tierra* ó del *Diccionario Filosófico*, las excelentes señoras tomarían á Zola por el décimo tercio apóstol, á Voltaire por el quinto evangelista.

IV

Conviene preguntarnos ya ¿son una arrolladora fuerza cerebral los católicos del Perú? Ellos hablan y escriben sin que les sellen los labios ni les denuncien los escritos; ellos se congregan y peroran sin que nadie impida ni disuelva sus reuniones; poseen la tribuna y el púlpito, la cátedra y el periódico, el salón y la calle; mas ¿por qué no dominan con su palabra ni se imponen con sus escritos? Publican diarios, folletos y libros ¿dónde las páginas henchidas de ciencia y literatura? Pronuncian sermones y discursos ¿dónde las frases que relampagueen y hieran como espadas luminosas? Hablen ó escriban, no hacen más que introducir variaciones en las viejas tonadas de Balmes, Donoso Cortés y Augusto Nicolas. Ergotistas, divagadores y bíblicos, salen del silogismo para entrar en la divagación, y dejan la divagación para caer en las citas de los Libros Sagrados. Ni uno solo que

se aleje de la órbita marcada y estrecha: Malcos de nueva especie, viven dando vueltas al rededor de su propia ignorancia; borregos divinos, digieren hoy el pasto religioso que sus abuelos masticaron y rumiaron hace diez ó veinte siglos.

Estériles en la ciencia y pobres en la literatura, se muestran fecundos y ricos en el insulto y la procacidad, en la mentira y en la calumnia. Vedles maniobrar en su prensa, en esos periódicos fomentados, no por el óbolo de las muchedumbres, sino por las subvenciones de conventos, obispos y autoridades políticas. Abroquelados en el anónimo, pudiendo asestar el golpe sin sufrir las consecuencias, dan libre campo á su desvergüenza de meretrices y su ferocidad de pieles rojas. Incapaces del chiste ingenioso y agudo, usan la chocarrería soez y tabernaria. Nada con la delicadeza y finura del hombre culto y bien educado, todo con la impertinencia del zancudo y la felonía del microbio. Se ha dicho: *dime lo que comes y te diré quien eres*; se puede asegurar también: dime el veneno que segregas y te diré la religión que profesas. Los secretadores de ponzoña bendita, los aglomeradores de estiércol divino, tienen una peculiaridad: viven rabiando. Y la rabia denuncia la impotencia y la mentira, que la fuerza

nunca hizo gala de insolente ni la verdad se armó con el diente de la víbora. Los periodistas católicos de Lima, Cuzco, Arequipa etc., no son hombres serenos y razonables que empuñan una luz, la levantan á lo alto y la pasean en medio de las tinieblas; son legiones de energúmenos que introducen la cabeza en un albañal y empiezan á sacudirla en todos sentidos.

Si los católicos ó conservadores no representan la fuerza cerebral del país ¿constituyen al menos la fuerza muscular ó numérica? Cuando presenciamos el desfile de una romería ó simulacro de peregrinación á la *Gruta de Lourdes*, cuando distinguimos á la flor y nata de la juventud religiosa, cuando vemos esas desvergonzadas calvicies á los veinticinco años, esas cabezas en forma de conos truncados, esos pómulos salientes y almagrados ó terrosos, esas quijadas á lo Carlos II el Hechizado, esas diminutas espaldas con la media jiba de Polichinela, esos pechos angostos y cóncavos, esos longicuos brazos que terminan por toscas manos de reptil, esas atrofiadas caderas de orangután, y por último esas piernas filiformes que ya se juntan en las rodillas para remedar una elipse, ó ya se tocan en las rótulas y se apartan en los juanetes para formar un ángulo, no podemos me-

nos de exclamar: ¡valientes defensores de la Religión! Pasan, unos envolviendo en franela sus reumatismos juveniles, otros abrigando con enormes barbiquejos sus muelas adoloridas y cariadas, otros aspirando algún desinfectante para contener su incoercible descomposición, otros menudeando esa tosecilla seca y tenaz que pide aire de Jauja y anuncia la aproximación de la fosa, todos, en fin, moviéndose cauta y recelosamente, como si un hálito de viento pudiera quebrarles ó el más ligero choque bastara á desarticularles y descuadernarles. Víctimas dobles del mal hereditario y del vicio propio, van minados y carcomidos por todos los placeres, menos por los legítimos de la Venus Citerea. Aprovechemos la ocasión de saludar á esa gloriosa juventud que personifica la ignorancia y la fatuidad, encarnadas en la raquitis, el tubérculo y la escrófula.

Ni fuerza del cerebro ni fuerza del músculo. Así, pues, no hay materia prima de donde extraer un gran partido conservador: falta el jefe, y no abundan los buenos soldados. Entonces ¿qué temer? muy poco de una agrupación conservadora, mucho de sus adversarios. La fuerza de un partido suele basarse únicamente en la nulidad de sus enemigos; y el poder del clericalismo nacional estriba en la im

potencia ó mala fe de los liberales. Políticos de ambiciones colosales y miras liliputienses, declaran la intangibilidad de la cuestión religiosa, y contribuyen á que los sacerdotes monopolicen la educación del pueblo y consoliden su dominación. Si aquí no existe un verdadero partido conservador, hay una gran masa sometida al yugo clerical: las mujeres, sobre todo las de coche y tres mayordomos, quieren oponer á la invasión de las ideas el más poderoso dique—la ignorancia.

Querer inútil. Aunque los defensores de la Religión Católica poseyeran el cerebro de un Spencer y la musculatura de un Hércules, aunque fueran más numerosos que los ejércitos de Sesostris y de Jerjes, no impidirían la muerte de lo condenado á morir. Los ríos no regresan á su fuente ni las religiones caducas vuelven á su juventud. En el Catolicismo se ve apariencias, nada más que apariencias de vida, impotentes esfuerzos de existir, desesperados manoteos de moribundo. En los jardines de plantas hay árboles, exóticos y venerables, que desde lejos aparentan juventud y lozanía, mas de cerca denuncian decrepitud y marchitez: con macizos corseletes de hierro, sostienen sus ramas quebradizas y su tronco bamboleante; con revoques de yeso pintarrajado, disimulan la especie de gangre-

na senil que les roe las entrañas. No producen frutas ni flores; pero al regresar cada Primavera, se coronan de un ramaje anémico, desteñido, irrisorio como desgreñados mechones en la calva de un nonagenario.

Ese árbol es la simbólica representación del Catolicismo.

1902.

NUESTROS LIBERALES

I

Se abusa tanto del Liberalismo, sirve para disimular tan groseros contrabandos, que las gentes concluirán por hacer algunas restricciones al oirse llamar liberales. Si el Liberalismo no excluye al revolucionario de buena ley, si admite en su seno á los Kropotkine, á los Reclus, á los Pi y Margall, á los Faure, dejémonos tratar de liberales; si únicamente acepta á reformadores en la órbita parlamentaria, á guardianes de la Iglesia y el Estado, á defensores del vetusto régimen económico y social, rechacemos el nombre. Rechacemos ese Liberalismo burgués, edulcorado, oloroso y hasta *chic*, donde caben Guillermo II y Rothschild, Menelike y León XIII,

el Rey de Inglaterra y el General de los Jesuítas.

Según Spencer, *la mayor parte de los que ahora se titulan liberales son conservadores de nueva especie.* El sociólogo inglés se refiere á los parlamentarios de su nación que revelan el conservantismo en abrumar al individuo con leyes y contribuciones para aumentar el poderío y la riqueza del Estado. Si alguien deseara indagar en qué denuncian su espíritu conservador muchos liberales de las naciones católicas, hallaría la piedra de toque en los asuntos religiosos. Los que fundándose en la tolerancia, elevan intangibles muros divisorios entre la política y la religión; los que aduciendo la libertad de enseñanza, dejan la instrucción pública en manos de las congregaciones; los que basándose en lo *prematuro y riesgoso de ciertas reformas*, no se atreven ni siquiera á tentar la posible secularización lejana de las leyes, son liberales de tinte sospechoso, liberales con punterías á la Curia Romana, liberales con vislumbres ecuménicas, liberales que talvez se ordenarían in sacris, si con las sagradas órdenes lograran un ministerio, una diputación una vocalía, una plenipotencia y hasta un buen curato. Hombres de ese temple disgustan del Liberalismo y contribuyen á engro-

sar las filas de los conservadores.

Si se comprende que muchos filósofos ó librepensadores se alejen de las contiendas políticas y vivan consagrados á ejercer una propaganda serena en la región de las teorías, no se concibe que un político reformador y militante quiera evolucionar ó revolucionar sin herir los intereses de la Religión Católica, olvidando que toda libertad ganada por el individuo significa un trozo de poder arrebatado á la Iglesia. En semejante olvido incurrieron los republicanos franceses de 1870; mas hoy, á los muchos años de vacilaciones y paliativos, se convencen de su error y abren campaña formidable contra el Catolicismo. Los republicanos españoles, aguerridos ya con el lastimoso ensayo de 1873, no separan lo *divino* de lo *humano* y, con Salmerón á la cabeza, sostienen que para arrancar de raíz la monarquía deben sustraer el pueblo á la influencia moral de Roma. Un notable publicista colombiano—J M. Rojas Garrido—escribió un largo y sesudo artículo para demostrar lo siguiente: *El que es católico no puede ser republicano;* y fundándose en los razonamientos de Rojas Garrido, al hombre de menos argucias no le daría mucho trabajo el deducir que un liberal no puede ser católico ni un católico puede ser liberal.

Infunden muy triste idea de su Liberalismo los que segregan las cuestiones sociales ó las religiosas y se consagran exclusivamente á los negocios políticos, imaginándose que los pueblos se regeneran con sólo mudar de presidentes, derrocar ministerios ó renovar Cámaras Legislativas. Los segregadores abundan en Sudamérica: muchos persiguen una libertad rociada con agua bendita y quieren ganar la Tierra, sin renunciar á la esperanza de adquirir el cielo. Conciliando lo irreconciliable, entonarían el Syllabus al són de la Marsellesa ó aplicarían el canto llano á la *Declaración de los derechos del hombre*. Verdaderos oportunistas (ó moderados como se dicen ellos mismos) van por una línea equidistante de avanzados y retrógados, siguiendo una táctica muy censurable pero muy proficua: si les interesa inclinarse á los conservadores, rechazan las transformaciones violentas y preconizan los medios conciliatorios; si les conviene aproximarse á los radicales, condenan los acomodos ó medidas prudentes y se proclaman revolucionarios. Benjamin Constant les llamaría murciélagos que unas veces encogen las alas y se confunden con el ratón, otras despliegan el vuelo y se igualan con el pájaro.

Distingamos, dicen los sofistas cuando quie-

ren embrollar las discusiones; no *separemos* deben repetir los hombres que deseen proyectar luz en las controversias tenebrosas. Y no cabe separar lo social de lo religioso ni lo político de lo moral. Como se ha dicho muy bien [y nos gozaremos en escribirlo á menudo] *toda cuestión política se resuelve en una cuestión moral, y toda cuestión moral entraña una cuestión religiosa.* El individuo se emancipa á medias, cuando se liberta del pretoriano para someterse al cura, ó sale de la sacristía para encerrarse en el cuartel. Un esclavo no se transforma en hombre libre por el solo hecho de convertirse al ateísmo, ni un fanático, políticamente libre, deja de vivir esclavizado á Roma. La acción emancipadora tiene que venir doble y simultáneamente, en el orden religioso y en el político. El verdadero liberal da tantos golpes á los muros de la Iglesia como á los cimientos del Estado.

Uno de los cerebros más luminosos de la Francia contemporánea–Georges Clémenceau–opina que la Revolución francesa no ha de aceptarse ni rechazarse fragmentariamente ó á pedazos, sino integralmente, lo que vale decir, *en bloque.* Extendiendo y aplicando la idea de Clémenceau, se debe atacar en globo todas las iniquidades y todos los errores.

El Estado, la Iglesia y el Capital enseñan á

combatir, pues cuando alguno de los *tres* se ve seriamente amenazado por las embestidas populares, los otros *dos* acuden en su auxilio para constituir el bloque defensivo. Los *poderes humanos y divinos* guardan tan estrecha solidaridad que si uno solo claudica, todos los demás corren peligro de sufrir la misma suerte. No es de extrañar que el Estado sin alma y el Capital sin Dios combatan por la Iglesia espiritual y deísta: al defenderla, se defienden. A una revolución política puede no seguir un sacudimiento social ni un cisma religioso; pero á toda profunda renovación religiosa sucede una transformación política y social. La emancipación no desarraiga el Protestantismo en Estados Unidos ni el Catolicismo en América del Sur; mas el Cristianismo cambia la vida social y política del Occidente, la Reforma origina primero la sublevación comunista de los campesinos alemanes, más tarde la revolución republicana del pueblo inglés.

No hay dos reinos distintos—el de Dios y el de los hombres—sino el reino de la justicia. A la añeja teoría de al césar lo que es del césar y á Dios lo que es de Dios, sucede hoy el principio de al hombre lo que es del hombre. Y ¿qué es del hombre? la Tierra ¿A qué tiene derecho? á la felicidad. Todo sér humano tiene

derecho, no sólo al agua y al pan, al aire y al abrigo, sino al amor, al *confortable*, al goce, al saber, en resumen, á la vida más intensa y más extensa. Los bienes monopolizados por una clase, debe disfrutarles toda la especie. El Planeta es de la Humanidad, todo pertenece á todos. Según la justicia divina muchos son los llamados y pocos los elegidos; según la justicia humana, todos son llamados, todos son elegidos.

II

Las precedentes divagaciones no dejan de ser oportunas al hablar de nuestros liberales y, sobre todo, de los aglutinados hoy con ese nombre.

El Partido Liberal, fundado en 1900, nos parece la compostura ó reorganización de un Partido Liberal Democrático que en 1897 nació con el propósito de *evolucionar respetuosamente en la esfera de la constitución y de las leyes*, como lo decía en su programa. El evolucionista respetuoso no vivió ni la vida de las rosas, á pesar de que en su seno contaba con algunos diputados, de que poseía el dinero suficiente para comenzar la

buena labor y de que tenía lo más anhelado por las agrupaciones nacientes, un diario en taller propio. El diario, que se llamaba la República, duró no sabemos si meses, días ú horas. Murió de anemia cerebral.

El Partido Liberal, aunque encierre algunos elementos vírgenes, proviene de una cisión en el Demócrata. Heridos en sus ambiciones y despechados con la desembozada protección del Gobierno á la candidatura Romaña, algunos demócratas se alejan temporalmente de su viejo fetiche, y no pudiendo titularse nuevos demócratas ni queriendo volver á llamarse liberales democráticos, se bautizar con el simple nombre de Liberales, como se habrían nombrado constitucionales ó civilistas si en el país no hubieran existido agrupaciones con esos títulos.

Pero si los liberales democráticos de 1897 nacieron con cierta moderación y hasta con cierta humildad, los Liberales á secas de 1900 surgen con aires de bravucones y pujos de ensoberbecidos, agraviando á todos sus predecesores y presumiendo de venir á pronunciar el *hágase la luz* del liberalismo peruano. Antes de ellos, el caos de utopistas y soñadores; á partir de ellos, la creación ordenada de los positivistas y de los prácticos. Vienen de innovadores sociológicos y de polícias ó po-

lizontes morales. Confeccionan un programa suculento y fragancioso, mucho más radical y atrevido en el orden financiero que el formulado por las agrupaciones más avanzadas, y se echan á divagar por calles y plazas, jactándose de haber organizado el verdadero partido liberal, dándose como los enunciadores del único verbo redentor. "Los llamados entre nosotros partidos políticos (dicen en una circular del Comité organizador) no son ni han sido, en verdad, sino bandas de allegados heterogéneos y egoístas que enarbolaron por estandarte simples nombres y no ideas y procuraron el encumbramiento de las personas, jamás de saludables doctrinas". Del golpe no se libran ni los mismos radicales.

No nos coge de nuevo la reorganización del Partido Liberal, dadas las condiciones del país y la efervescencia de los ánimos por la segura imposición oficial del futuro mandatario. Al aproximarse las elecciones ó en vísperas de alguna crisis nacional, brotan agrupaciones que estigmatizan el personalismo y hablan de regenerarnos por la honradez, la verdad y la justicia; pero, á vuelta de programas, de comités, de circulares y de bombos, las tales agrupaciones degeneran en conciliábulos de conspiradores, cuando no en clubs

eleccionarios que van á desaparecer en la gran olla de las candidaturas oficiales.

Nos coge, sí, de nuevo la audacia y belicosidad de los regeneradores en ciernes. ¿De dónde nos salen los Cincinatos? ¿De qué planeta nos llueven los Catones? Se diría que las once mil vírgenes han descendido en figura de varón para venir á salvar el Perú. Sin embargo, mudos quedarían algunos de los donceles si les llamáramos á cuentas y les exigiéramos su hoja de servicios. Si trabajaron, que nos enseñen sus obras: si anduvieron por buen camino, que nos señalen sus huellas; si combatieron, que nos muestren sus heridas. Algunos, después de militar en filas retrógadas y contribuir á la perpetración de iniquidades y legicidios, salen hoy haciendo gala de Liberalismo, echando un asperges en la cabeza de todo el mundo político y firmando programas de amenazadora *truculencia*. De repente vamos á tener síndicos de monjas y hermanos de la Tercera orden que se confabulen para desamortizar los bienes eclesiásticos ó separar la Iglesia del Estado. Y no habría razón para admirarnos, desde que tenemos de liberales á quienes nunca lo fueron, desde que asistimos á un fenómeno tan increible como la transmutación del níckel en oro ó la metamórfosis del ganso en pavo real. Vi-

vimos en la tierra de las ironías: aquí se llama Partido Liberal el grupo en que los adeptos revientan de puro conservadores, como se nombra Tierra del Fuego el país donde los habitantes se mueren de frío.

Mas digamos con las almas generosas que saben disculpar los deslices de la flaqueza humana porque no se juzgan impecables ni libres de caer en la tentación: *á todo pecado, misericordia*; y saldemos las antiguas cuentas á los nuevos catecúmenos del Liberalismo ya que la conversión parece tan sincera y gratuita como la de San Pablo, ya que el arrepentimiento da señales de no ser menos fervoroso que el de San Jerónimo ni el de la Magdalena.

El Partido Liberal blasona de su origen al anunciar que nace del entusiasmo sentido por un grupo de jóvenes universitários. No creemos mucho en la generación espontánea del entusiasmo juvenil, y nos parece que si algún movimiento se inicia en la Universidad, viene por acción de fuerzas exteriores. Nuestros hombres públicos, y también los deseosos de llevar ese nombre, aman á la juventud y á la clase obrera con un amor intermitente que se hace más intenso y adquiere temperaturas febriles al aproximarse las elecciones. Desde los candidatos á senadurías y di-

putaciones hasta los aspirantes á cargos municipales, todos buscan el cerebro del joven que piensa y el brazo del ciudadadano que trabaja. Pasado el acceso de amor ¿qué ganan el universitario y el obrero? Las cabezas negras deberían desconfiar de las cabezas blancas, la blusa debería temer á la levita. El joven con el joven, el obrero con el obrero.

Felizmente, el brazo que trabaja y el cerebro que piensa no acuden al llamamiento, y los Liberales operan en familia ó *petit comité*. Si en las provincias no faltan algunos inocentes que toman á lo serio el programa y se imaginan asistir á la gestación de un gran partido, sucede cosa diferente en la Capital donde se ve con la perspectiva necesaria, se mide bien la estatura de las personas y se toca la realidad de los hechos. En Lima se comprende que el nombre de Partido Liberal es una simple bandera para cubrir la carga, que los Liberales, accidentalmente reñidos con su jefe tradicional, son demócratas larvados.

Porque á ciertos liberales que en su mocedad fueron demócratas les podría suceder como á los hombres que por muchos años vivieron amancebados con una vieja *non sancta:* suelen regresar á su feo pecado, aun-

que estén unidos maritalmente á una mujer bonita y joven.

1902

III

SEIS AÑOS DESPUÉS

El Partido Liberal vivió consagrado á una marcha en ziszás, aproximándose ostensiblemente á los Radicales pero acercándose solapadamente á los Demócratas. Basta recorrer La Evolución, La Alianza Liberal y el Liberal, ó leer alguno de los documentos emanados del Comité para cerciorarse de que toda la faena de los Liberales se redujo á una serie de estratagemas, manipuleos ó evoluciones, tendentes á disimular las connivencias con el hombre de San Juan y del contrato Dreyfus.

Y decimos *el Partido Liberal vivió* porque al arrojar la máscara y aliarse públicamente con el Demócrata, desapareció como entidad, siendo absorbido y anulado. Fué un riachuelo que se apartó de un río fangoso para en seguida volver á confundirse con él. Cuando el 26 de Junio de 1904 presenciábamos la exhibición callejera de los reconciliados amigos, recordamos al Estudiante de Salamanca: como don Félix de Montemar, los Liberales se

creían vivos, y estaban asistiendo á su propio funeral. No les faltaba ni las preces litúrgicas, dado que sus comanifestantes — los miembros de la Unión Católica — estaban ahí para salmodiar el de profundis.

Probablemente, recuerdan hoy á don Rodrigo de Vivar y se alientan repitiendo: si el Cid ganó batallas después de muerto ¿por qué no las ganaremos nosotros? Mas no se creen muertos y se dan por muy vivos, imaginándose que su alianza es una evolución lícita y usual en el campo de las maniobras políticas: los Cincinatos y los Catones amanecen de oportunistas, y á semejanza del primer Loyola, confiesan tácitamente que el fin justifica los medios. Nadie nos obliga á declararnos liberales ó conservadores ni monárquicos ó republicanos (podemos quedar neutrales, que enarbolar una enseña política no parece tan necesario como vestirse y alimentarse) pero cuando nos adherimos á una agrupación y nos titulamos hombres de doctrina, nos imponemos la obligación de proceder consecuentemente y otorgamos á los demás hombres el derecho de exigirnos lealtad y buena fe. El liberal que se une á los clericales, se enreda en un manejo equívoco, en un juego peligroso, en un machiavelismo vulgar y de pacotilla. Clémenceau, citado ya por nosotros, dice: *La*

unidad de acción supone la de pensamiento; y el gran poeta de las doloras afirma: *Cuando los hombres públicos no son un principio, no son nada.*

¿Qué principio, qué unidad de pensamiento hallamos en la fusión de Liberales y Demócratas? principio, ninguno; pensamiento, la conquista del mando. Naturalmente, los unos y los otros niegan que los partidos deban mostrarse intransigentes é irreconciliables, tanto en sus horas de formación y lucha, cuanto en la época de triunfo y ejercicio del poder. Negación absurda, pues quien desea implantar reformas, necesita gobernar con los hombres que las enuncian ó las encarnan. El mandatario en ciernes y el revolucionario en acción, que prometen gobernar con la heterogénea colaboración de amigos y enemigos, no exigiendo más condición que la honradez, mienten ó prevarican. Desde que en ninguna parte se realiza la unidad de convicciones, desde que por el contrario, en las naciones más civilizadas surge mayor divergencia en el modo de solucionar los problemas sociales y políticos, ningún mandatario sube al poder con la voluntad unánime de sus conciudadanos, todos ascienden por el voto de una mayoría, cuando no por la imposición de sus anteceso-

res, como ha sucedido y sucede en el Perú. Decir que al jefe de un estado le cumple gobernar con los buenos elementos de los partidos, equivale á proclamar el reinado de tránsfugas y renegados. El buen elemento de un partido deja de ser bueno cuando sirve los intereses del partido adverso. El hombre de convicción no cede ni transige: se quiebra pero no se dobla. Así, pues, no creemos en la buena fe de los católicos afiliados al Partido Liberal, como no reconocemos la sinceridad de los liberales enrolados en las filas del Partido Demócrata.

De nada nos admiramos al pensar que dos vocablos—hibridez y confusión—resumirían acaso la historia de nuestros partidos políticos. Ellos, en lugar de constituir organismos con funciones propias ó de convertirse cuando menos en sólidos que se rozaran por algunos puntos de la superficie, fueron algo así como líquidos de diferente color en vasos de tubos comunicantes: á poco, los líquidos tomaron la misma coloración y adquirieron el mismo nivel. Hoy Liberales y Demócratas ofrecen el mismo color político y se hallan á la misma altura moral.

Nadie fijaría con exactitud el número de prevaricaciones que entra en la última con-

vicción de un político peruano. Muchos de nuestros grandes hombres llevan en su cerebro más coloretes que el manto de Arlequino, más parches y lamparones que la sotana del Licenciado Cabra. Suben á la montaña evangélica para oír el sermón y para columbrar de qué lado vienen las provisiones de boca. Dada la materia prima, nos explicamos la organización, desorganización y reorganización de los partidos nacionales. Para organizar uno nuevo, la receta no ofrece ninguna dificultad: se coge unos cuantos dispersos del Cacerismo, del Civilismo, del Partido Demócrata y de la Unión Nacional, se les reune, se les revuelve y se les bautiza con algún nombre bizantino. En el Arte de Cocina esa clase de manipulaciones figuran en el capítulo *Manera de aprovechár las sobras.* Por consiguiente, no debemos extrañarnos si en el Perú hay Partido Demócrata sin demócratas y Partido Liberal sin liberales, como en ciertos restaurants de París hay sopa de bacalao sin bacalao y arroz con leche sin leche y sin arroz.

En fin, el Partido Liberal ha muerto; y sentimos no poder consagrarle un panegírico, siguiendo la costumbre de enterrar á los cadáveres entre un coro de alabanzas y una lluvia de flores. Su muerte causa un bien y un mal: un bien porque se desvanece una entidad

que bajo capa de Liberalismo tentaba una obra de reacción y retroceso, un mal porque deja en el pueblo la memoria de una mistificación política, haciéndole desconfiar de una palabra que siempre resonó gratamente en el corazón de las multitudes. Durante muchos años, las gentes abrigarán recelo de oirse llamar liberales.

Todo muerto quiere su epitafio, y el Partido Liberal merecería el siguiente:

Aquí yace un partido que no siguió la línea recta ni guardó mucha sustancia gris en el cerebro.

1908.

NUESTROS MAGISTRADOS

—

I

Mariano Amézaga fué, no sólo un escritor sincero y viril, sino un abogado de honradez proverbial, un verdadero tipo en la más noble acepción del vocablo. Si un mal litigante pretendía encomendarle la defensa de algún pleito inicuo, Amézaga le desahuciaba suavemente:—"Amigo mío, como usted carece de justicia, yo no le defiendo." Si la causa le parecía justa, se encargaba de la defensa; pero las más veces le sucedía que no le pagaban los honorarios ó que en el fragor de las peripecias forenses el litigante le decía socarronamente: "Señor doctor, valgan verdades, acabo de saber por el reverendo padre N. N. que usted ha publicado un libro contra los dogmas de nuestra santa religión; y yo, como buen católico, no puedo seguir teniendo de abogado á

un herege." Consecuencia: sería prudente que los leguleyos de Lima hicieran grabar en su placa este agregado: *frecuenta sacramentos.*

Aunque el agregado se sobrentiende, dada la sicología de la corporación. Si algunos abogados jóvenes lloran la decadencia de la raza latina, se proclaman anglosajones y hablan de Spencer, Le Bon, Giddings, Hœffding y Gumplowicz, los viejos no admiten novedades, se aferran á la enseñanza de su tiempo y declaran que la Sociología es una ciencia que no conocen ni desean conocer. Tienen por cerebro un fonógrafo con leyes y decretos; por corazón, un legajo de pidos y suplicos; por ciencia, un monstruo engendrado en el contubernio de la Teología con el Derecho Romano. Como la Sociología, no existen para ellos la Historia Natural, la Química, la Física, las Matemáticas, la Prehistoria ni la Geografía. Menos se cuidan de Literatura, que tomarían á Shakspeare por un escribano ruso y á Homero por un juez alemán. No veneran más Biblia que el Diccionario de Legislación ni saben más que sus Códigos, su Práctica Forense y su Reglamento de Tribunales. No aceptan renovaciones porque van agazapados en su concha medioeval, porque llevan la cartera rebozando de diplomas universitarios mientras guardan el organismo salpicado de in-

crustaciones antidiluvianas. Como la oveja tardía, siguen el camino de las delanteras; como el castor, labran habitaciones idénticas á las que todos los castores labraron; como la ostra, nacen, se multiplican y mueren en el mismo ostral donde sus padres nacieron, se multiplicaron y murieron.

No obstante, en el Perú se concibe difícilmente que un hombre tenga valor intelectual ó almacene algunos adarmes de sabiduría, sin haber obtenido el diploma de abogado; y tan sucede así que apenas un individuo pronuncia un discurso, escribe un drama, compone una novela ó publica un libro de Historia, adquiere por voto nacional el título de doctor. Nos sorprende que al general Mendiburu, cuando se imprimió su Diccionario, no le pusieran el doctor y le quitaran el general; pero no nos admira, y antes juzgamos muy político y muy cuerdo, que nuestros revolucionarios dejen de titularse coroneles y empiecen á llamarse doctores. Las muchedumbres ignoran que no saber sino códigos es muy pobre saber.

Nadie vive tan expuesto á la deformación profesional como el abogado. ¿Qué recto corazón no se tuerce con el hábito de cifrar la justicia en el fallo aleatorio de un juez? ¿Qué privilegiado cerebro no se malea con algunos años de triquiñuelas y trapisondas? ¿Qué ver-

bo, qué lenguaje, no se pervierte con el uso de la jerigonza judicial? ¿Qué buen gusto no se corrompe con el manejo diario de códigos, reglamentos y expedientes? En la abogacía, como en un sepulcro voraz é insaciable, se han hundido prematuramente muchas inteligencias, quizá las mejores del país.

Muertos para la ciencia y el arte, muchos sobreviven para el oficio, y degeneran en calamidad. Roma no infunde tanta aversión por sus conquistas inhumanas como por su Derecho Romano y sus leguleyos. Los abogados eran quizá más temibles que los procónsules y los pretorianos. Juvenal no les prodiga muchos elogios, Tácito les iguala con los vendedores en las plazas de abastos, y el cónsul Cayo Silio afirma en pleno Senado que ellos ganan dinero con las iniquidades y las injusticias como los médicos negocian con las enfermedades. Hubo en el Imperio tanto *defensor de la justicia* que hasta las mujeres abogaron; pero una matrona (no sabemos con seguridad si Afrania ó Calpurnia) furiosa de perder un juicio, vuelve la espalda á los jueces, se arremanga y... etcétera. Gracias á tan expresivo gesto se prohibió que las mujeres ejercieran la abogacía, y la Humanidad se libró de poseer doble ó triple número de rábulas. La especie no dejó de abundar; así, cuando el

mundo greco-latino se derrumbaba en la ignominia, falto de vigor para rechazar el empuje de los Bárbaros, hormigueaban en el Imperio los augures, los cocineros, los gladiadores y los retóricos, vale decir, la materia prima de los abogados.

Hoy surgen estos y operan en todo el mundo, desde las inmensas capitales donde tejen la red para que el millonario pesque y desbalije á los negociantes de pocos medios hasta los reducidos villorrios donde arman el anzuelo para que el vecino acaudalado atrape y desnude á las gentes de menor cuantía. El abogado escolta siempre al usurero. Azuza también al déspota, cuando no funciona por cuenta propia, que en la América Española los gobernantes peores, los más abusivos y retrógados, fueron abogados.

Y nada hemos dicho de ellos sobre su acción en las entidades colectivas y, de modo singular, en los parlamentos. Como un solo vaso de vinagre es más que suficiente para avinagrar un tonel de vino, así la lengua de un abogado basta y sobra para introducir el antagonismo y la confusión en la colectividad donde reinan la armonía y la concordia. Al oir las disertaciones jurídico-legales de un doctor, nadie se pone de acuerdo con nadie y las sencillícimas cuestiones de hechos se trans-

forman en difusas é irresolubles altercaciones de palabras. Si hay reunidas quinientas personas, surgen cuatrocientas noventinueve maneras de solucionar un problema. Nos parece que eñ la torre de Babel no hubo confusión de lenguas sino mezcolanza y rebujiña de abogados.

II

Antes de considerar á los administradores de la Justicia, nos hemos detenido en los rábulas trapacistas, porque el juez viene del abogado, como la vieja beata sale de la joven alegrona, como el policía y el soplón se derivan del ratero jubilado.

Alcibiades, que no era un bobo, decía: "Cuando un hombre es llamado por la Justicia, comete una necedad al comparecer pues la cordura está en desaparecer;" y un parisiense, que seguramente sabía tanto como Alcibiades, se gozaba en repetir: "Si me acusaran de haberme robado las torres de Nuestra Señora, yo emprendería la fuga." Los ciudadanos del Perú deberían hacer lo mismo si al verse enredados en una acusación criminal, compulsaran su estado financiero y

hallaran que no disponían de lo suficiente para inclinar la balanza. Si la Justicia clásica llevaba en los ojos una venda, al mismo tiempo que en una mano tenía la espada y con la otra sostenía una balanza en el fiel; la Justicia criolla posee manos libres para coger lo que venga y ojos abiertos para divisar de qué lado alumbran los *soles*.

Que nos quiten la vergüenza; que nos provean de algunas libras esterlinas; y ya se verá si no logramos que los jueces nos declaren dueños legítimos de la Exposición y la catedral. Que nos transfundan la sangre de un matoide impulsivo, dándonos al mismo tiempo los dollars de un Carnegie ó de un Rockfeller, y nos obligamos á infringir impunemente los mil ó dos mil artículos del Código Penal. No hay iniquidad irrealizable ni reato ineludible, cuando se tiene dinero, influencias ó poder; y los desgraciados que se anemizan en una cárcel ó se consumen en la penitenciaría, no hallaron protector ni protectora ó carecieron de razones tangibles.

Y no valen pruebas ni derechos. Como se busca un mal hombre para que pegue un esquinazo, así en los juicios intrincados se rebusca un juez para que anule un sumario, fragüe otro nuevo y pronuncie una sentencia donde quede absuelto el culpable y sal-

ga crucificado el inocente. Si por rarísima casualidad se topa con un juez íntegro y rebelde á toda seducción (masculina ó femenina) entonces se recurre á una serie de recusaciones, hasta dar en el maleable y el venal. Si por otra rarísima casualidad, al juez apetecido no se le consigue en el lugar, se le *encarga*, se le hace venir desde unas doscientas ó trescientas leguas.

Para calcular la independencia de los areópagos nacionales, basta rememorar cómo sentenciaron en los grandes litigios financieros y cómo proceden al elegir los miembros de la *Junta Electoral:* siempre siguen las insinuaciones ó mandatos del Gobierno, de modo que eligen á demócratas si reina el Partido Demócrata, á civilistas si manda el Partido Civil. Los que á vista de la Nación descubren esa plasticidad no muy honrosa ¿qué harán á puerta cerrada, cuando nadie les ve ni les oye? Ignoramos si los que prestan medios de falsificar elecciones populares, sienten el menor escrúpulo de absolver á criminales y condenar á inocentes.

Sabiendo como se elige la Magistratura, se comprende todo. Según la Constitución: "Los Vocales y Fiscales de la Corte Suprema serán nombrados por el Congreso á propuesta en terna doble del Poder Ejecutivo; los Vocales

y Fiscales de las Cortes Superiores serán nombrados por el Ejecutivo, á propuesta en terna doble de la Corte Suprema; y los Jueces de primera instancia y Agentes Fiscales, á propuesta en terna doble de las respectivas Cortes Superiores.” Diferencias de formas porque en sustancia el verdadero y único elector es el Presidente de la República: Cortes y Parlamento deben llamarse dependencias del Ejecutivo. Hay vocales y fiscales que se nombran ellos mismos, gracias á un procedimiento de nueva invención y muy cómodo: siendo ministros, y hasta en el ramo de Justicia, dejan el cargo por algunas horas y se hacen proponer ó elegir por el colega que les sustituye. Casi siempre, un alto puesto judicial viene en remuneración de servicios prestados al Gobierno; y como los tales servicios suelen adolecer de una limpieza sospechosa, convendría que las gentes observaran una medida higiénica: después de dar la mano á ciertos jueces, usar detersivos y desinfectantes.

Nada extraño que semejantes hombres *no sean instrumentos de la Justicia sino herramientas del Poder* y que hayan merecido las terribles acusaciones de Salazar y Mazarredo. “El infrascrito (decía el furibundo Comisario Regio en su nota dirigida el 12 de Abril de 1864 á nuestro ministro de Relaciones Ex-

teriores, no calificará lo que son los tribunales del Perú, limitándose tan sólo á recordar que el actual subsecretario de negocios extranjeros de la Gran Bretaña, Mr. Layard, dijo hace poco en la cámara de los comunes, al discutirse la reclamación del capitán White, que este súbdito británico *tratado de un modo cruel como otros muchos, había tenido la desgracia de caer en las garras de lo que sólo por cortesía puede llamarse Corte de Justicia.*"

Como traemos ingenieros ingleses para alcantarillar las poblaciones, agrónomos belgas para enseñar Agricultura y oficiales franceses para disciplinar soldados, podríamos contratar alemanes ó suecos para administrar justicia. No negaremos que por cada tribunal haya unos dos magistrados honorables y rectos, dignos de quedar en su puesto; mas no les nombramos para que todos, si leen estas líneas, gocen el placer de creerse las ovejas sanas en el rebaño enfermo. Jueces hay justos: no todas las serpientes ni todos los hongos encierran ponzoña mortal.

Sin embargo de todo, los Vocales disfrutan de esa veneración y de ese respeto que infunden las cosas divinas. Como un negro salvaje convierte en fetiche una caja de sardinas ó una bota, así nosotros divinizamos á los

miembros de las Cortes principalmente á los de la Suprema. Nadie les toca ni les mira de igual á igual, todos les dan en todas partes el sitio de honor y les prodigan las consideraciones más exquisitas. ¿El señor vocal asoma? todo el mundo de pie. ¿El señor vocal entra? todo el mundo inclina la frente. ¿El señor vocal se sienta? todo el mundo le imita. ¿El señor vocal habla? todo el mundo sella los labios y bebe sus palabras, aunque diga simplezas con la magnitud del Himalaya y suelte vulgaridades con el tamaño de un planeta: vulgaridades y simplezas no dejan de abundar porque muchos de nuestros grandes magistrados, como el Dios Serapis de Alejandría, guardan en la cabeza un nido de ratones.

III

Nada patentiza más el envilecimiento de una sociedad que la relajación de su Magistratura. Donde la justicia desciende á convertirse en arma de ricos y poderosos, ahí se abre campo á la venganza individual, ahí se justifica la organización de *maffias* y *camo-*

rras, ahí se estimula el retroceso á las edades prehistóricas. Y talvez ganaríamos en regresar á la caverna y al bosque, si lo realizáramos sin hipocresía ni términos medios; porque vale más el estado salvaje donde el individuo se hace justicia por su mano que una civilización engañosa donde los unos oprimen y devoran á los otros, dando á las mayores iniquidades un viso de legalidad. Entre el imperio de la fuerza y el reinado de la hipocresía, preferiríamos la fuerza. Queremos hallarnos en una selva, frente á frente de un salvaje con su honda y su palo, no en un palacio de Justicia cara á cara de un leguleyo pertrechado con notificaciones y papel de oficio.

La tiranía del soldado exaspera menos que la del juez: la primera se desbarata con un levantamiento popular ó con la eliminación del individuo, la segunda no se destruye ni con trastornos sociales y conmociones políticas. Asesinamos, colgamos y calcinamos á los Gutiérrez: pero nunca nos atrevimos á cosas iguales con tanto juez venal y prevaricador. A esos tres soldados violentos y amenazadores no les sufrimos ni una semana; á muchos magistrados, más perniciosos y más culpables que los Gutiérrez, les soportamos medio siglo. Que mientras desaparecen Cámaras y Gobiernos, los Tribunales de Justi-

cia permanecen inalterables, como si poseyeran la incorruptibilidad del oro.

El tirano asume la responsabilidad de sus violencias resignándose á concentrar en su persona el odio de las muchedumbres; el juez causa el daño sin arrostrar las consecuencias, parapetándose en los Códigos y atribuyendo á deficiencias de la Ley los excesos de la malicia personal. Una Corte de Justicia es una fuerza irresponsable que desmenuza la propiedad, la honra y la vida, como las piedras de un molino trituran y pulverizan el grano. Su impasibilidad de estatua se parece á la codicia sin entrañas de una *sociedad anónima*.

Y sin embargo, ninguna clase disfruta de más seguridad ni de mayores privilegios. El militar nos despachurra con su bota ó nos atraviesa con su espada; mas da su vida por nosotros, cuando el país se ve amenazado por la invasión extranjera. El sacerdote nos adormece con sus monótonas canciones de otros días y nos explota con sus sacramentos, sus indulgencias y sus hermandades; pero asiste á los enfermos, consuela á los moribundos y expone su cuerpo á las flechas del salvaje. El Magistrado lo gana todo sin arriesgar nada: reposa cuando todos se fatigan, duerme cuando todos velan, come cuando todos ayunan, ejerciendo una caballería an-

dante en que Sancho hace las veces de don Quijote. ¿Qué le importan las guerras civiles? Vive seguro de que, triunfen revolucionarios ó gobiernistas, él seguirá disfrutando de honores, influencia, pingüe sueldo y veneración pública. En los naufragios nacionales, representa el leño que flota, la vejiga que sobrenada. Mejor aún, es el pájaro guarecido en su peñón: no se cuida de la tempestad que sumerge los buques ni piensa en el clamor de los infelices que naufragan.

Si nada vive tan sujeto á la deformación profesional como el abogado, ya se concibe lo que puede ser un administrador de Justicia, á los quince á veinte años de ejercicio. Al velocipedista de profesión le reconocemos instantáneamente porque, aun repantigado en una silla, tiene aire de mover el pedal y dirigir el timón; al juez le distinguimos de los demás hombres en la actitud de parecer hojear un expediente y fulminar una sentencia, aunque maneje un trinche ó nos dé la mano. Y la deformación no se confina en lo físico: á fuerza de oir defender lo justo y lo injusto, con igual número de razones, el magistrado concluye por encerrar la justicia en una simple interpretación de la ley, así que un artículo del Código le sirve hoy para sostener lo contrario de lo que ayer afirmaba. Dicen que el Areópago de Atenas

no pronunció una sola sentencia injusta. Valdría la pena escuchar la opinión de los atenienses que no ganaron sus pleitos.

Las leyes, por muy claras y sencillas que nos parezcan, entrañan oscuridades y complicaciones suficientes para servir al hombre honrado y al bribón, quien sabe más al bribón que al honrado. Mas suponiendo que ellas fuesen dechados de justicia y equidad ¿qué valen leyes buenas con jueces malos? Que un Marco Aurelio nos juzgue por un código draconiano, que ningún Judas nos aplique las leyes del Cristo.

Antes de operarse la división del *trabajo social*, cada hombre reunía en su persona la triple función de litigante, magistrado y ejecutor de la sentencia. Hoy, que las labores se hayan perfectamente definidas y separadas, el juez aplica la ley, el carcelero guarda al culpable, el verdugo ejecuta la sentencia. En el abominable trío de verdugo, carcelero y juez, el juez aparece como la figura más odiosa, como proveedor de gemonías y patíbulos, como poderdante de carceleros y verdugos.

Y volvemos á decirlo: el pantano de la Magistratura no admite drenage. Desde el *excelentísimo* de la Suprema hasta el *usía* de Primera Instancia, todos los Magistrados lle-

van en su frente la misma inscripción: *Nadie me toque*. Y nadie les toca, y chicos y grandes les veneran como á sacerdotes de una religión intangible. Alguien afirmó que las Islas Canarias eran restos de la Atlántida, y el pico de Teide el fragmento de una cordillera. Si la sociedad peruana se hundiera mañana en un mar de sangre, escaparía la Magistratura: es nuestro Pico de Teide.

1902

NUESTROS LEGISLADORES

I

Durante la Legislatura de 1906, un senador tuvo la sencillez ó la malicia de afirmar en plena cámara:

—"Hace algunos años, el Poder Parlamentario del Perú es nominal. Es inútil oponerse á ningún plan ó proyecto que venga del Ejecutivo, puesto que es seguro que todo proyecto del Ejeeutivo ha de aprobarse, cualesquiera que sean sus consecuencias".

No desde *algunos años* únicamente, sí desde los comienzos de la vida republicana, nuestras Cámaras Legislativas hicieron un papel tan degradante y servil que muchos diputados y senadores merecieron figurar en la servidumbre de Palacio. Y ¿qué más podían ser los elegidos por el fraude ó la imposición de los Gobiernos? Uno que otro individuo de elevación

moral, una que otra minoría de sanas intenciones, no borran el estigma de la corporación.

Minorías, mayorías, palabras de significación aleatoria cuando se piensa que nuestros legisladores suelen amanecer oposicionistas y anochecer ministeriales. Hasta en las minorías de apariencia más homogénea conviene señalar á los hombres—convicción, á los que sostienen una idea, para distinguirles de los hombres—polea, de los que chirrian por no estar lubricados con el aceite de la Caja fiscal. Los oposicionistas de buena fe, desengañados por la infidencia de sus compañeros y aburridos con la insufrible garrulería de los adversarios, acaban por enmudecer, convenciéndose de que no se argumenta con masas de ventrales, como no se pega testaradas á un muro de calicanto ni se da puñetazos á un zurrón de sebo. En cuanto á las mayorías, no todos sus miembros rayan á la misma altura, pues mientras unos pocos actúan maliciosamente, sabiendo de qué se trata y hacia dónde se camina, los demás no conocen el terreno que pisan ni oyen razón alguna, salvo las venidas del Gobierno y comunicadas en forma de orden conminativa. La masa congresil procede con los Presidentes como el rucio con Sancho: hace que entiende, agacha las orejas

y trota. El Cardenal de Retz decía que *Todas las grandes asambleas son pueblo.* Si viviera entre nosotros, afirmaría que los congresos del Perú son populacho.

No obstante la sumisión, hubo épocas en que un espíritu de rebelión parecía inflamar la sangre de senadores y diputados. Los griegos vivaqueaban en los salones del Poder Ejecutivo, los troyanos acampaban en los dos locales del Poder Legislativo. Por momentos se esperaba el choque y la hecatombe; pero nada, ni cadáveres ni heridos. En lo inminente del agarrón mortífero, en lo que llaman el instante sicológico, vino la reconciliadora lluvia de oro. Simple *chantage.* Algo podrían contarnos Dreyfus y Grace. Regla general: minorías tan valiosas como las mayorías, pues las unas no abrigaron propósitos mejores que las otras. Hoy mismo, en oposicionistas y gobiernistas no vemos luces y tinieblas que batallen por obtener la victoria, sino tizones que humean en lugares opuestos.

Entonces ¿de qué nos sirven los Congresos? ¿Por qué, en lugar de discutir la disminución ó el aumento de las dietas, no ponen en tela de juicio la necesidad y conveniencia de suprimirse? ¡Qué han de hacerlo! Senadurías y diputaciones dejan de ser cargos temporales

y van concluyendo por constituir prebendas inamovibles, feudos hereditarios, bienes propios de ciertas familias, en determinadas circunscripciones. Hay hombres que, habiendo ejercido por treinta ó cuarenta años las funciones de representante, legan á sus hijos ó nietos la senaduría ó la diputación. No han encontrado la manera de llevarse las curules al otro mundo. Haciendo el solo papel de amenes ó turiferarios del Gobierno, los honorables resultan carísimos, tanto por los emolumentos de ley y las propinas extras como por los favores y canonjías que merodean para sus ahijados, sus electores y sus parientes. Comadrejas de bolsas insondables, llevan consigo á toda su larga parentela de hambrones y desarrapados. En cada miembro del Poder Legislativo hay un enorme parásito con su innumerable colonia de subparásitos, una especie de animal colectivo y omnívoro que succiona los jugos vitales de la Nación.

El actual Ministro de Hacienda declaró ante las Cámaras Legislativas que "muchas obras públicas de urgente necesidad se aplazaban indefinidamente porque el dinero asignado para ellas se invertía en pagar Congresos ordinarios y extraordinarios." El zurriagazo no levantó la más leve roncha en la epidermis de los honorables: fué ovillo de la-

na, arrojado contra el pellejo de un hipopótamo. El merecido agravio, lejos de amenguarles el apetito, les enardeció el hambre, así que alevosamente, en sesión secreta, se adjudicaron la renta anual de tres mil seis cientos soles. Después, echándola de sensibles á la indignación general, quisieron volver sobre sus pasos y hasta darse el lujo de renunciar á las dietas: pura broma (no la llamaremos bellaquería) pues mientras en el Congreso lanzaban discursos henchidos de un desinterés *sanfranciscano*, fuera del Parlamento y en amena compañía celebraban con estrepitosas francachelas el advenimiento de los tres mil seiscientos al año.

Y ¡cuánto bueno podría hacerse con el dinero malgastado en fomentar la logorrea parlamentaria! La protección al ganado lanar y al vacuno daría más beneficios que el mantenimiento del régimen representativo. Nadie negará que un kilo de buena lana ó un litro de buena leche vale más que el pliego de interpelaciones formuladas por un senador oposicionista ó que la resma de discursos emitidos por un diputado ministerial. Decimos logorrea, pues lo que nuestros legisladores hablan corresponde muy bien á lo que hacen. Como autómatas parlantes ó bombas de arrojar discursos, funcionan tan desastradamente que

á menudo se llevan de encuentro el sentido común y la Gramática. Desearíamos que algún tenaz rebuscador de papeles volviera y revolviera el *Diario de los Debates* para averiguar cuantas partículas de oro se esconden bajo esa inconmensurable montaña de cascote y desperdicios.

II

Volvemos á preguntar ¿de qué nos sirven los Congresos? sirven de prueba irrefragable para manifestar la incurable tontería de la muchedumbre, al dejarse dominar por una fracción de gentes maleables, á medio civilizar y hasta analfabetas, sin la más leve inclinación á lo bello ni á lo justo, con el solo instinto de husmear por qué lado vienen los honores y el dinero, ó hablando sin mucha delicadeza, la ración de paja y grano.

A más de tenernos por cerca de medio siglo bajo la Constitución retrógrada de 1860, los Congresos nos han dictado la Ley de Elecciones y el Código de Justicia Militar: la primera que pone toda la máquina electoral en manos del gobierno, es decir, del Presidente; el segundo que sanciona todas las iniquida-

des posibles, desde la pena capital hasta la confiscación de bienes, y coloca perennemente á la Nación bajo un régimen que no se disculpa sino en el estado de sitio.

Mas, no sólo el Perú, casi todos los pueblos del orbe civilizado abrigan la ilusión de que el sistema parlamentario inicia y afianza el reinado de la libertad. Como un autócrata domina por la fuerza, valiéndose de genízaros ó de cosacos, así un presidente constitucional puede ejercer tiránicamente el mando, apoyándose en cámaras de servidores abyectos y mercenarios. Congresos tuvimos en el Perú que valían tanto como un batallón de genízaros ó un regimiento de cosacos. Venga de un solo individuo, venga de una colectividad, la tiranía es tiranía.

Los Congresos sucederán á los Congresos, pareciéndose los unos á los otros, legándose sus dos cámaras y su elocuencia, como los camellos se trasmiten sus jorobas y los cerdos su gruñido. Nuestros legisladores seguirán legislando, sin averiguar si causan admiración ó menosprecio ni cuidarse de si el país acepta ó rechaza las leyes, no pensando sino en recibir la consigna oficial y captarse la benévola y aprobatoria sonrisa del *gran elector*. En lo que muestran honradez relativa ó fidelidad al compromiso: no siendo elegidos de la Nación

sino hechuras del amo, al amo deben servicios y complacencias. Legislen, pues, los legisladores, hagan y deshagan de nosotros, quiten y pongan leyes, engorden y medren con su interminable secuela de parientes, electores y ahijados: Cromwell no se diseña en el horizonte, el pueblo no da señales de coger el azote y cruzar rostros en que rara vez asomaron el pudor y la vergüenza.

Mas aquí, no sólo el Congreso dicta leyes: legisla todo el mundo, y como hijos del Imperio Romano, somos legisladores en potencia. Alguien lo dijo ya: "Aquí legisla la Junta de Vigilancia del Registro de la Propiedad, legisla la Junta Departamental, legisla el Concejo Superior de Instrucción, legislan las Cortes y los jueces, legisla á diario el Gobierno, etc.

¡Oh manía legiferante de los políticos peruanos! Quieren improvisar hombres á fuerza de imponer leyes: no hay organismos, y decretan funciones; no hay ojos, y exigen largavistas; no hay manos, y ordenan guantes. Quizá no existe candidato á la Presidencia, juez, diputado, bachiller, amanuense ó portero que no archive en la cabeza su constitución, sus códigos, sus leyes orgánicas, sus decretos ni sus bandos. Todos guardan la salvación de la patria en algunos rimeros de papel entintado con algunas varas de proyectos y

lucubraciones. ¡Cuánto político por afición atávica, venida de su abuelo el conserje ó de su padre el ex-senador suplente! ¡Cuánto sociólogo por haber oído el nombre de Comte y saber la existencia de Spencer y Fouillée! Esos políticos y sociólogos, pretendiendo conducir á las naciones, nos causan el efecto de un mosquito afanándose por desquiciar á un planeta. Ocurren ganas de apercollarles y decirles:

—¡Basta de reformas y proyectos, de logomaquias y galimatías! Más de ochenta años hace que ustedes viven chacharreando en las Cámaras, desbarrando en los ministerios, *rastacuereando* en las legaciones y dragoneando en los puestos de la administración pública. Vayan unos á carenar buques, otros á barretear minas, otros á mondar legumbres, otros á bordar casullas, otros á manejar escobas, otros á segar hierba ó quebrantar novillos.

La vergüenza del Perú no está en haber sido arrollado y mutilado por Chile (¿qué pueblo no ha sufrido mutilaciones ni derrotas?) el oprobio y la ignominia vienen de seguir soportando el yugo de tanto orador sin oratoria, de tanto moralizador sin moral, de tanto sabio sin sabiduría. Sí, ustedes son la carcoma y el deshonor del Perú, oh barberos y sa-

camuelas de la Sociología, oh Purgones y Sangredos de la política, oh charlatanes y confeccionadores de miríficas drogas para sanar y prevenir todas las enfermedades del cuerpo social.

Cuando transcurran los tiempos, cuando nuevas generaciones divisen las cosas desde su verdadero punto de mira, las gentes se admirarán de ver cómo pudo existir nación tan desdichada para servir de juguete á bufones y criminales tan pequeños.

1906

NUESTRA ARISTOCRACIA

—

I

Los Jesuítas (que tienden á monopolizar la dominación de los ricos) divulgan desde el púlpito que la Iglesia es aristocrática, pues "Jesucristo descendió del Rey David;" y que "si la incredulidad revela casi siempre el origen plebeyo de un hombre, la adhesión al Catolicismo sirve de probable indicio para descubrir la sangre azul." Y ¡ya tenemos á ciertas gentes de Lima echándola de buenas católicas por darse humos de aristócratas!

¡Aristocracias en el Perú! ¿Quién no sonríe cuando las *notas sociales* de los diarios nos describen una *matinée* ó una *kermesse* donde asistió *lo más granado de la aristocracia limense?* Aquí no existe más línea de separación que la trazada por el dinero ni se conoce más nobleza que la especie de mazorca forma-

da por los descendientes de logreros enriquecidos en la Consolidación, el huano y el salitre. Olvidábamos á otros nobles—los hacendados ó cañaveleros. La nobleza de los logreros debe tener en sus blasones una mano introducida en un saco; la de los cañaveleros, un brazo blandiendo un azote en las posaderas de un chino.

La sangre española va desapareciendo en las uniones *morganáticas* y en los misterios libidinosos de las alcobas, de modo que el menos *africanizado* de nuestros jóvenes aristócratas posee blancura de albayalde con un diez por ciento de brea. A los *black minstrels* de Estados Unidos se les descubre lo anglo-sajón á pesar del betún que les embadurna la cara; á nuestros hidalgos se les nota lo berberisco al través del forro blanco: no han perdido más que el pigmento y la *vedija*. Los unos parecen harina flor en costales alquitranados, los otros semejan carbón de piedra en sacos de armiño.

Todo el que en Lima entre á un salón aristocrático donde se hallen reunidas unas diez ó doce personas, puede exclamar sin riesgo de engañarse: "Saludo á todas las razas y á todas las castas." Somos una paleta donde se mezclan todos los colores, un barril donde se juntan los vinos de todos los viñedos, una in-

mensa cuba donde fermentan los detritus de Sem, Cam y Jafet. Y lo repetimos sin ánimo de ofender, pensando que de esa mezcolanza ó fusión, donde talvez predominen las buenas cualidades y se anulen las malas, puede surgir una síntesis humana, algo muy superior á lo antiguo y á lo moderno. Entanto ¿qué es Lima? una aldea con pretensiones de ciudad. ¿Qué sus casas? unos galpones con ínfulas de palacios. ¿Qué sus habitantes? unas cuantas lechigadas de negroides, choloides y *epifanios*, que se creen grandes personajes y figuras muy decorativas porque los domingos salen á recorrer la población, ostentando sombreros de copa, levitas negras y bastones con puño de oro.

Como nuestras bisabuelas tuvieron inclinación á la coronilla y al *cordobán*, los peruanos (señaladamente los limeños) venimos de capellanes y caleseros. No se quedaron atrás los bisabuelos al profesar el principio que *si, á más no poder, las blancas están buenas para mujeres legítimas, las negras y las mulatas sirven mejor para mancebas*. A medida que las gentes poseían más riqueza y, por consiguiente, mayor número de esclavos, era mayor el roce de las hijas ó hijos de los amos con los hijos ó hijas de los negros ¡Si las antiguas recámaras pudieran hablar! Para disimular el es-

cándalo de los *frutos* nacidos en esa promiscuidad porcina, se inventó la famosa teoría de los *vientres sucios* y los *vientres limpios*. Cuando en el matrimonio de dos negros (hermosas muestras de carbón animal) nacía un chico más próximo á la nieve que al tizón, el buen taita fruncía la jeta; pero endulzaba el gesto apenas un comadrón le aseguraba que la señora negra tenía *vientre limpio*. Al revés, si de dos españoles nacía un muchacho con matiz de chocolate ó ladrillo, el papá (algún señor marqués de tic y gagueo) ponía cara alegre y se tragaba el hijo, si la comadrona le juraba que madama la marquesa tenía *vientre sucio*.

Los cholos y los mulatos (nacidos por lo general de hombre blanco y de mujer amarilla ó negra) adquieren el orgullo del padre, blasonan de alta alcurnia y desdeñan á la madre. En Lima, donde los más encopetados miembros de la *hight life* son hipotéticamente blancos, no se imagina oprobio mayor que guardar en las venas un poco de sangre indígena ó africana; y por eso, cuando riñen dos limeños y agotan el diccionario de los insultos, apelan á tratarse de zambos ó de cholos: el zambo y el cholo equivalen á un cartucho de dinamita.

Si las divinidades egipcias brotaban en jardines y huertos, los nobles peruanos nacen donde todos sabemos. La pululación del microbio nobiliario va en aumento, en vez de menguar con la vida republicana: es una endemia nacional. En tiempo de las guerras napoleónicas, las lavanderas y cocineras, transformadas rápidamente en generalas y mariscalas, se inflaron de tal orgullo que repantigándose en los sofás de las Tullerías, exclamaban: *Maintenant, c'est nous qui* SONT *les princesses*. Dentro de poco, las hijas de un marqués calafate ó de un conde pulpero, dirán regodeándose en los sillones de Palacio: Nosotras *semos* la aristocracia. El Perú correrá parejas con Italia donde, según nos cuenta un viajero francés, hay que dirigirse á los mozos de fonda gritándoles: Oye, príncipe, dile al marqués que me llame al conde para que me embetune los zapatos.

Cuando, al estallar la guerra de los Estados Unidos con España, algunos de nuestros *negroides* vociferaban contra los Yankees y se golpeaban el pecho, diciendo que para ellos la guerra hispano-americana era una cuestión de raza, nosotros sonreíamos y murmurábamos interiormente, recordando al personaje de una ópera bufa: "Hay gentes que se titu-

lan españolas, y maldito lo que de españolas tienen."

II

Jacinto O. Picón declara en una de sus novelas: "Yo tengo la preocupación de creer que no hay español que no tenga en las venas sangre de fraile......Siempre que se me ocurre una idea mala, digo: esto es atavismo, reminiscencia del padre Tal ó Cual, que debió de tener algo con alguna de mis abuelas". Y Rodrigo Soriano escribe en sus Flores Rojas: "Los españoles, cuando no tienen carlistas con que pelear, inventan moros. Al fin y al cabo, todo es guerra civil, sea carlista, sea moruna." Por confesión de dos escritores españoles, los hijos del Cid no tienen *lá sangre azul del germano ni la roja del francés*, sino un compósito de suero entintado y glóbulos rojos con bonete.

Y como, en vez de mejorar el compósito, le hemos empeorado, ya se comprende la religiosidad, ó mejor dicho, el catolicismo y la frailería de las matronas y los caballeros que en nuestra sociedad aspiran á titularse la flor y nata: por atavismo van á la sacristía, como fué su

ascendiente el capellán; por atavismo acuden también á las hermandades religiosas, como asistió á la cofradía su devoto progenitor el bozal. Cuando alguno me afirma que sin religión no se concibe moralidad ni buenos sentimientos, yo me digo: tú me denuncias tu procedencia sacerdotal. Cuando algún otro me sostiene que al revolucionario se le debe esterminar sin misericordia, yo pienso: tú me revelas á tu abolengo el cafre.

Siempre se alabó la docilidad de los bozales para convertirse al Catolicismo. Nada más lógico. El hombre ignorante y primitivo no se aviene á los cambios radicales y violentos, sobre todo en el orden religioso: con ligaduras de hierro, vive amarrado á las creencias inmemoriales. Por lo difícil de vencer la tradición y de introducir en un cerebro salvaje las ideas de un hombre civilizado, no se hace de un fetichista un librepensador. El negro se convertía fácilmente á la religión de su amo porque no saltaba de una creencia vulgar á otra sublime y diametralmente opuesta: la doctrina enseñada por el sacerdote guardaba mucha similitud con las supersticiones de las tribus africanas.

La adhesión al Catolicismo, en vez de probar el origen aristocrático de un hombre, denuncia su africanismo. La intensidad del fer-

vor religioso crece en proporción á la oscuridad de la piel; así, el negro puro excede en religiosidad al cuarterón, el cuarterón al octavón, el octavón al blanco. Midiendo, pues, la religiosidad de una matrona limeña, se hará el porcentaje de la sangre africana contenida en sus venas. Y los hechos lo constatan. ¿Quiénes asisten con más entusiasmo á procesiones y fiestas católicas? Toda religión nace de la cabeza y muere en los pies. Cuando el Paganismo dejó de ser creencia popular, había desaparecido ya de los cerebros ilustrados. El Catolicismo, llamado á sucumbir como su hermano el Paganismo, no es ya creencia de sabios ni de filósofos: á semejanza del árbol en Invierno, vive de la savia almacenada en sus raíces.

Émile Burnouf ha sentado un principio: "El abandono de las ortodoxias comienza siempre por las clases elevadas, quiere decir, instruídas, porque el saber que á un hombre le liberta de la ortodoxia, le coloca al mismo tiempo en esas clases." Del principio de Burnouf se deduce que toda clase donde predomina el fanatismo no merece llamarse alta ó superior sino baja ó inferior. Los que en el orden social se arrogan el título de personas decentes ó clases elevadas suelen representar á la verdadera plebe en el orden intelectual ó

moral. Un negro y un indio pobres, mas instruídos y desfanatizados, pertenecen á clase más elevada que un blanco noble y rico, mas ignorante y supersticioso. El ser hombre no depende tanto de llevar figura humana como de abrigar sentimientos más depurados que los instintos de un animal inferior. ¡Cuántos nobles y ricos distan menos de un chimpancé ó de un gorila que de un Spencer ó de un Tolstoi!

Resumiendo: los católicos del Perú no deberían enorgullecerse de su Catolicismo sino avergonzarse dél como de un estigma hereditario: les prueba que si por la raza son *negroides*, por la intelectualidad son plebe.

1904

NUESTROS BEDUINOS

Tenemos por malos políticos á los hombres que arruinan un país, aunque hablen como Cicerón y escriban como Tácito.

¿Dónde nos han conducido nuestros Guizot y nuestros Bismarck? respondan ellos mismos si el crédito nacional ocupa nivel superior al crédito de Turquía, si el nombre de peruano significa honra ó vituperio, si el Perú causa envidia ó lástima.

Para nuestros hombres públicos, es decir, para los Beduínos (las cosas han de llamarse por sus nombres) el Perú fué tienda plantada en el desierto de una segunda Arabia: acometieron y despojaron á los dueños; pero no se van porque todavía explotan algunos restos de grandeza y no vislumbran tienda que embestir y robar.

Si conforme lo asegura Letourneau, *medio Inglaterra pertenece á ciento cincuenta individuos* y *medio Escocia á diez ó doce perso-*

nas, el Perú gime bajo la dominación de unos cuantos seres previlegiados. ¡Siempre los mismos hombres, sus hijos ó sus parientes!

Como los alquimistas de la Edad Media se legaban de padres á hijos la tarea de encontrar la piedra filosofal, así los Beduínos del del Perú se trasmiten de ascendientes á descendientes la obra de convertir en oro el sudor y la sangre de la Nación. Familias enteras, á modo de gigantescos pulpos, desenvuelven uno y mil tentáculos que van á introducirse en los vericuetos de la Caja fiscal. Esos hombres nos laminarían entre los cilindros de un trapiche, nos destilarían en la pila de un alambique, nos carbonizarían en un horno de quemar metales, si de nuestro residuo pudieran extraer un solo milígramo de oro.

La lucha con los Beduínos tiene que ser larga, difícil y sangrienta, no porque estén listos á derramar la propia sangre, sino porque se darán trazas para que otros se dejen matar por ellos. Carecen de valor, pero tienen astucia de sobra. En la guerra con Chile probaron su cobardía, no habiendo tenido coraje ni para defender la presa del huano y del salitre; en los vaivenes de nuestra política manifiestan su habilidad hoy mismo, siéndolo todo cuando no gozan de popularidad, cuando son generalmente aborrecidos. Nacen como el

hongo en el estercolero, se adhieren como la ostra á la peña, se propagan como la tenia en los intestinos, se cuelan como el aire por las rendijas más estrechas. Poseen la sutileza del hidrógeno y la ductilidad del oro. Donde se desliza uno, se deslizan mil, se deslizan todos, porque forman un jesuitismo de frac y una masonería de puchero. Cambian de nombre y disfraz, quedando los mismos. Como los escribanos siguen de escribanos, aunque se titulen cartularios, actuarios, secretarios, notarios ó ministros de la fe pública, así los Beduínos no dejan de ser Beduínos, por llamarse como se llamen, por seguir la bandera que sigan ni por ejercer el oficio que ejerzan. ¿Quiénes dominan en el Congreso? los Beduínos. ¿Quiénes en el Gobierno? los Beduínos. ¿Quiénes en el Poder Judicial? los Beduínos. ¿Quiénes en aduanas, beneficencias, municipios, legaciones, consulados, bancos y periódicos? los Beduínos.

Ellos viven hipnotizando á los gobiernos ó ejecutando el baile circular del zorro al pie del árbol presidencial; ellos son los primeros en disfrutar los beneficios y los últimos en arrostrar los peligros; ellos, como tierra maldita, reciben la semilla y beben el agua, sin producir jamás el fruto; ellos, como la culebra de los cuentos populares, sueldan sus labios á los

pezones de la Nación, chupan hasta extraer sangre, y nos dan la punta de su nauseabunda cola.

¿Qué males no causaron? De ellos se puede afirmar algo semejante á lo que Atila dijo de su caballo: "Donde estampa los cascos no vuelve á nacer hierba."

Y el mal viene de arriba, las confabulaciones para todas las iniquidades se consuman en lo más elevado. Aquí la podre contagiosa se oculta bajo el frac y la levita, no bajo la blusa ni el poncho. En el Perú la corrupción actúa en sentido inverso de lo acostumbrado: en las naciones más civilizadas subsiste un fondo primitivo de donde suben á la superficie los elementos de la barbarie; pero entre nosotros existe una clase superior, y en esa clase *una costra* de donde bajan al asiento los gérmenes de todas las miserias, de todas las prostituciones y de todos los vicios. Nuestras mil revoluciones fracasaron ó fueron contraproducentes porque esa costra, después de momentáneas inmersiones, sobrenadó siempre. Se derrocó presidentes, se derramó sangre de infelices; pero nunca se volteó lo de abajo para arriba ni se practicó una verdadera liquidación social.

Lo sucedido ayer, sucede hoy y quien sabe sucederá por muchísimos años. El pueblo (y

no sólo el pueblo sino muchos hombres con ínfulas de pensadores y cultos) se imaginan que hacen mucho con aplaudir ó silbar, olvidando que en las saturnales de Roma los esclavos tenían derecho de emborracharse y decir desvergüenzas á sus amos.

Fuimos ultrajados, pisoteados y ensangrentados como no lo fué nación alguna; pero la guerra con Chile nada nos ha enseñado ni de ningún vicio nos ha corregido: como enfermedad intercurrente, la invasión araucana desapareció, dejándonos todos nuestros males crónicos.

Hoy la próxima elección de Presidente simula signos de vida en este organismo paralizado y casi muerto: los candidatos luchan—lucha de cuervos por dar picotazos á la ensangrentada cabeza de un soldado moribundo; los políticos se agitan–agitación de vibriones en las entrañas de un cadáver; los periódicos riñen—riña de meretrices en el charco de una plazuela.

Asistimos á un espectáculo útil y necesario, aunque cínico y nauseabundo: todos los hombres públicos, valiéndose de documentos fehacientes, se arrojan á la cara el lodo que amasaron en su camino. Parece la sacada al Sol de todas las inmundicias almacenadas en un hospital de sifilíticos y leprosos. Sólo fal-

ta que la Nación arroje una buena dosis de ácido fénico.

El pueblo, la masa nacional, permanece en la más estólida indiferencia. Gobierne quien gobernare, nada le importa; sobrevenga lo que sobreviniere, poco se le da; todo lo sufre, todo lo acepta. El Perú, como infeliz mujer encadenada al poste de un camino real, puede sufrir los ultrajes de un bandolero, de un imbécil, de un loco y hasta de un orangután.

Todavía piensan algunos en vivar á los sempiternos repartidores de butifarras, cuando el único grito de todos los hombres honrados debería reducirse á ¡Fuera los Beduínos!

1889

NUESTROS TIGRES

I

En el Perú se realiza un fenómeno social muy digno de llamar la atención: no sólo el asesinato y el robo, sino los instintos más depravados, tienden á exacerbarse en las personas decentes ó clases elevadas. A quien lo dudara le preguntaríamos si fueron indios de ojotas y poncho los rapiñadores del huano y del salitre, si se llamaron Quispe y Mamani los fraguadores de pronunciamientos, incendiarios de pueblos, taladores de haciendas y fusiladores de vencidos ó prisioneros. Acaso el indio, repleto de alcohol y rabia concentrada, pudo servir de instrumento para consumar todas las abominaciones; pero la mano ejecutante y el cerebro inspirador no estaban en él.

Va desapareciendo el coronel Cuatro Balazos, el antiguo fanfarrón que en sus arranques de rabia prometía y juraba fusilar á todo el mundo; y que venido el caso, no cumplía juramentos ni promesas. En cambio, está cundiendo con asombrosa fecundidad el paisano todo labia, el cazurro y jesuíta que en sus deliquios amistosos ofrece maravillas á un pobre diablo, para en seguida quitarle el empleo, mandarle prender ó hacerle matar en una encrucijada. Al perro que ladraba y no mordía, sucede el Tigre que lame y despedaza.

Ignoramos si en otras partes del mundo quedan impunes las autoridades que abusan del poder al extremo de convertirse en verdugos de los subordinados; pero diariamente vemos que en el Perú los justos y los buenos se vuelven inicuos y malos desde el momento que disponen de autoridad. El cordero peruano que se duerme de simple alguacil, despierta de lobo. Tómese al primero de los almidonados y melifluos mozalvetes que danzan en los casinos, cenan en los clubs, beben *cocktails* en las tabernas doradas ó gorgoritean idilios en ateneos y círculos literarios; concédasele una prefectura, una subprefectura ó una comisaría; invístasele, en fin, con la más diminuta parcela de autoridad; y veremos que instantáneamente se desembaraza de la película

burguesa para descubrir el fondo montaraz: como si tratara de hacer una carambola, urdir una mentira ó *golpear* un cigarrillo, el mozalvete melifluo y almidonado introduce la mano en el arca fiscal, incendia, tortura, viola ó mata. Casi habría derecho para formular dos axiomas: el hombre decente que maneja fondos públicos, rinde malas cuentas; el caballero de *sangre azul* que recibe mando, comete alguna iniquidad.

Recordemos á los más odiosos criminales aparecidos desde 1872, año en que parece iniciarse la recrudescencia de la ferocidad, con la matanza de los Gutiérrez y el advenimiento de los procónsules civilistas. Muchos nacieron de familias apacibles y humanas, algunos recibieron excelente educación y hasta poseían diplomas universitarios. Ofrecían todas las apariencias de hombre; mas al primer ensayo, descubrieron la garra del felino. De ahí que los más cultos y más suaves nos infundan mayor miedo. Cuando en el parque inglés ó en el paseo Colón divisamos á un gomoso con su trapo dominguero y su fisonomía risueña, no dejamos de murmurar in pectore ¡si bajo la pechera de batista y el smoking de lana esconderás el hueso y la carne de un Musolino! ¡Si pertenecerás á la manada de los Tigres!

Es que si algunos hombres han introducido en su cerebro unas cuantas vislumbres de ciencia medio teológica y medio positiva, casi ninguno ha logrado humanizar su corazón al punto de hacerle sentir su *propia carne en toda carne que se desgarra y padece*. Muchos olvidan que el insensible al dolor y la muerte de su prójimo debe llamarse bárbaro, aunque atesore la filosofía de un Platón y la ciencia de un Aristóteles. Veinticuatro siglos hace que en la Grecia pagana un filósofo escribió: *La vida perfecta es la bondad;* hoy, á los diecinueve siglos de Religión Cristiana, hay que decir á los blasonadores de Catolicismo: nada tan absurdo ni estéril como la crueldad, sólo dura lo fundado en la justicia y la misericordia. Mentira la civilización sin entrañas, embuste la sabiduría sin el sentimiento. Para medir el valor real de pueblos é individuos, no sólo se les mira funcionar el cerebro, se les oye latir el corazón. San Vicente de Paul cobijando á un niño vale más que Napoleón ganando la batalla de Austerliz.

Los que llevan alguna luz en la cabeza no la usan para guiarse por el camino del bien: falsamente educados, poseen una civilización sin piedad ni misericordia, algo así como una barbarie de guante blanco. Basta indagar lo que sucede en la Nación para cerciorarse de

que la tranquilidad de las poblaciones se mide por la lejanía de las autoridades ó corregidores modernos, que el bienestar de las indiadas se calcula por la menor influencia de los hacendados ó señores feudales, que, en resumen, las llamadas clases dirigentes dirigen hacia el mal. Ora como autoridades religiosas, militares ó civiles; ora como agricultores, mineros ó comerciantes; los blancos y los mestizos se aproximan á los indios, para quitarles á sus mujeres, explotarles, fanatizarles, alcoholizarles y lanzarles á las revoluciones. Como los más indefensos y más débiles, los indios proporcionan la carne de placer al sátiro y la carne de dolor al Tigre: son los armenios de una Turquía católica.

Y ¿qué remedio, sin justicia legal ni sanción pública? Al revés del rayo que hiere las cumbres más elevadas, aquí la ley no gravita sino sobre las cabezas más bajas. El delincuente no sufre la pena debida ni se atrae la execración de la muchedumbre: todo prescribe á los pocos años, todo se olvida á los pocos meses. En las tempestades de la vida nacional se conoce los hundimientos momentáneos, no las sumersiones definitivas. Después de un eclipse fugaz, las Mesalinas más *averiadas* vuelven á la circulación, adornadas con todas las seducciones de la virginidad política. Se ha dicho

que en el Perú no existía sanción moral. Efectivamente, aquí no se gana ni se pierde honra; y vale tanto ser Vigil como Chacallaza, Mariano Amézaga como el negro León. Nadie pierde la estimación social por cometer robos y perpetrar asesinatos. Del hombre público enriquecido en una ó dos semanas, merced á las dádivas de un gordo traficante, se dice *¡Buena cabeza para los negocios!* Del político sanguinario como Nerón y cobarde como una liebre se repite *¡Carácter muy enérgico!* A los limpios de sangre y cohecho, á los abominadores de Tigres y aves de rapiña, se les llama teóricos, soñadores, utopistas ó locos: son los únicos merecedores de vilipendio.

II

No negaremos que si en alguna de las naciones más civilizadas de Europa estallara una revolución, aparecerían monstruos iguales á los surgidos en el Perú y se realizarían escenas de tanta sangre como las repetidas aquí desde la guerra con Chile; negamos, sí, que en ninguna sociedad medianamente humanizada (en el estado normal y cuando nada justifica el em-

pleo de la violencia) se ataque *oficialmente* la propiedad ó la vida de los ciudadanos pacíficos. Los crímenes de las autoridades peruanas sobrevienen inesperadamente, como truenos en día claro y bonancible. De repente, se habla de seudo conspiradores flagelados en la prisión, de mujeres violadas por sus carceleros, de reclutas heridos por sus jefes, de presuntos reos fusilados en un camino. Las *partidas de campo* asumen el Poder Ejecutivo y el Judicial, no sólo con los malhechores profesionales, sino con los ladrones de gallinas y cuatreros de relance. Cuando el hombre confiesa, la *partida* le abalea para robarse el robo, cuando no confiesa, también le fusila si un hacendado rico se interesa en el fusilamiento del culpable ó no culpable.

Los descendientes de inquisidores no olvidan la *cuestión previa*. ¿Qué no se hace con los infelices para obligarles á confesar un delito real ó atribuirse uno imaginario? se les aglomera en habitaciones sin aire ni luz, húmedas y pestilentes; á media noche se les arranca del sueño para lanzarles cubos de agua fría; desnudos, se les encordela en el lomo de una bestia con el fin de pasearles bajo los rayos de un Sol canicular; se les remacha grillos, se les pone en cepo volador, se les atenacea las puntas de los dedos, se les da tor-

tor en el cráneo, se les cuelga de los pulgares ó de los testículos......

Y semejantes horrores no pasan únicamente más allá de la cordillera, donde apenas si alcanza la acción del Gobierno: se realizan en la Capital, no muy lejos de prefectos, ministros y presidentes. No hace muchos años que en los salones de la Prefectura se oía los alaridos de los presos martirizados en los calabozos de la Intendencia. Tampoco hace mucho tiempo que al asaltar el pueblo esa misma Intendencia, halló los instrumentos de suplicio, manchados aún con la sangre de las víctimas. Rebuscando en los arrabales, se daría talvez con alguna pobre mujer descoyuntada en las torturas de una comisaría. Parece verdad que el año 1895 los revolucionarios triunfantes quemaron vivo á un negro por el delito de espionaje. Los menos crueles, los más humanos, resultan los que toman á un hombre, le fusilan y le entierran. El Chinchao de Pardo, el Santa Catalina de Morales Bermúdez, el Tebes de Cáceres, el Guayabo de Piérola y el Pazul de Romaña deben figurar como actos de humanidad y clemencia.

Se comprende, hasta se mira sin horror el crimen pasional, cometido cuando saltan los nervios y hierve la sangre; mas se necesita ser contemporáneo del mastodonte para conce-

bir la ferocidad serena y sistemática. Pierden el derecho de figurar en la especie humana los que ordenan fusilamientos ó flagelaciones, y acto continuo bailan chilenas ó se atiborran de cañazo y guisotes criollos. Son curas de Bambamarca sin la disculpa del fanatismo, son los peores criminales, los de sangre fría.

¿De dónde proviene la ferocidad intensiva? ¿Herencia ó adquisición? Se diría que nos hubieran transvasado sangre de tigre. En la aparición de los hechos criminales no lamentemos unos simples casos esporádicos; estudiemos una gran epidemia—la neurosis roja. La sangre nos tiñe de pies á cabeza; mas no vivimos satisfechos: desearíamos que nos sumergiera y nos ahogara. Parece que sintiéndonos impotentes para vengarnos de Chile, volvemos el arma contra nosotros mismos: no pudiendo matar, nos matamos. Nadie más que nosotros debería anhelar el advenimiento de hombres justos y humanitarios, como desea buenos manjares y buena bebida el prisionero que por muchos días vivió de pan seco y agua turbia. En el Perú ensayamos todos los sistemas de gobernar, menos el basado en la justicia y la verdad. Casi todos los presidentes fueron encarnaciones de la iniquidad y la mentira; poquísimos no llevan su mancha de sangre ni aparecen seguidos por

interminable caravana de viudas y huérfanos.

Nuestra paz debe considerarse como preámbulo de una revolución ó armisticio para enterrar á los muertos y repartir el rancho á los vivos. Siempre existieron manadas de Tigres esperando el momento sicológico. Existen hoy mismo, atisbando y agazapándose para dar el salto. ¿Caerán de nuevo sobre la Nación ó se destrozarán en una guerra de familia? Si los felinos se devoraran unos á otros, nos regocijaríamos con la esperanza de verles desaparecer algún día; pero no cabe regocijo porque los malos quedan ilesos en las acometidas á los buenos ó, donde muere uno, brotan cien y mil.

La Nación, cogida entre el bando civilista y la facción demócrata, se mueve como el hombre que avanza por un estrecho callejón de paredes embadurnadas con sangre y lodo: tanto se mancha pegándose á la derecha como acercándose á la izquierda. Por un lado, los Demócratas que pretenden erigir nueva montaña de cadáveres para instalar en la cumbre al enemigo de toda luz y de toda libertad; por el otro lado, los Civilistas que amenazan convertir el Perú en una de aquellas repúblicas italianas, desaparecidas en la abyección y la sangre por no haber conocido más divinidades que el agio y la rapiña. Sa-

bemos que si el bien no puede existir en la paz del Civilismo, tampoco puede venir con la revolución demócrata. Aquí, los pronunciamientos no entrañan el propósito de cambiar lo malo por lo bueno sino el de sustituir á hombres malos con otros iguales ó peores. Casi toda revolución del Perú ha sido una guerra civil entre dos reacciones.

Veamos lo que actualmente pasa en Lima con motivo de la elección presidencial. El pueblo se divide en dos campos—los demócratas ó foragidos á pie y los civilistas ó facinerosos en coche. Donde se reune un club civilista, asoma de improviso un grupo demócrata que al són de *¡Abajo la argolla!* descarga una lluvia de piedras y salva el bulto. Donde se agolpa un gentío—demócrata ó no demócrata—aparece en el acto una victoria llena de personas decentes que lanzan el grito de *¡Mueran los demócratas!* y descargan los revólveres sobre enemigos y simples curiosos. Tan venales los unos como los otros, pues si la blusa se vende por dos ó cuatro soles, la levita hace lo mismo por un empleo, cuando no por dos ó cuatro libras esterlinas. Y lo más nauseabundo no es la venta, la procacidad ni la agresión salvaje: es la impudencia en el mentir, cuando resulta un muerto y la justicia quiere deslindar responsabilidades. El de-

mocráta miente lo mismo que el civilista, el blancón de levita como el zambo de chaqueta. Nada más repugnante que la lucha entre esas dos canallas, la de arriba y la de abajo.

Los cerebros parecen desequilibrados por la monomanía revolucionaria: tenemos hombres que personifican la revolución latente, como Don Quijote representaba la caballería andante. A los profesores de barricadas nosotros oponemos los doctores en montoneras. Y no sólo florecen los profesionales que al diploma de doctor agregan los despachos de coronel para dragonear como Napoleones de chicha y coca, sino los aficionados ó de ocasión, los individuos que al oir el anuncio de la centésima *regeneración nacional* á mano armada, empuñan su rifle, merodean en poblado lo mismo que en despoblado y, concluyendo la obra de *regeneración*, se retiran á saborear honestamente los ahorros de su labor patriótica. Si en las cinco partes del mundo pululan agricultores, marinos y mineros que respectivamente desean poseer su tierra, su buque y su mina, en el Perú abundan los hombres que sueñan tener su montonera propia. Con una breve campaña se asegura el porvenir de la familia y se gana la estimación general. ¿Quién no forma su montonera? el pobre diablo incapaz de reunir seis hombres arma-

dos con cinco rifles. ¿Quién no intenta su revolución? el infeliz inhabilitado para conseguirse una gorra de coronel, una banda de cuatro músicos y dos botijas de aguardiente.

Y ¡esto se llama nación y república! Mas no lancemos jeremiadas ni andemos con pesimismos. En lugar de lamentarnos por la frecuencia de sediciones y motines, congratulémonos de que no se realicen mensual ó diariamente. ¿Hemos sobrevellevado tres presidentes á la vez? podríamos haber sobrellevado seis. ¿Hemos sufrido unas cien revoluciones? podríamos haber sufrido doscientas. ¿Hemos presenciado la desolación de medio territorio? podríamos haber presenciado la ruina de todo el país. ¿Hemos visto carnicerías de tres á cuatro mil indios? podríamos haber contemplado la eliminación de toda la raza indígena. Los que todavía respiramos el aire y vemos el Sol, vivamos agradecidos á los Tigres que nos otorgan esos beneficios.

1904

NUESTROS VENTRALES

I

Durante la ocupación chilena, un compatriota nuestro fué condenado á recibir públicamente no sabemos qué número de azotes. Ignorando nosotros la causa, supongámosla un robo insignificante ó menudo, pues los Chilenos, que robaban por mayor, no transigían con el pobre diablo que lo hacía por menor. Rivalidades del oficio. El condenado á sufrir pena tan infamante, no era un hombre del pueblo, sino uno de esos *déclassés* que en las peripecias del descenso pierden la dignidad, aunque guardan restos de levita para disimular ausencias de camisa y chaleco.

La ejecución tiene lugar en la plazuela de Santo Domingo, ante muchos espectadores que vienen á presenciar una cosa nueva en Lima—una azotaina pública. Obedeciendo la

orden de un oficial ó ayudante de verdugo que preside el acto, nuestro digno conciudadano se afloja los pantalones, se tiende en el suelo y, á compás de un tambor, recibe en silencio la dosis que para el mal de uñas le administran los doctores en moralidad. Luego, se levanta, se ajusta los pantalones y después de dirigir una mirada circular, murmura con toda la sangre fría de un verdadero estoico *¡Pensé que doliera más!*

Habíamos tenido el publicista que al recibir en plena calle una bofetada del Presidente Castilla, hace una reverencia, se quita el sombrero y dice compungidamente: "Merecida la tengo, Señor Excelentísimo, por mi osadía en atacar á Vuecencia." También habíamos tenido el egregio funcionario que al sufrir, ante numerosa concurrencia, un puntapié del mismo Castilla, se dobla humildemente y prorrumpe con toda la diplomacia de un Talleyrand: "Siento mucho haber suscitado la justa cólera de Su Excelencia." Nos faltaba el héroe de la plazuela de Santo Domingo. Ese filósofo *es el hombre representativo* de Emerson, el símbolo de Lima, del Perú entero, á quien todo le duele menos de lo que había pensado.

En verdad, nada nos duele mucho, ni las penas infamantes. Hasta se diría que las posaderas nacionales sienten la nostalgia del azo-

te chileno; mas, como no todos los días acaecen invasiones araucanas, nos flagelamos unos á otros en la guerra civiles ó nos dejamos flagelar por los gobiernos en esa tiranía latente que se llama orden establecido. Nos hemos convertido en algo así como animales de espinazo horizontal.

Nos hallamos, pues, en la actitud más cómoda para la flagelación; y hagamos algo más que nuestro compatriota de marras: regocijémonos. Los azotes son higiénicos y saludables, cuando reina una temperatura muy fría, cuando la dosis no pasa de lo regular, cuando no carga mucho la mano del verdugo. A más, una solfa, sabiamente administrada, predispone al amor, sirve de afrodisiaco. También sirve de aperitivo, dado que desde las azotainas chilenas se nota en el país una furiosa rabia de comer.

II

Refieren que en la época del Virreinato un personaje de Madrid, departiendo sobre cosas de América con un recién llegado de Ultramar, tuvo la ocurrencia de preguntarle ¿Qué harán ahora en Lima?—Repicar y quemar co-

hetes, respondió el *ultramarino*, dando señales de conocer á los limeños de entonces. Si hoy, en alguna parte del Globo nos dirigieran la misma interrogación, nosotros no vacilaríamos en contestar: lo que en Lima hacen ahora es comer.

Los almuerzos suceden á los almuerzos, los lunches á los lunches, las comidas á las comidas, las cenas á las cenas. Se engulle sólidos y se bebe líquidos á punto que bajo el lema de Vida Social ó Notas Sociales, los *diàrios serios* han abierto una sección especialmente consagrada á contarnos donde funcionan con mayor actividad las cucharas, los tenedores y las copas. Hay la bolsa culinaria, como hay la bolsa mercantil. Las redacciones parece que tuvieran personas encargadas de huronear en las canastas del recado para ver cuales llevan una gallina, y husmear al rededor de los fogones para descubrir cuales trascienden á extraordinario. El menu de las comidas merece lugar tan importante como la relación de una corrida ó de una fiesta religiosa; así que todo buen periodista debe tener en su mesa de redacción un Arte de Cocina junto al Año Cristiano y á un libro de Tauromaquia.

Los diarios no necesitan afanarse mucho para inquirir noticias gastronómicas y llevar tanto la *baja* de los vecinos que ponen man-

tel largo como el *alza* de los que se limitan al puchero cotidiano: los anfitriones mismos se cuidan de llevar el dato al periódico, muy ufanos de reunir seis comensales y muy convencidos de ejercer una de las más altas funciones sociales al comerse un pavo y destapar una botella de champagne. Merced á la divulgación de los ágapes caseros, ya estamos en condiciones de no ignorar cuando echa sus primeros dientes el hijo de un subprefecto y cuando cumple los setenticinco la suegra de un ministro.

Los banquetes á los verdaderos y á los falsos personajes se repiten con una frecuencia que raya en lo maravilloso, en lo inverosímil. Al pobre Candamo, con ofrecerle tanta comilona, le apresuramos su viaje para el otro mundo, á Menéndez Pidal le hicimos conocer indigestiones más serias que las producidas por el garbanzo y el gazpacho, á Saenz Peña le dimos razón para sostener que una batería de cocina puede hacer tanto mal como una de Schneider-Canet, á Root no le derribamos de una buena enteritis por haber tenido la feliz idea de salvarse á tiempo. Vivimos en perpetuas bodas de Camacho. En las cinco partes del mundo no hay hombres más atareados que los marmitones de nuestros clubs y de nuestros hoteles. Las quijadas de muchas gentes han

resuelto el problema del movimiento continuo, los vientres de muchas personas han denunciado profundidades mayores que las del Océano Pacífico. Algunos dan señales de convertirse en sacos digestivos con el accesorio de tentáculos para coger la presa; otros andan en camino de volverse monstruos acéfalos y llevar en ambos hemisferios un simple conato de circunvoluciones cerebrales. Banquete al pasado y al futuro jefe de la Nación, banquete al senador y al diputado electos, banquete al nuevo juez de Primera Instancia, banquete al vocal últimamente jubilado, banquete al militar ascendido ayer, banquete al financista que llega, banquete al Encargado de Negocios que prepara su viaje, banquete al ganante de un premio en la lotería, banquete al héroe de heroísmos venideros, banquete al joven sesentón que piensa abandonar la vida de soltero. Todo el mundo disfruta de su banquete, menos las pobres mujeres que, sin embargo, tendrían derecho á la reciprocidad, ya que prodigan tantos beneficios y tantas gollerías á nuncios, delegados, arzobispos, obispos, canónigos, etcétera. Bien merecerían su convite las piadosas damas que suministran leche pura á los hijos legítimos de uniones católicas, mientras no darían ni agua con visos ó amagos de leche á los hambrientos mamo-

nes concebidos en la inmundicia del pecado.

Ese banquetear de Lima [digamos de una fracción limeña] contrasta con la miseria general del país, da la falsa nota de regocijo en el doloroso concierto del Perú, es un escarnio sangriento á los millares de infelices que tienen por único alimento un puñado de cancha y unas hojas de coca. Vemos la prosperidad de una oligarquía, el bienestar de un compadraje; no miramos la prosperidad ni el bienestar de un pueblo. Lima es no sólo el gran receptáculo donde vienen á centralizarse las aguas sucias y las aguas limpias de los departamentos: es la inmensa ventosa que chupa la sangre de toda la Nación. Esas quintas, esos chalets, esos palacetes, esos coches, esos trajes de seda y esos aderezos de brillantes, provienen de los *tajos* en la carne del pueblo, representan las sangrías administradas en forma de contribuciones fiscales y gabelas de todo género. Merced á las sociedades anónimas, todo ha sido monopolizado y es disfrutado por un diminuto círculo de traficantes egoístas y absorbentes. Fuera de ellos, nada para nadie, lo mismo en los negocios que en la política, salvo haciendo los postulantes el sacrificio de convicciones y dignidad. Consigna —la abyección y la obediencia.

III

Sin llegar al extremo del filósofo que *se avergonzaba de tener un cuerpo*, deberíamos desear el advenimiento de una éra en que el hombre dejara de ser el guloso comedor de carne, el animal feroz y sanguinario que parece resumir al felino y al ave de rapiña. Si el vegetarismo pule y amansa nuestra condición áspera y bravía ¿qué maravillosos cambios no produciría en la Humanidad la alimentación soñada ó anunciada por Berthelot? Acaso, el mundo vería nacer la raza de los verdaderos superhombres. "Dime tú lo que comes, yo te diré quien eres," afirmaba el autor de la Fisiología del Gusto. Los hombres somos lo que somos porque, en medio de nuestra civilización, guardamos mucha semejanza con las hambrientas muchedumbres que seguían á los ejércitos de mercenarios cartagineses, con esos infelices á quienes Flaubert llamaba comedores de inmundicias. ¡Cuán repugnantes no aparecerán entonces los individuos que, á más de ingurgitar cosas no muy limpias, viven reducidos á la condición de Ventrales, con sólo manos para coger el trinche, mandíbulas

para triturar el bocado y estómagos para almacenar el bloque digestivo!

En la añeja política nacional, nunca entraron como elementos indispensables la Ciencia y la honradez sino el trampolín y la maroma; hoy acontece más ó menos lo mismo, con el aditamento de hacerse necesario un buen estómago. Comer se ha vuelto sinónimo de gobernar: á los Presidentes se les exige, más que buena sustancia gris en el cerebro, jugos poderosos en el aparato digestivo. Los mandatarios reclaman á su vez la recíproca: riéndose de principios y doctrinas, confesando que el vientre sobrepuja á la cabeza, no admiten más programas que transformar al pueblo en una manada de ilotas con las rodillas en el suelo y la boca en el pasto. (Se sobrentiende en la *ración* extrictamente necesaria)

No parece difícil conseguirlo. Abundan hombres que teniendo una copa de vino y un churrasco, viven dichosos sin importarles nada que un bárbaro de charreteras nos desplume y nos abalee ni que otro bárbaro de tiros cortos nos desnude y nos ahogue en una pila de agua bendita. Permanecen tranquilos, celebrando el civismo de los Gobernantes, encareciendo los adelantos del país y celebrando las excelencias de la paz. Bien atiborrados ellos, todo anda perfectamente; mal

comidos, toda va de mal en peor. Son microbios que reciben la coloración del reactivo, y el reactivo es el caldo con mucha ó poca sustancia. Puros Ventrales.

Hoy no se concibe la existencia de partidos ni la formación de oposiciones desinteresadas. Los grupos no se constituyen por asociación de individuos bien intencionados, sino por conglutinación de vientres famélicos: no se alian cerebros con cerebros, se juntan panzas con panzas. Cuando nos digan: "Ayer se congregaron más de trescientos notables para organizar un nuevo partido," oigamos que ayer se conchabaron más de trescientos vientres para ver el modo de locupletarse. Gobierno y oposición, meras fases del asunto culinario. Demos á los más feroces oposicionistas una cuchara que meter en la olla del presupuesto, y ya veremos si encuentran sabroso el guiso que segundos antes juzgaban desabrido y malo. Puros Ventrales.

¿Dónde están, pues, los hombres? ¿En qué paraje los caracteres nobles y levantados? ¿En qué lugar las inteligencias de vuelo generoso y libre? Parece que un malévolo Doctor Ox se gozara en saturar la atmósfera de Lima con un gas deprimente y enervante; peor aún: se diría que una guadaña hubiera segado todas las cabezas prominentes, sin dejar una

sola que se elevara un palmo del suelo. Asistimos á una zarabanda de pigmeos, á un desfile de mirmidones, á una pululación de Ventrales microscópicos.

1907

NUESTROS INMIGRANTES

I

Gracias á la protección de gobiernos y á la indolencia ó complicidad de gobernados, sigue creciendo la invasión negra. Casi ningún vapor arriba del Sur ó del Norte sin aportar al Callao una remesa de clérigos, frailes y monjas. Con las persecuciones religiosas en el país más lejano del nuestro, recrudece la invasión: cuando los demás sacuden el plumero, á nosotros nos llueven las moscas. *Padres y hermanas* acuden al Perú, como zánganos á su colmena, salvo que afluyan como vendimiadores á su viña.

Los inmigrantes que vienen á ejercer una profesión ó un oficio, luchan con grandes obstáculos y muchas veces no logran arraigar; los que sólo importan la tonsura y un poco de latín, no dejan de hallar nido espacio-

so donde cobijarse ni terreno fértil donde cosechar. Efectivamente: el pedagogo extranjero cuenta por adversarios á los pedagogos nacionales; el médico, á los médicos; el comerciante, á los comerciantes; el artesano, á los artesanos; mas el clérigo y el fraile, caigan de donde cayeren, no despiertan rivalidades ni provocan resistencias: en la corona llevan pasaporte y recomendación, ejecutoria de honradez y diploma de omnisciencia.

¿Qué parece Lima? un Mar Muerto en que iglesias y monasterios asoman como islotes sin agua ni vegetación. Donde se proyecta una calle, surge ya un plantel de Jesuítas; donde se traza una avenida, blanquea ya un edificio de Salesianos. Conventos nacionales que por falta de personal debieron clausurarse legalmente, se repletan de frailes extranjeros, resurgen de sus ruinas y, como si obedecieran á una voz de mando, se transforman en colegios. Así, la población que talvez encierra más de cien edificios destinados al culto y á la enseñanza religiosa, no posee una sola escuela municipal, digna de un pueblo civilizado. El Concejo Departamental edifica hoy el Liceo de Guadalupe; mas va desplegando tanta magnificencia en la erección de la capilla que sin duda considera el Liceo como un accesorio y la capilla como lo esencial.

Apartir de 1895, vivimos bajo la férula de gobiernos abiertamente clericales. Desde el Presidente de la República hasta el Director de la Beneficencia y desde el miembro del Cuerpo Legislativo hasta el vocal de la Suprema, todos los funcionarios públicos hacen el papel de monaguillos. No satisfechos con besar la esposa de un obispo y seguir las procesiones en las *fiestas de tabla*, los hombres públicos se esmeran en ceder propiedades y otorgar auxilios pecuniarios á las congregaciones docentes. Basta que una asociación dependa de monjas ó sacerdotes para merecer subvenciones de las Cámaras, de los ministerios y de las municipalidades. La protección, el favoritismo para todo lo referente á la religión y las comunidades, raya en lo inverosímil. Cuando faltan decenas de soles para ayudar en algo á las compañías de bomberos, sobran centenas de libras esterlinas para obsequiar regiamente á una congregación. A *religiosas* se concede hospitales, manicomio, Instituto Sevilla, Taller de Santa Rosa, Cárcel de Santo Tomás, y se las deja fundar con el nombre de *Buen Pastor* una especie de Bastilla matrimonial donde algunos desalmados consiguen *inhumar* vivas á sus mujeres, después de haberlas ofendido y explotado. Si con el fomento de las congregaciones docentes se va poniendo la

instrucción pública en manos de sacerdotes y monjas, con el establecimiento de las Prefecturas Apostólicas se abandona el Oriente del Perú á la exclusiva dominación de frailes españoles.

Y ¿qué hacer? Masones y liberales contribuyen á fundar obispados, decretan subvenciones á las comunidades religiosas, desempeñan sindicaturas de monasterios, apadrinan inauguraciones de altares y, lo peor de todo, educan á sus hijos en los Sagrados Corazones, San José de Cluny, la Recoleta, Santo Domingo, San Agustín ó los Jesuítas. Basándose en un liberalismo hipócrita, alegando una tolerancia casuística, muchos incrédulos y racionalistas proclaman que en el seno de la familia debe seguirse esta máxima: *Al tratarse de religión, dejar hacer.* De ahí que las mujeres *hagan*, ordenando que sus hijos se instruyan en escuelas de padres ó de madres y prohibiendo que á sus casas ingresen periódicos de tinte medio liberal. Hay algo más: con anuencia de los maridos, y á veces contra la voluntad del esposo mismo, las matronas se hallan militarmente organizadas en hermandades, congregaciones ó cofradías, bajo la dirección (visible ó invisible) de algún eclesiástico. Amazonas del fanatismo, si no cogen una lanza ni montan un caballo, las mujeres

rebuscan dinero, ejercen influencias, calumnian al hereje y viven listas para cargar los tizones de la hoguera.

Asistimos, pues, á una recrudescencia de fanatismo, agravada por la incuria, debilidad ó cobardía de padres y maridos. Más que á hijas y esposas, debemos inculpar y escarnecer á todos esos padres sin energías en el alma y á todos esos maridos sin virilidades en el cerebro: ellas pecan por ignorancia y de buena fe, ellos por maldad y bellaquería. Nada tan cómodo para el mal hombre como una mujer hipnotizada por el sacerdote, adormecida en el misticismo y rebajada á la condición de ente rezador, sin rebeldías, sin voliciones propias y hasta sin femenilidad. Hay quienes empujan á sus esposas hacia el abismo religioso, como si arrojaran una flor al torrente ó echaran un mueble á la hoguera. Y, cosa bien triste, sobran desgraciadas que se resignan al destino del mueble ó de la flor. En algunos matrimonios rige un convenio tácito: la mujer, á iglesias y sociedades piadosas; el hombre, al garito, al lupanar ó al retrete de su concubina.

Y, mientras el pueblo arroja la fe y tiende á emanciparse del sacerdote, las clases dominadoras regresan á la superstición y reclaman el yugo sacerdotal. A Lima debe mirársela co-

mo el gran foco de las prostituciones políticas y de las mojigangas religiosas, como el inmenso pantano que inficiona el ambiente de la República. Si las clases dominadoras decayeron desde la guerra con Chile, el decaimiento no presenta señales de cesar. Casi toda la fuerza superior del organismo se desperdicia en maquinaciones de política sin vuelo, casi toda la sangre de las venas se malgasta en guerras de pretorianos y escaramuzas de bandidos. Mientras los indios de punas y serranías siguen dormitando en su barbarie colonial, los habitantes de la costa se pulen á medias, asimilándose lo malo de la civilización. Muchos de esos grandes hombres que pontifican en universidades y congresos ó señorean en tribunales y ministerios, no llevan plumas en la cabeza porque las guardan en el cerebro. Desgraciadamente, no se vislumbra hoy ni la posibilidad de que á una generación nacida y crecida en el oprobio de la derrota sucedan generaciones levantadas, viriles, capaces de iniciar una reacción: lo que viene da muestras de valer tanto como lo que se va. Y ¿qué hombres obtendremos de niños educados por frailes y clérigos? ¿Qué beneficios lograremos en la cultura intensiva de una religión envejecida y moribunda?

La invasión negra amenaza engrosar de

modo formidable. Ya somos el refugio de los frailes lanzados del Ecuador y Filipinas; y si la expulsión de las congregaciones se realiza en Francia, las naciones sudamericanas servirán de inevitable reservorio á los expulsados. El contingente francés vale la pena de inspirar serios temores. La cuna de Voltaire y Víctor Hugo, *el cerebro y corazón del mundo*, es también la *hija mayor de la Iglesia* y la calamidad religiosa del globo terráqueo. Puede asegurarse que sin el brazo, la inteligencia y el metálico del pueblo francés, el Catolicismo habría muerto de consunción. Francia abastece á las cinco partes del mundo, no sólo de todas esas congregaciones—-masculinas y femeninas—que drenan el oro al mismo tiempo que inoculan la superstición, sino de semanas Religiosas, Cruces, historias de Bernadette, agua de Lourdes, medallas, detentes, cromos, rosarios, Cristos de yeso, Vírgenes de terracotta y demás *bondioserías* grotescas. Pero, como á la vez sostiene y vulgariza las ideas humanitarias y redentoras, merecía igualarse con el mortícola que en el brazo derecho nos inoculara el virus de la hidrofobia, mientras en el izquierdo nos inyectara el suero antirrábico.

Gambetta, el grande hombre de lentejuelas y papier maché, decía: *El anticlericalismo no*

debe convertirse en artículo de exportación. Lo que buenamente significa: para nosotros los franceses el librepensamiento, y para vosotros los bárbaros el Catolicismo; para nosotros el educador laico, y para los vecinos el padre jesuíta ó el hermano cristiano; para nosotros la Ciencia, y para los demás el catecismo. Fundándose en doctrina tan original, los republicanos y ateos de París envían á las colonias francesas tantos monaguillos como funcionarios; se enorgullecen de que en el Santo Sepulcro algunos frailes cosmopolitas gorjeen un *¡Que Dieu sauve la République française!* se lamentan porque, *desde hace unos diez años, en el Cairo celebran la misa consular de Austria, con el fin de oponerse á la misa consular de Francia;* y deben de extrañar que la colonia francesa de Lima no festeje ya el 14 de Julio con un solemne Tedéum en la iglesia de Guadalupe. Ateos y republicanos de semejante calibre suscitarían reclamaciones diplomáticas, si algún estado sudamericano expulsara las congregaciones francesas ó tratara de expropiar sus bienes.

¿Cumple á la Francia de hoy proclamar que *el anticlericalismo no debe convertirse en artículo de exportación?* Civilizarse es adquirir un alma francesa; pero no el alma de un Gambetta ni de un Casimir Périer, de un Drumont

ni de un Déroulède, sino de un Anatole France ó de un Guyau, de un Berthelot ó de un Claude Bernard.

II

Según Rochefort, *en los clérigos hay tres cosas negras—la sotana, las uñas y la conciencia.* No garantizamos que, por fuera y por dentro, posean blancura de cisne los frailes hacinados hoy en los conventos de la República.

Los españoles, difícilmente encerrarían mucho saber y mucha educación, siendo los detritus sociales recogidos en Filipinas, Cataluña y las Provincias Vascongadas. Pensando en cómo se abastece un convento, se mide cuanto vale una comunidad. Cuando escasea la *sustancia prima* para elaborar *descalzos*, sale de Lima una *comisión* de padres con el fin de tirar la red en Manila, Barcelona, Bilbao, etcétera. Verdaderos pescadores de aguas turbias, los *comisionados* cogen en las redadas á cuantos desperdicios humanos vagamundean y roncan en los muelles ó merodean y *rastrojean* en los campos. La pesca ofrece abundancia milagrosa en la época de las quintas: ansio-

sos corren á morder el anzuelo divino cuantos mozos desean evadir el servicio militar. Acopiada la *materia prima*, comienza la *elaboración*. Los padres toman á los mozos, les atusan, les embalan en el hábito, les consignan á la América del Sur y les enjaulan en un transatlántico. En Lima y Ocopa les someten al noviciado. Con enseñarles un *ego te absolvo* y un *dominus vobiscum*, les tienen *elaborados* ó listos para decir misa, predicar, dirigir conciencias, gobernar en las familias y servir de mentores á los presidentes de la República.

Dado el valor de la materia prima, no debe sorprendernos la calidad del artefacto. Los sacerdotes ingleses, alemanes y franceses, por muy burdos é ignorantes que sean, guardan un resto de elevación, no dejan de mostrarse hombres; los padres españoles, por muy cultos y civilizados que deseen manifestarse, descubren un sedimento sospechoso, no dejan de parecer frailes. Un santo padre afirmó que en los seres más humildes había un átomo de inteligencia, como para significar: *Por aquí pasó Dios*; en todo fraile español subsiste un rezago de ferocidad y grosería, como para revelar: por aquí pasaron Torquemada y Sancho.

Veamos á los sacerdotes operando en nuestra sociedad. El francés se muestra insinuan-

te, meloso y cortesano, de modo que rara vez nos causa una impresión desagradable, aunque viene adornado de maravilloso poder extractivo. Beneficia oro en minas donde todos hallaron piedras, recoge trigo en campos donde los demás cosecharon abrojos. Barbero celestial, descañona bolsillos sin dejarles pelo de moneda, vampiro de un orden seráfico, chupa sangre sin turbar el sueño del paciente. Despabila el dinero, dulcemente, calladamente, insensiblemente, compitiendo con las *niñas buscona*s de Quevedo en el arte de *sacar bolsas sin dolor.* Nadie explota como él la vanagloria y vanidad, ingénitas en el alma de los beatos: con su Lourdes y su Sacré-Cœur hace dadivoso al Gran Tacaño, pródigo al Caballero de la Tenaza. Considerando al pobre como una fruta que no arroja bastante jugo por más que se la exprima, gusta de operar en las gentes elevadas y ricas, sin predicar una virtud severa ni reñida con lo mundano. Hasta juzga con benevolencia los tropiezos y caídas de pecadoras con traje de seda. Según la moral jesuítica, pecar en una otomana de brocatel ofende menos á Dios que violar el sexto en una estera ó colchón de paja. En resumen: el clérigo francés impone un yugo suave, observa una moralidad relativa y apunta más á la bolsa que á las almas.

El italiano diverge del francés en elegir por terreno de evoluciones las clases trabajadoras. No funda liceos ni sueña con establecer universidades libres; pero tiende á monopolizar la dirección de los planteles en que se instruye al pueblo, señaladamente las escuelas de artes y oficios. De una laudable tolerancia (quizá mayor que la del francés) no se asusta con pecadillo más ó pecadillo menos, ni se fija mucho en la renta del pecador. Como vive en relación íntima con los niños, ahorra el viaje á Citeres. Sin embargo, hay honrosas excepciones. Cometeríamos una falta imperdonable, si no admiráramos aquí el vigor y la galantería de algunos clérigos italianos que visan alto, sostienen el buen nombre de la corporación y saben imponer aquellas suavísimas cargas que sólo resultan pesadas á los nueve meses. Lima conserva gratísimos recuerdos (quizá memorias vivientes) de monseñores que entonaban dúos al piano, manejaban con blandura de sílfide la mota de *veloutine* y primaban en el arte de ajustar y aflojar los lazos de un corsé.

Los sacerdotes alemanes, ingleses, belgas, etcétera, no abundan mucho ni se caracterizan por ninguna peculiaridad. Algunos—y de modo especial los anglosajones—vienen, colectan limosnas para la construcción de

una iglesia en Boston ó en Tombuctú y luego toman el vapor, sin que se hable más de la iglesia, de los fondos ni de los colectores: son rayos globulares que penetran en una habitación, voltejean, funden ó gasifican la pieza de metal que hallan á su paso y en seguida se van por donde vinieron.

El fraile español domina ruda y brutalmente, denunciando á cada momento lo bajo de su extracción y lo nulo de su cultura. Habla como si excitara bueyes ó instruyera reclutas, acciona como si nadara ó partiera un leño; no come: engulle y se atiborra; no se sienta: se repantiga ó se tiende; al predicar, fulmina excomuniones y arroja tizonazos, al mendigar, arrebata, arrancha el dinero y las especies, llevando la sordidez de su codicia hasta el punto de maldecir al moribundo que no lega sus bienes á un *testa* de la comunidad. Testifica la supervivencia de la España medioeval, y constituye el amalgama de gitano, inquisidor y torero. Al divisarle, aguardamos que transforme el cerquillo en coleta, el hábito en bandola, el crucifijo en espada: delante de un altar, debe de parecer un *matador* al frente de un berrendo. Lo repetimos: el clérigo extranjero, por irregular que se manifieste, gira en la órbita humana; pero el fraile clásico, el fraile de olla y misión, el fraile impor-

tado de Filipinas, Cataluña y las Provincias Vascongadas, es algo que no pertenece á nuestro período geológico, algo que no entra en ninguna clasificación zoológica, algo viscoso y pungente que infunde repugnancia y mueve á náuseas: basta decir que ese fraile viene talvez del mundo morboso y anómalo donde florecen el placer solitario y el amor unisexual.

A los frailes descalzos no se les puede estudiar en Lima, donde salvan las apariencias y se cubren de un barniz humano: se les conoce á fondo en las montañas y poblaciones de la sierra, donde evolucionan con desenvoltura y dan libre campo á sus instintos. Enfardelados en una jerga terrosa y mugrienta, cubiertos por enormes sombreros de paja, con grandes crucifijos (no en el pecho sino en la boca del estómago) blandiendo descomunales garrotes ó terciándose al hombro un Winchester ó un Mauser, marchan con aire amenazante y conquistador. [1] Hablan, y sólo pronuncian interjecciones groseras ó incitaciones

---

[1] Según acaba de afirmar en los diarios una persona digna de crédito: *El sargento mayor Angel Sornosa y "80 soldados pertenecientes á los gendarmes de Lima fueron portadores de dos grandes cajones de rifles Manlicher y tres cargas de municiones que el presidente de*

al odio y exterminio de liberales; ejecutan, y sus acciones implican ultrajes á las personas ó ataques á los bienes. Arrebatan cosechas, se apropian animales domésticos, maltratan hombres, secuestran niños, seducen mujeres. Sobran indicios para inferir que los frailes mismos de Ocopa incendiaron su iglesia, con el doble propósito de granjearse pingües subvenciones y satisfacer una venganza, achacando el delito á los librepensadores de Huancayo. Mas, aunque los religiosos no hubieran

la república mandó á los frailes de Ocopa, á fin de que persiguieran á muerte á los librepensadores de Huancayo.

Pero no se necesita recurrir á citaciones ajenas para saber si los misioneros descalzos estiman el valor de un buen rifle.

En los Apuntes de Viaje del R. P. Fr. Gabriel Sala (Lima—Imprenta de la Industria—Amazonas, Núm. 7 —1897) leemos:

"En un remanso que formaba la confluencia de los dos ríos, había muchos lobos marinos, lo que dió motivo á que gastásemos unas 20 cápsulas de Winchester, siquiera por vía de recreación. [pág. 144]

Hemos tirado todos al blanco, y de doce tiros solamente dos no han tocado al palo, los demás todos han hecho su agujero, quién más arriba, quién más abajo. Se ve, pues, que el pulso no está tan mal; y si llegase el caso de tener que apuntar contra algún salvaje, procuraríamos dirigir la vista al centro, para dar siquiera á los pies ó á la cabeza [pág. 81.]

causado voluntariamente el incendio, difícilmente quedarían justificados y limpios de toda mancha. Al menos enemigo de la religión se le ocurre decir ¡qué tropelías y abominaciones no habrán cometido los *padres*, cuándo en pueblos sufridos y timoratos surgen hombres capaces de llegar al extremo de quemar una iglesia!

Mas los sociólogos nacionales olvidan que el florecimiento de las comunidades religio-

---

De modo que el Padre misionero no debe meterse entre ellos (se refiere á los *cachivos*) sino bien escoltado de soldados ó gente con armas. Estos pueden y deben obligar á dichos antropófagos, en nombre de la humanidad, á que dejen sus feroces costumbres y vivan como gente racional; de lo contrario, exterminarlos. Mediante el terror y el castigo moderado, se verán obligados á recurrir á la piedad del Padre misionero. (pág. 153.)

Ellos (*los chunchos*) mienten como los cholos, sin mudarse de colores; roban y destruyen sus casas entre sí, como si fuesen unos verdaderos anarquistas: tienen relación con los diablos, peor que los luciferianos, se prostituyen y empuercan, como si fuesen animales......... Esto es, un chuncho quiere decir lo mismo que un hombre falso, traidor, ingrato, perezoso, tragador, vengativo é inconstante. ¿Y qué haremos con unos seres semejantes? Lo que se hace en todo el mundo: supuesto que no quieren vivir como hombres, sino como animales, tratarlos lo mismo que á éstos, y echarles bala cuando se oponen injustamente á la vida y al bien de los demás. (págs. 158 y 159.)

sas coincide con el retroceso de las naciones, que el Romanismo es una religión de vencidos y de esclavos, que si el Cristianismo civilizó ayer á los bárbaros, el Catolicismo barbariza hoy á los civilizados. Anatematizan la inmigración asiática y enmudecen ante la invasión clerical, sin comprender que el chino trabajador, honrado y pacífico, ejerce una función social más elevada que el fraile holgazán, mendicante y sedicioso. Los chinos, en-

———

Después de caminar cerca de una hora, llegamos á casa del Curaca José, en Inguiribeni........Le regalé pólvora, municiones, fulminantes y otras curiosidades, y le dije que si nos acompañaba hasta Chanchamayo ó San Luis de Shuaro, les regalaría cuchillos, pañuelos y otras cosas. El se ofreció de muy buen agrado y nos sirve de cicerone en todos los casos y caminos, explicándonos y enseñándonos los cerros y quebradas, y hasta los huesos y calaveras de los que ellos han muerto en los combates. (págs. 128 y 129.)

Todo lo que traíamos no los pedía, incluso el Breviario y nuestro santo hábito de religioso; y viendo que yo tenía otro padre compañero, me dijo que se lo dejase allí, para formar una capilla como en San Luis de Shuaro. Yo les dije que si se portaban bien y venía mucha gente, podría ser que más tarde hiciésemos allí un pueblo. Parece que le gustó mi incierto ofrecimiento, y prosigue muy contento en nuestra compañía............Si este hombre supiera leer y escribir podría ser tan fatal como Santos Atahualpa; es preciso pues mejorarlo, utilizarlo ó exterminarlo, dado el caso de que así convi-

fermos y ancianos, que *pordiosean* hoy en las calles de Lima, gastaron ayer su juventud y su fuerza en arar el campo, tender el riego y cultivar la sementera. Ellos nos mueven á lástima, porque representan la víctima del hacendado, el hombre convertido en animal de labranza, la carne de trapiche. Los frailes, sanos y rollizos, que actualmente ocupan el primer lugar en la mesa de las familias, supieron conducirse con tanta prudencia que desde los primeros años de su vida cosecharon sin sembrar, descansaron sin fatigarse y pecaron sin pagar. Ellos no merecen amor ni respeto porque simbolizan la explotación en nombre de la misericordia, la mentira bajo capa de verdad, la ignorancia con presunciones de omnisciencia.

Al presenciar la ingerencia de una gran señora en la política alemana, Bismarck prorrumpió con toda la insolencia de un palurdo atiborrado por una ingestión de cerveza y

niese á la civilización y bien general de la sociedad." (págs. 129 y 130)

El padre Sala fué misionero descalzo, emprendió el viaje con auxilio pecunario del gobierno y publicó su libro á expensas del Estado.

sauerkraut *¡Fuera faldas!* Con menos grosería pero con más razón, los hombres de estado y los padres de familia deben repetir hoy, al divisar la formidable y arrolladora invasión que se precipita sobre nosotros ¡Fuera sotanas!

1903.

NUESTROS AFICIONADOS

I

Entre las herencias legadas por los Conquistadores, ninguna tan bárbara como las lidias de toros; y en las lidias, nada más cruel ni más repugnante que la suerte de la pica. No figuraba ya en nuestras funciones tauromáquicas; mas últimamente "ha reaparecido con gran satisfacción del pueblo y mucho regocijo de nuestros aficionados," como anuncia un rotativo de no pequeña circulación. ¿Para cuándo las banderillas de fuego, la lanzada, el rejón, el desjarrete y el toro de perros?

"Cuanto más conozco al hombre, más admiro al caballo," dice Mark Twain; y al hombre no le conocemos bien, no le estimamos en su justo valor moral, mientras no le vemos cómo trata á los animales ni cómo se goza en los espectáculos de sangre. Las corridas de

toros nos enseñan que si una reducidísima fracción de la Humanidad sigue avanzando por el camino de la civilización, la mayoría está muy lejos de haber eliminado su parte de mono.

Hay circunstancias en que al abreviar la vida de un animal, ejercemos un acto de misericordia; pero la agonía lenta y dolorosa deberíamos sustituirla con la muerte invisible y rápida, con la fulminación instantánea. Al caballo, al más útil acaso de los animales, al que nos lleva por desiertos sin agua ni sombra, al que valerosamente nos acompaña en el fragor de un combate, al que nos salva en el asalto de unos malhechores, al que durante muchos años nos alimenta con su resignada labor de todos los días, no le reservamos ese fin. Malogrado por un accidente ó viejo, enflaquecido, extenuado por el hambre y la fatiga, cuando tiene adquirido el derecho al descanso y á una espera tranquila de la muerte, le condenamos á un suplicio atroz, le echamos á sufrir los picazos de un bruto en figura humana, á recibir las cornadas de una fiera embravecida, á ser tasajo viviente, á pisotear sus intestinos, á morir entre las desvergüenzas y las rechiflas de una muchedumbre soez, doblemente embriagada por el alcohol y la sangre.

La pica nos hace lamentar la condición de las bestias, condenadas á sufrir el yugo de un sér tan implacable y egoísta como el hombre. También da sobrada razón á Mark Twain, que ferocidad é ingratitud no ponen al *rey de la Creación* muy por encima del caballo. Al animal envejecido ó invalidado en nuestro servicio le debemos una cesantía ó una indemnización: obrero como el hombre, como el hombre merece disfrutar los beneficios de una ley protectora. Como hay un derecho humano, existe un derecho zoológico. Lo decimos sin valernos de ironía, en este caso inoportuna y de mal gusto: la acémila y el perro, el buey y el asno, pueden alegar más títulos á una jubilación que muchísimos ciudadanos á quienes la Humanidad no debe el menor contingente de fuerzas útiles. Así lo comprendieron alguna vez los Atenienses. Al terminar el Hecatompedon dieron soltura y amplia libertad de comer á las mulas más dóciles y más trabajadoras. A una que voluntariamente se había presentado para cargar materiales del Acrópolis, la concedieron una verdadera jubilación ó cesantía, ordenando que hasta su muerte fuera mantenida por la ciudad. Pero los atenienses eran paganos.

En una sociedad inhumana y egoísta, nunca se repetirá demasiado que los animales son

nuestros conciudadanos en la gran república de la Naturaleza, nuestros compañeros en el viaje de la vida, nuestros iguales en el dolor y en la muerte. Les debemos gratitud porque, sin ellos, no habríamos existido: faltarían los peldaños de la escala inmensa que se apoya en los abismos del Océano y viene á rematar en la especie humana. Vivimos hoy porque vivieron ayer los batibios. Todos—los animales lo mismo que las plantas—somos hermanos en nuestra madre común, la célula del mar primitivo. Universal parentesco de la hormiga con el elefante, de la grama con el cedro, del hombre con el infusorio y el musgo. Bárbaro el que inútilmente deshoja una flor ó destruye una planta, bárbaro el que innecesariamente ó por mera diversión suprime un insecto.

Quien no ama ni compadece á los animales no ama talvez ni compadece mucho á los hombres. Huyamos de la casa donde no hay *bocas inútiles*, quiere decir, donde no trina un pájaro, no salta un gozque ni se despereza un gato. Hogar de sólo hombres, hogar en que algo falta aunque hormigueen los niños y perduren los abuelos: el animal completa la familia. Guardémonos del individuo que nunca tuvo un perro ó que teniéndole, se goza en atormentarle y descarga en él los ímpetus de

cólera. Perdonaríamos á Sancho sus bellacadas y su avidez cuando besa al rucio, si bien lo hace por conveniencia, más que por amor. Abrazaríamos á San Francisco de Asís cuando pone en libertad á las palomas y trata de hermanos al lobo, al pez y á la golondrina. El Buda nos infunde admiración casi divina por su inmensa caridad; y Jesucristo nos parecería más grande, si en alguna de sus peregrinaciones le divisáramos seguido de un perro.

Imaginémonos la extinción de los animales, figurémonos á la Humanidad solitaria y sin amigos inferiores, á la Tierra sin el gorjear de un pájaro ni el revolotear de una mariposa. ¿Valdría la pena vivir en tan mudo y monótono cementerio? La muerte vendría como una variación redentora. Si algo de nosotros sobrevive á la gran catástrofe, ese *algo* debe de regocijarse al ver que en nuestro sepulcro se mece una rosa ó canta un ruiseñor. Eso pensaría un célebre poeta alemán cuando legó sus bienes á un monasterio con una sola obligación—que en la piedra de su sepulcro abrieran cuatro pequeños huecos y todos los días les llenaran de grano. Durante algún tiempo, los monjes cumplieron con la voluntad del testador; mas un día se dijeron: "Nosotros necesitamos más que las aves," y suprimieron el grano. La tumba, que había

sido un concierto de notas regocijadas, se convirtió en un sitio de melancólico silencio; y el *algo* del poeta midió la distancia de los monjes alemanes á los ciudadanos atenienses.

II

No extrañamos que el toreo, con sus picadores, sus banderilleros y sus espadas, figure como un sport esencialmente ibérico; en Europa, á medida que marchamos hacia el Sur, notamos el aumento de la crueldad con los animales. Nos sorprende que nosotros, á pesar de recibir una instrucción europea, leer los libros de los pensadores eminentes y vivir en íntimo comercio con inmigrantes de las naciones más civilizadas, no hayamos podido eliminar la sangre torera y continuemos figurándonos un gran honor merecer el título de Aficionados. Porque las lidias, lejos de gustar á sólo *veinticuatrinos*, degenerados y analfabetos, regocijan á los más cultos, enajenan á la *élite* y hasta gozan las prerrogativas de una institución social. Los limeños pueden disentir en todo, menos en la afición. La Beneficencia (que negocia con el ramo de suertes) lucra también con la plaza de Acho;

las compañías de bomberos, confesando tácitamente que el dinero nunca hiede, dan corridas de toros para allegarse fondos; y hasta los presidentes de la República (llamados á ofrecer lecciones de humanidad y dulzura) van á solazarse con los picazos de Agujetas. Los diarios nos comunican por medio de telegramas venidos de Madrid que "en una gran corrida de toros en que tomó parte la cuadrilla de Lagartijo, el banderillero Perdigón sufrió un baretazo en el pecho, que le ocasionó el quinto toro." A más, publican largas relaciones de las corridas y reproducen las biografías de los toreros, adornándolas con el respectivo fotograbado, sin dejar de recurrir al tecnicismo del arte, á esa repugnante jerga, sólo comprendida y sólo gozada por los buenos Aficionados.

Aquí, una sociedad protectora de los animales cubriría de ridículo á sus iniciadores; y una Ley Gramont no hallaría probablemente un congreso capaz de dictarla. La juventud limeña no funda bibliotecas ni edifica teatros: organiza sociedades taurinas, construye plazas de toros. No concibe nada mejor que manejar la muleta, poner dos banderillas y dar una estocada en el cerviguillo de un barroso. El flamenquismo sevillano la corroe. Ya, y principalmente los domingos de la tempora-

da, divisamos á mocitos ó *ñifles* que remedan el gallardo meneo de los andaluces, afectan aire chulesco y se figuran traspasar el non plus ultra del ingenio al repetir los dicharachos de manolas y chulos. Tienden á cambiar el tongo por el sombrero cordobés; y como no se atreven á salir con las pantorrillas al aire ni con la indumentaria del oficio, usan una especie de chaquetín que deja en descubierto las regiones glúteas. Pasan garbosos (y hasta provocativos) luciendo aquellas protuberancias que las mujeres exageran con los postizos y los hombres disimulamos con los faldones del vestido. Tememos que de repente cambien el apretón de manos con el palmeo en las posaderas, inaugurando el imperio de la nalga.

Si algún Aficionado nos arguyera que las lidias de toros enseñan el desprecio á la vida y sirven de escuela para dar lecciones de valor, nosotros, por única respuesta, le recordaríamos la guerra del Pacífico. Los Chilenos, no muy partidarios de la Tauromaquia, nos vencieron desde San Francisco hasta Huamachuco. Difícilmente se hallará pueblo más Aficionado que el de Lima; y ¿conviene igualar á los limeños con los espartanos? El derramamiento de sangre no sirvió de estímulo para virilizar el ánimo: díganlo verdugos y mata-

rifes. ¿Qué tanto hablar de valor, encareciéndole á ciegas, no haciendo distinciones de cuándo merece alabanzas y cuándo es digno de vituperio? Hay lo que llamaríamos el valor rojo y el valor blanco: el rojo es el de toda fiera sanguinaria, tenga dos ó cuatro pies, llámese Napoleón ó tigre; el blanco es el de todo sér benéfico, tenga dos ó cuatro pies, nómbrese Sakiamuni ó perro de San Bernardo. Si el valor rojo del que mata un novillo excele al valor blanco del que asiste á un varioloso, no lo repetiremos. Alejandro, César, Bonaparte, Moltke, en una palabra, todos los grandes carniceros de la Historia, siguen representando la tradición bárbara, figuran como los puntos de una línea que surge de la selva prehistórica y viene á cruzar por Macedonia, Italia, Francia y Prusia.

Representan la misma tradición algunos de aquellos hombres que viven soñando con banderilleos y pases de bandola: encima de la epidermis, el lino; más allá de la epidermis, el cañamazo, la sangre torera. Por mucho que blasonen de intelectuales, no andan muy lejos del troglodita: un cerebro luminoso en un organismo insensible es una lámpara en el fondo de un sepulcro. De mucho carecemos para merecer el título de hombres, cuando nos falta la piedad, esa justicia del corazón. La

Humanidad perfeccionada, la que distará de nosotros como nosotros distamos del antropoide, será hija del amor y de la misericordia. Si queremos favorecer la evolución de la especie, debemos ensanchar nuestro corazón de modo que en su amplitud inmensa hallen cabida todos los seres del Universo.

No pensaba así el *aficionado* español que al narrar los episodios de una famosa lidia realizada en las arenas de Madrid, prorrumpía con una satisfacción verdaderamente seráfica "¡Hermosísima tarde! Como había llovido y murieron muchos caballos, la plaza parecía un lago de sangre, ofreciendo un lindísimo color rojo." No creemos que en el mundo ni fuera dél haya una justicia para remunerar á los buenos y castigar á los malos; pero al oir nosotros que los blindados de Cervera se hundían bajo los cañones de Sampson, y que la sangre de los marinos españoles teñía los mares de Cuba, nos figurábamos asistir á la expiación de toda una raza por su crueldad con los animales, recordábamos el lindísimo color rojo de la plaza madrileña.

Talvez nos equivoquemos al juzgar tan severamente á los Aficionados sin ver una esperanza nacional en nuestra juventud de sangre torera. Hoy se habla de reconstituir la marina, de organizar el ejército, de hacernos

fuertes para revindicar lo perdido en la guerra del 79. Pues bien: cuando suene la hora y cada sección de la República envíe su contingente de revindicadores, Lima formará sus batallones de monaguillos, suerteros y Aficionados.

1906

NUESTRAS GLORIFICACIONES

La de Bolognesi

I

Juzgando Taine á Corneille envejecido, afirmaba: "Ya no crea, fabrica." Fabricaciones, no creaciones, pueden llamarse las obras que generalmente nos mandan los artistas europeos. En Arte, como en modas, hay el artículo sudamericano. Querol sigue la regla: siendo capaz de un *chef-d'œuvre*, se ahorra la faena de ejecutarle y nos elâbora un artículo de exportación ultramarina.

No merece otro nombre ese triple maridaje de granito, mármol y bronce, esa aglomeración heteróclita de simbolismos arcaicos y ornamentaciones manoseadas. Con la fama embocando su trompeta y la gloria ofreciendo sus laureles, el escultor sigue las tradiciones de los poetas seudo clásicos que se figura-

ban eclipsar á Virgilio y Horacio porque ingerían en los versos el cinturón de Venus, las flechas de Cupido, la cítara de Apolo y el tridente de Neptuno. En la Literatura hubo un Paganismo de convención, como en las Bellas Artes superviven una ornamentación y un símbolismo de *commande*, tan usados en el cartón piedra de las exposiciones internacionales como en el bronce y el mármol de las obras públicas.

Al contemplar el monumento de Bolognesi viene la idea de compararle con la estatua de Colón y la columna del Dos de Mayo. El simbolismo de la primera no ofrece mucha dificultad en la interpretación: el blanco levantando moralmente al indio, Europa civilizando la América; el simbolismo de la segunda tampoco la encierra: las estatuas, dándose la mano, representan á Bolivia, Chile, el Ecuador y el Perú, unidos para rechazar la agresión de España ¿Qué nos dice el monumento de Bolognesi? Cierto, una obra de Arte no prueba como un silogismo ni moraliza como una sentencia; pero ha de hacer pensar ó sentir, ha de sugerir algo, no solamente á los iniciados en el simbolismo del taller, sino á las muchedumbres ignorantes de toda fórmula convencional. "El Arte, según el mismo Taine, posee la singularidad de ser superior y po-

pular á la vez, manifestando lo más elevado y manifestándolo á todos." De ahí que el simbolismo de los monumentos públicos deba ser fácil en la interpretación, sondable á las miradas de todos.

A más de recargada y oscura en el simbolismo, la obra carece de esbeltez y gracia, entendiendo que en vez de referirnos á la gracia melosa y pompadouresca, aludimos á la gracia tranquila y severa que podríamos llamar bisexual porque tanto se halla en la Melpómene del Louvre como en el Apolo del Vaticano. Gracia de lo diminuto y de lo enorme, contenida en una esfinge y en una Tanagra, en un toro alado de Khorsabad y en un fresco de Pompeya. "La gracia es todo, con ella todo pasa," decía un poeta que deseaba hacerse perdonar las travesuras de sus composiciones eróticas. Modificando la sentencia, podríamos afirmar que la gracia no es todo en el Arte, pero que sin ella no cabe perfección.

La columna achaparrada y tosca parece un gigante á medio surgir de la tierra. Con su capitel charro, denuncia la pesadez sin la fuerza, el recargo sin la suntuosidad, algo así como la obesidad anémica, en el lujo harapiento y guiñaposo. Sobre esa mole se erige la estatua icónica de Bolognesi, como figura

Napoleón en la columna Vendôme. Pero ¡qué diferencia entre la desnudez atlética de la una y el atavío lugareño de la otra! El exceso de la ornamentación no prueba fecundidad en el artista, como la verbosidad y el floreo no dicen elocuencia en el escritor. Al contrario, la sobriedad en la Plástica y el laconismo en Literatura revelan una concentración de fuerzas, sólo alcanzada por los privilegiados. Velázquez, al pintar su Cristo, no le rodea de accesorios, le destaca solitario en el madero; Rodin, al modelar su Victor Hugo, suprime hasta el vestido, no pide á la Naturaleza más tributo que un peñasco. ¿Quién no prefiere la desnudez de un obelisco á la vestimenta de casi todas las pirámides y columnas modernas? Si con la imaginación suprimiéramos los accesorios, veríamos que el monumento no perdía mucho, quedando reducido á la basamenta, la columna y la estatua.

Desaparecería algo muy risible—una mujer enseñando la pierna, únicamente la pierna. Querol arremanga, no desnuda. Al desnudo (á ese desnudo tan abominable para los hipócritas de ayer y de hoy) se llega por la sanidad en la inspiración del artista y la limpieza en las costumbres nacionales, no por degeneración y falta de civilidad, como se figurarían los pacatos y gazmoños: en Esparta nadie se

enfurecía ante una mujer sin vestido, en París nadie se escandaliza con una estatua desnuda. Sólo en la Roma de los Pontífices se cubría con hojas de parra los cadáveres destinados á los estudiantes de Medicina. Los jueces modernos condenarían á Frine; pero tratando de ir á seducirla en su prisión.

También desaparecerían las alas ¡Qué profusión de ellas! Parece que nos halláramos en un museo de Ornitología: hasta un caballo, muerto y en una posición escabrosa, más tiene de ave hidrópica y desplumada que de solípedo. Como invención y factura, no implicaría gran pérdida la eliminación de una mujer ocupada en señalar ó escribir una fecha. ¿Quién es? ¿La hija ó la viuda de Bolognesi? ¿La Historia, la Patria ó sólo una *vociferatrice*? No harían falta los bajo relieves donde asoman figuras tiesas, apergaminadas, sin blanduras ni flexibilidades humanas, con parecido de objetos vaciados en un solo molde. En ninguna se siente circular la sangre, que todas semejan recortes de cartón, pegados en un muro y medio desprendidos por la humedad. Como en cada bajo relieve leemos el nombre de Querol, les tomamos por hojas arrancadas á un diario de avisos. La Humanidad no sabe quienes esculpieron la Venus de Milo y el grupo de Laocoón; pero las generaciones futuras no

ignorarán quien hizo el monumento de Bolognesi.

II

¿Qué decir de la estatua, lo esencial del monumento? Bolognesi aparece cogiendo un revólver y asiéndose al asta de una bandera, como pudo figurar tocando un tambor ó soplando una corneta. Históricamente, es falso el asido á la bandera; simbólicamente, raya en lo vulgar y sólo cuadraría en las imágenes de Epinal ó en los compendios de instrucción cívica. El escudo patrio, con su llama, su árbol de la quina y su cuerno de la abundancia, habría simbolizado mejor al Perú; así que debemos estar agradecidos al artista por no haber puesto, en lugar de la bandera, un broquel donde figurara un espécimen de los tres reinos—animal, vegetal y mineral. La actitud de Bolognesi no expresa la resignación viril del militar que voluntariamente ofrenda su vida, sino la mansedumbre pasiva, la conformidad ovejuna. En vez del jefe herido y próximo á caer para no levantarse más, vemos al soldado que en día de francachela empuña el revólver del coronel, atrapa la bande-

ra del batallón y va tambaleándose hasta rodar en tierra para dormir la crápula. Le vemos cómico y trágico, pues antes de ir al suelo, puede arrojar un tiro á cierta mujer que le brinda la imprescindible corona de laurel. ¡Infeliz Bolognesi! El plomo chileno le quitó la vida, el bronce queroliano le pone en irrisión.

Son desvergonzadamente ridículas las estatuas de guerreros con aire de buscarruidos ó matamoros, tan ridículas como la figuración de caballos en actitud de lanzar manotadas á los transeuntes; pero no conviene mucho á pueblos humillados y vencidos la representación de la tristeza, del sufrimiento, de la agonía. En los cementerios, el dolor y la muerte; en las ciudades, el regocijo y la vida. Bien sabemos cómo se sufre, cómo se muere; y si aun lo ignoramos, ya lo conoceremos pronto: necesitamos aprender cómo se goza, cómo se vive, aunque únicamente sea por la enseñanza del mármol y el bronce de los monumentos públicos. Nos faltan obras impregnadas de humanidad, quiere decir, de verdadero paganismo. Desde las entrañas del bloque inanimado, el artista de inspiración pagana hace surgir á la superficie una ola de vida que infunde morbideces de carne á la rigidez de la piedra. Una estatua de mármol, una de aquellas obras nacidas al golpe del cincel griego,

nos parece la sinfonía de lo blanco, la inmaterialidad del color, algo como un ritmo sin consonantes: á los exámetros dáctilos de Homero corresponden los mármoles blanquísimos de Fidias. Y Fidias y Homero no glorificaron la muerte, como no lo hicieron los grandes poetas ni los grandes artistas de Grecia: esa glorificación neurótica viene con el Cristianismo. Por eso, deberíamos anhelar la reflorescencia del Arte pagano, ese himno á la vida, en oposición al Arte cristiano, esa apoteosis del sufrimiento y la muerte. Hartos de Madres dolorosas y Cristos agonizantes, no queremos estatuas de hombres afligidos y moribundos.

En dos líneas podríamos juzgar la obra de Querol, llamándola un monumento depresivo y lagrimoso, un artículo de exportación ultramarina.

Por fin, la colocación no favorece al *artículo*. Aquí se dispone de una plaza, se adquiere un monumento, y en seguida, salga lo que saliere, se erige en la plaza el monumento, sin considerar la luz, los edificios circundantes ni la perspectiva. Permanecemos artísticamente bárbaros. Sólo en bárbaros del Arte se concibe trasladar la estatua de Colón al sitio donde hoy se eleva, sólo en bárbaros del Arte se concibe aceptar como *valiosísimo regalo* el

monumento á San Martín y levantarle en el lugar donde se encuentra. Para rematar el escarnio del Protector, sólo queda grabar en el plinto el nombre de Pablo Jeremías.

Vivimos entre la obsesión de lo deforme. Todo feo y de mal gusto, desde las torres fálicas de Santo Domingo y la Merced hasta las fachadas de Palacio y demás edificios públicos, salvo quizá la Exposición. Estrambóticamente pintarrajados, no presentan la severidad de un noble anciano, sino la ridiculez de un viejo verde. El exterior de los edificios privados no vale más con sus *fiorituras* de opulencia mezquina y suntuosidad pordiosera. Por un lado, la arquitectura churrigueresca y jesuítica de Lourdes y Montmartre; por otro lado, el estilo chillón y pretensioso de los *rasta* fincados en las ciudades europeas. Una serie de casas de vecindad, una invariable sucesión de cubos aglomerados, un apiñamiento de fábricas donde resalta la avaricia del dueño para economizar un metro cuadrado, nada más vemos en las flamantes avenidas de nuestra pobre ciudad.

No existen, pues, hermosos monumentos que rompan armónicamente la monotonía del cielo nebuloso y gris. El árbol, que debería superabundar para cubrir con la gama del verde el tatuaje y la leprosidad de los mu-

ros, es mirado con desdén ó como un enemigo. Si no le extirpan de raíz, le podan bárbaramente con el fin de aprovechar la leña. Las municipalidades mismas, no le tratan como á pupilo, como á benéfico purificador de la atmósfera, sino como objeto de explotación ó de lujo inútil. De los grandes, como el ficus por ejemplo, hacen arquerías regulares que simulan acueductos ó postes que semejan granaderos austriacos; de los arbustos forman conos, cilindros, silletas, sofás, pilas, etcétera: chicos y grandes quedan geométricamente encanallados. La antigua alameda al Callao fué talada, los jardines de la Exposición van siendo roídos poco á poco, lo llamado á constituir un hermoso parque ha sido ya deshonrado por horrores como el Observatorio meteorológico y el Instituto de vacuna. Los limeños no claman por bulevares: viven dichosos con sus calles desnudas y angostas, sus cañones de escopeta, por no decir sus albañales al aire libre.

Para evadir la obsesión de lo feo, necesitamos emigrar de la población ó, cuando menos, buscar las siluetas de San Cristóbal y San Bartolomé ó tratar de sorprender la isla de San Lorenzo, allá lejos, entre las brumas del Occidente. Nuestra pequeñez debe contar por uno de sus factores la perenne contempla-

ción de lo deforme: quizá no guardamos altas ideas en el cerebro porque nada bello miramos ante los ojos.

1905.

NUESTROS LICENCIADOS VIDRIERA

I

¿Por qué se afana el Gobierno en sustituir con una nueva Ley de Imprenta la Ley de 1823? Según el Ministro que somete el proyecto á la deliberación de las Cámaras Legislativas, "el país reclama la reforma de la Ley de Imprenta, y S. E. el presidente, acatando las manifestaciones de la opinión pública, ha consignado en su programa administrativo la satisfacción de esa necesidad, calificando á aquella ley de *una aberración inconcebible que no puede subsistir por más tiempo y de cartel permanente de descrédito para la República*".

La opinión se manifiesta en diarios y conversaciones, en comicios y actas, así durante

las últimas elecciones, se leía diarios que denunciaban los embrollos de la Junta Electoral, se oía conversaciones en que peruanos y extranjeros admiraban el descaro de ciertas gentes al llamar populares unas votaciones en que abundó todo, menos los sufragios, y se tenía conocimiento de comicios y actas donde los ciudadanos protestaban de los abusos cometidos por las autoridades. Las manifestaciones de la opinión fueron tan claras entonces que si don Manuel Candamo hubiera sabido acatarlas, no se habría satisfecho con deber la Presidencia á la protección oficial y á las discordias de sus adversarios. Hoy ¿dónde los actos para reclamar esa reforma de que nos habla el Ministro? El amor del Gobierno á sus gobernados le induce á proteger cosas que no le demandan protección. Nos amarra un barboquejo sin que nos hayamos dolido de las muelas. De repente nos juzga pletóricos y nos manda sangrar con algún barbero de Tebes ó Chinchao.

El Partido Civil, por boca de su jefe, se ruboriza y siente escrúpulo de seguir tolerando los deslices de la prensa. ¡Escrúpulos de Nana! ¡Rubores de la Mouquette! Los cotidianos de la hermandad ó voceros del *bluff* civilista hacen coro al Gobierno y fingen los mismos aspavientos. Esos diarios—padres legítimos de

las hojas semanales--marcan el tono de la pólemica, vulgarizan las destemplanzas del lenguaje y enseñan durante seis días la lección que sus hijos repiten cada sábado. Al montar en cólera por los desmanes de su prole, se igualan con el Jesucristo de La Tierra, con ese buen papá que vive produciendo sonoridades inconvenientes, mas no sufre que su hija la Trouille le imite una sola vez.

A no revelarlo el Gobierno, nadie maliciaría que la pobre Ley de 1823, nos deshonraba, que "era un cartel permanente de descrédito para la República," sin duda por dejar algún resuello al escritor y no acabarle de asfixiar en una máquina neumática. Entre los cargos á las repúblicas sudamericanas no figuran los desmanes de la prensa. Nos hemos desacreditado, no por lo que unos dijeron sino por lo que otros han hecho. La mala fama, el hedor sudamericano, proviene de focos distintos, por ejemplo, las guerras civiles y las trampas internacionales. "Las 22 repúblicas latinas de América, dice Gustave Le Bon, viven de empréstitos europeos que se reparten bandas de bribones políticos asociados á bribones de la finanza europea encargados de explotar la ignorancia del público...... En esas desgraciadas repúblicas el pillaje es general, y como todos quieren participar en él, las guerras ci-

viles son permanentes" (*Psychologie du Socialisme.*)

Refiriéndonos al Perú, agregaríamos que el robo presenta los caractéres de una pandemia nacional: donde hay un duro y una mano peruana, hay noventinueve probabilidades contra una para que el duro desaparezca. ¿Quién es ella? preguntaba un juez al saber la perpetración de algún crimen. ¿Quién es el ladrón? debemos decirnos aquí, siempre que veamos construir edificios públicos ó tengamos noticia de consumarse operaciones financieras. Casi todas las riquezas privadas tienen origen fiscal, y habría derecho de proceder á una confiscación en globo. Las haciendas, las casas, los mobiliarios, la ropa, y quien sabe, hasta el cuero de algunos individuos, representan defraudaciones al Estado. ¿Dónde la institución ó sociedad que no haya sufrido el zarpazo de algunos bribones? Hablen las recaudadoras, las aduanas, los correos, las beneficencias, las municipalidades, sobre todo la de Lima, donde no faltó concejal patriota que se robara el dinero consagrado á subvencionar las escuelas de Tacna.

Pero no solamente operamos en familia: somos una especie de fósforos mágicos que prendemos en todas las cajas. Particulares, agentes financieros, cónsules y hasta Minis-

tros, han dejado tan buena fama desde Londres hasta París que en muchos círculos decentes de la última ciudad se prohibe el ingreso de peruanos (no creemos que haya sido por abusar de la prensa y defender la Ley de 1823) Y como en el Perú carecemos generalmente de sentido moral, á nadie le cortamos su carrera por abuso de confianza ni por un gatuperio: al que por falta de honradez pierde un destino, le concedemos otro con responsabilidades mayores; al que fuga para evadir la acción de la Justicia, le nombramos cónsul ó Encargado de Negocios; al que en su bagaje histórico guarda una bancarrota fraudulenta, le diplomamos de financista, con honores y fueros de ministro de hacienda en disponibilidad.

A revoluciones y latrocinios, uniríamos el divorcio con la verdad. Si la historia de las naciones cupiera en una sola palabra, la del Perú se encerraría en la voz mentira. Desairado papel hacemos en el mundo, por que desde la Jura de la Independencia hasta la inauguración del régimen actual hemos vivido mintiendo, porque todos mentimos hoy, desde el Arzobispo hasta el barredor de calles y desde el sabio más sabio hasta el lego más lego, porque de la mentira hacemos nuestra ley y nuestra costumbre, nuestro pan y nuestra bebida, nuestra madre y nuestro Dios. Mentira

lo acuñado en la moneda, porque nunca tuvimos firmeza, unión ni felicidad; mentira lo pintado en el escudo, porque la abundancia no reinó jamás en nuestras desvalidas muchedumbres; mentira lo sancionado en la Constitución, porque se gobierna sin leyes, se delinque sin responsabilidad y se viola todos los derechos del ciudadano; mentira la libertad, porque una raza entera gime en la servidumbre y nadie está seguro de no envejecer en una cárcel ó no pasar años entre los muros de un cuartel; mentira la igualdad ante la ley, porque jueces y códigos legitiman las iniquidades de los poderosos y ahogan en un diluvio de legajos las reclamaciones de los pequeños; mentira la fraternidad, porque nos devoramos en las guerras civiles y no hemos cerrado el cielo rojo que se inaugura con las abominaciones de Pizarro en Camajarca y sigue con el linchamiento de Vizcarra; mentira, en fin, todo eso de "Gobierno republicano, democrático, representativo, fundado en la unidad," porque variamos los nombres mas no las cosas, porque no hemos botado el pelo de la dehesa colonial, porque nuestro régimen político y nuestra vida social se reducen á una prolongación del Virreinato, con sus audiencias, sus alcaldes, sus corregidores, sus repartimientos, sus frailes de misa y olla, sus

beatas de rosario y correa, sus dómines hueros, sus virreyes mulatos y sus Perricholis francesas.

II

El proyecto de la nueva Ley de Imprenta denuncia la índole del Gobierno: quiere operar á oscuras, aduciendo buenas intenciones y olvidando que bien podríamos dudar de sus palabras. Efectivamente, al que apaga los faroles no le tomamos por guardia civil, aunque nos hable de seguridad pública. Es tradición nacional que todo presidente se figure venir como el sér providencial que pega un tajo decisivo entre el hoy y el ayer. Sin embargo, muchos están en el solio supremo como Bertoldino en el asno—vueltos hacia la cola. Persiguen la sanción de leyes privativas, individuales y caseras, sin pensar que esas mismas leyes acabarán por herirles de rechazo. Uno de ellos confeccionó cierta *ley* para reunir en sus manos los hilos electorales, y esa *ley* sirvió para que otros le cerraran el camino; urdió también un *código* para sofrenar á los turbulentos, y ese *código* sirve hoy para entibiar los seniles hervores revolucio-

narios de su autor. Si la Ley de Imprenta se aprobara hoy y se volviera mañana contra sus iniciadores, ellos mismos serían los primeros en atacarla por inicua y retrógrada. Los políticos nacionales—y también los extranjeros—siguen una regla: cuando son el cuchillo, tasajean; cuando son la carne, chillan.

Esa Ley imponen gruesas multas por faltas leves, fija tramitaciones insidiosas y pérfidas, confunde á impresores con editores, solidariza al editor con el autor, exige la ciudadanía para editar un periódico, y funda una Congregación del Indice, al estatuir que "la circulación de las publicaciones hechas en el extranjero podrá ser prohibida por el Gobierno con acuerdo del Consejo de Ministros." Lo último significa el retroceso á la época de la dominación española con el establecimiento de un cordón sanitario en el orden intelectual. Habría que organizar en las aduanas una sección de *vistas para libros* y que hacer incesantes pesquisas en las tiendas de los libreros. Y ¡decir que semejante enormidad ha florecido en el cacumen del *hombre más preparado para el mando supremo!* Los aguilones del Civilismo van resultando avestruces; y todo el programa de libertades públicas formulado por el célebre *partido histórico* se resume en

el aviso del barbero: "Mañana se afeita de balde."

"En hora buena, dice el Ministro, que la prensa amoneste, fustigue, marque con el estigma de sus propias faltas al empleado público que se aparte del austero cumplimiento de sus obligaciones. Pero no toque el sagrado de la vida privada de ese hombre." Y establece como ley que "Es inadmisible la prueba de la injuria y en ningún caso exime de pena."

Mientras la Humanidad no constituya un rebaño de hipócritas, aduladores y cobardes, al honrado se le llamará honrado, al pícaro se le tratará de pícaro, sin que haya fuerza ni ley capaces de evitarlo. Lo que no se pregone en el meeting, se murmurará en la conversación; lo que no se divulgue en el diario, se denunciará en el pasquín; lo que no se hable ni escriba en el país, se hablará y escribirá en el extranjero. Salvando distancias y suprimiendo nacionalidades, los pueblos tienden á una conciencia universal, á una justicia humana: esa justicia no cede al cohecho, esa conciencia no perdura en el engaño. Merced á vapores, ferrocarriles y telégrafos, no cabe operar sigilosamente en ningún estado ni desviar por mucho tiempo el juicio de las naciones civilizadas sobre un gobernante y un pueblo. Con prensa de alquilones y tribuna de paniagua-

dos se crea una atmósfera de prestigio á los malos y á los inútiles; con la sola palabra de un hombre honrado, la atmósfera se desvanece.

Al pretender que "no se toque el sagrado de la vida privada," los Gobiernos revelan que se amilanan de salir á luz y quedar en transparencia. Son como esas viejas verdes, todo revoques y pinturas, que huyen de los alumbrados *a giorno* y buscan, la media luz de las pantallas ó de los rincones. El objetivo de la Historia horada el velo de las vestales y la clámide de los césares, retratando á los individuos completamente desnudos, con sus virtudes y sus vicios, sus perfecciones y sus lacras. Merced á ese procedimiento universalmente adoptado, les vemos cómo actúan en el orden oficial y cómo proceden en las cosas íntimas. Sabemos las crápulas de Alejandro, las depravaciones de César y los incestos de Bonaparte, como divisamos la verruga de Cicerón, la nariz de Ovidio, la joroba de Esopo y el cerviguillo de Nerón. La enfermedad de un hombre y sus amoríos explican muchas veces las aberraciones de sus actos públicos: al Luis XIV de los últimos años no le comprenderíamos sin su fístula ni su *vieja*. Para conocernos á fondo deben analizarnos anatómica y fisiológicamente, porque somos un

producto del organismo, no un espíritu encerrado en el cerebro como una bola de oro en un pote de arcilla ó instalado en él como un mayoral en el pescante de una diligencia.

Trazar una línea demarcadora entre el hogar y la calle, dividiendo las acciones en públicas y reservadas, significa decir que los hombres malos y despreciables en su alcoba pueden ser buenos y respetados con el solo recurso de salir al aire libre, que lejos del fogón, las ollas tiznadas y mugrientas se vuelven esmaltados jarrones de porcelana. El malo en pantuflas y bata casera es igualmente malo con mitra ó sombrero de picos. "Atenienses, clamaba Esquines al descargar furibundos golpes en su rival Demóstenes, el que no ama á sus hijos, el mal padre, no podrá ser un buen guía para el pueblo. Sin entrañas para los seres más queridos, para su propia sangre ¿os amará á vosotros que le sois extraños? Malo para su familia, no podrá ser un buen magistrado; perverso en su casa, no mostró en Macedonia ni honor ni virtud; ha cambiado de lugar, nó de costumbres." Las vulgarísimas frases *inviolabilidad del hogar y sagrado de la vida privada* han concluido por sonar hueco. La Humanidad no acepta domicilios inviolables, derechos de territorialidad, ficciones diplomáticas. Al malo le ejecuta en su

dormitorio y en una plaza. Y con justo derecho. El que se lanza á la vida pública, hace pública su vida y otorga á los demás el derecho de operar en él una vivisección física y moral. El que se regocija en escuchar las alabanzas de sus amigos, el que las paga talvez con dinero del Fisco ¿por qué no ha de sufrir los ataques de sus adversarios? Al entrar en un bosque, tanto se oye la melodía de un ruiseñor como se recibe la picadura de un insecto. Cuando las luchas políticas arrecian, los beligerantes abandonan las discusiones doctrinarias y emplean argumentos *ad hominem*, sin distinguir vida pública de vida privada, acosando en toda terreno al enemigo, siguiéndole al último escondrijo de su hogar, para revolcarle, herirle en lo más doloroso, desollarle vivo. Así ha pasado en todos los siglos, así pasa en todo el mundo, sin excluir al Perú, donde el mismo Gobierno, que tanto celo abriga por la honra de los ciudadanos, malversa ingentes sumas del Erario en fomentar hojas semanales dirigidas por verdaderos rufianes de pluma.

Según la Constitución, el domicilio es inviolable; pero ¡atengámonos á disposiciones constitucionales! Acabamos de presenciar la formación del censo. La Municipalidad, bajo pena de fuertes multas, ha exigido de hom-

bres y mujeres los detalles más reservados. Ellas han tenido que revelar el número de sus alumbramientos legales ó ilegales, ellos que denunciar si vivían casados por la Iglesia ó unidos por el amor libre. Habiendo autorizado á los empadronadores para controlar los informes, se les otorgó el derecho de invadir los domicilios y ver si algunas personas de la casa evadían la inscripción en el censo. Las autoridades ofrecen, pues, continuos ejemplos de inmiscuirse en la vida privada, de no respetar el sagrado del hogar.

Nada más sagrado que el dormitorio; pero ni á él se le respeta. Al solo indicio de infección pestosa, los agentes del Municipio asaltan un cuarto de dormir, se aproximan á la cama, desarrebujan los cobertores y examinan al dueño, para saber si en alguna de sus glándulas quieren asomar los infartos de la bubónica. Al más leve síntoma, aislan al hombre, le declaran contaminado. Dirán que se procede así para detener la difusión del mal. Pero si hay un contagio físico ¿no hay también una contaminación moral? Si unos tienen bubones en el cuerpo ¿otros no esconden la infección purulenta en el alma? Como señalamos á variolosos y coléricos ¿no marcaremos á ladrones y asesinos? Se practica una acción loable al denunciar donde se presenta un caso

de fiebre amarilla ó de tifus; se incurre en delito punible y odioso al decir donde se alberga un pícaro y donde respira un malhechor. Proclamamos el mal físico menos temible que la depravación moral; pero, llega la hora de las aplicaciones, aislamos á los enfermos y declaramos intangibles á los criminales.

Al establecer la inviolabilidad de la vida privada, se permite alabar las virtudes caseras, no vituperar los vicios de puertas adentro. Así, pues, alabemos á un general si oye misa con devoción ó regala veinte centavos á las Hermanitas de los Pobres; no le censuremos, si en un retrete de Palacio se araña con su mujer ó si á hurtadillas le pega un beso al oficial de guardia. Tampoco denigremos al senador que trasnocha en el garito, al prefecto que va trascendiendo á cuba mal cerrada, al magnate que en su familia implanta el régimen de ayuno y dieta, al cónsul que se viene de fuga para eludir las garfas de sus acreedores ni al funcionario que sube con asombrosa rapidez, gracias al poder ascendente de las faldas. Todos los bribones adquieran una póliza de seguros sobre la honra, desde el parlamentario que recibe la propina de un gordo negociante hasta el ministro que se adjudica los extraordinarios, desde el juez provinciano que se ablanda con unas seis gallinas ó dos

carneros hasta el magistrado limeño que no se rinde ante un cheque menor de cincuenta libras, desde el militar que al primer fogonazo toma las de villadiego, dejando el sable y llevándose la caja del cuerpo, hasta el conspicuo miembro de la Unión Católica que ensalza las excelencias de la monogamia cristiana, pero al más leve descuido de su mujer, se escurre á perfumarse con los embalsamados atractivos de la cocinera. Para lo malo, un violín á la sordina; para lo bueno, *tutta* la orquesta. Así, la Historia se resumirá en un almácigo de veneraciones, beatificaciones y santificaciones: uno competirá con el venerable Beda, otro con el beato Martín de Porres, otro con santa María Magdalena.

Tapar vicios reales y encarecer virtudes falsas no parecen actos muy laudables; sin embargo, los hombres públicos se imaginan lo contrario y sueñan con imponer el régimen de libertad relativa en el uso de la palabra. De ahí las leyes tanto más opresivas cuanto menos solidez ofrecen las bases de la autoridad. En la vida pública sucede lo mismo que en la vida social: á mayor humildad del origen, mayor soberbia del *parvenu*; á mayor ilegitimidad del mando, mayor insolencia del mandón.

Mayor miedo también. Con el miedo, los hombres públicos exageran el peligro y sufren continuas aberraciones: en el tufo de un puchero huelen la pólvora de un rifle, en la crema de un pastel gustan el sabor de algún tósigo, en el zumbido de una mosca perciben las repercuciones de un trueno. Como sumergidos en perpetua neblina, toman la rama de un arbusto por el tronco de un cedro, la silueta de un conejo por la figura de un buey. En todo recluta del periodismo miran un César ó un Alejandro, en toda pelotilla de migajón temen una bala dum-dum. Tratándose de periódicos, llegan al extremo de perder el juicio y convertirse en una especie de Licenciados Vidriera. "No me toquen porque soy de vidrio muy tierno y quebradizo," decía Tomás Rodaja á los muchachos que le amenazaban con piedras; "no me pinchen porque soy vejiga muy delgada y reventadiza," repite hoy el Gobierno á los escritores que le enseñan los dientes de una pluma.

1903

POLITICA y RELIGION

(En las páginas siguientes hay una repetición de lo dicho en las anteriores. Conviene la insistencia en afirmar que la Política no debe separarse de la Religión que libertad y Catolicismo no pueden ir aliados, que ninguna obra de honradez se funda en una base de mentira.)

I

Cuando Gambetta dijo que no había cuestión social sino cuestiones sociales," le respondieron que todas las cuestiones se resumían en la lucha del individuo con las colectividades: del jornalero con los capitalistas, del ciudadano con las autoridades, del filósofo con las comuniones religiosas. Le respondieron también que todas las luchas pedían una solución—la independencia del individuo.

En las naciones donde existe separación entre el Estado y la Iglesia ó, cuando menos, impera la igualdad de todas las religiones ante la Ley, el conflicto religioso desaparece ó disminuye de intensidad. Nadie se ve compelido á fomentar la celebración de cultos ajenos; todos pueden enunciar sus creencias y defenderlas con la palabra ó la pluma. Donde el Estado profesa una religión y la favorece con perjuicio de las otras, el individuo queda sacrificado á los intereses de una colectividad, y tiene que reaccionar con energías proporcionadas á las fuerzas opresoras. Reacción inevitable en el Perú, donde exclusivamente domina el clero de una secta. Aquí, por derecho de legítima defensa, los hombres más pacíficos serán un día, no sólo anticatólicos, sino anticlericales agresivos.

Como algunos sabios no admiten conflictos ineludibles entre la Religión y la Ciencia, fundándose en que el saber humano y la verdad revelada evolucionan en órbitas diferentes; así muchos filósofos y hombres públicos no aceptan abismos insondables entre las cuestiones religiosas y las cuestiones políticas, imaginándose que la libertad se concilia con el Dogma, hasta pretendiendo que "un revolucionario no tiene por qué vivir en guerra con ninguna de las religiones positivas." Vache-

rot, que en uno de sus mejores libros había considerado la religiosidad como un fenómeno sicológico, destinado á desaparecer con los adelantos de la Ciencia, llegó en los últimos años de su vida á lanzar este aforismo estupendo: "Dios entrega á los hombres la Política y se reserva la Religión."

¿Convienen semejantes separaciones? ¿Las admiten los católicos?

II

A pesar de los subterfugios, de las argucias, de los distingos y de las evasivas, no cabe duda que de toda cuestión social ó política surge siempre una cuestión religiosa. El Catolicismo ha dominado tanto en las conciencias, se ha ingerido tanto en la formación de la sociedad civil, que al emprender una reforma radical nos encontramos frente á frente de la Iglesia para cerrar el paso en nombre de un dogma, de un canon ó de un derecho consuetudinario. Querramos, por ejemplo, modificar las leyes arcaicas de la familia, y la Iglesia nos arguirá considerando el divorcio como una infracción de las leyes divinas y llamando al matrimonio civil un repugnante concubinato. Querramos oponer la justicia y la solidaridad

al régimen inicuamente egoísta del Capital, y la misma Iglesia nos dirá que no invoquemos la justicia sino la caridad, que el pauperismo se resuelve con la limosna ó sopa de los conventos, y que al no resolverse, al proletario le cumple resignarse y esperar la retribución en el otro mundo.

Desde la libertad del esclavo hasta la emancipación de la mujer, y desde la independencia de las naciones hasta la inviolabilidad de las conciencias, todas las grandes reformas encontraron en la Religión Católica un enemigo, ya descubierto, ya embozado. Pudo el Cristianismo naciente significar una reacción saludable contra el cesarismo romano y el sacerdocio judío, pudo sembrar en los pueblos un germen de insubordinación y rebeldía, pudo hasta infundir en las almas un vago anhelo de libertad y cosmopolitismo; pero la sencilla creencia de los siglos evangélicos se ha modificado de tal manera que hoy el Catolicismo figura como el aliado inevitable de todos los opresores y de todos los fuertes: donde asoma un tirano, cuenta con dos armas—la espada del militar y la cruz del sacerdote. Cuando la Iglesia favorece ó aprueba el espíritu revolucionario de las muchedumbres, no lo hace con el fin de contribuir á la emancipación integral del hombre, sino con el propósi-

to de encausar la revolución, de beneficiarla en provecho del Catolicismo.

Y con semejante proceder se obedece á una ley: toda religión naciente se muestra revolucionaria y progresista, así en el orden moral como en el político y el social; toda religión triunfante se declara eminentemente conservadora y estacionaria: de oprimida se vuelve opresora, de popular y libre se hace aristocrática y oficial. Piensan los sectarios que el mundo no debe seguir un paso más allá del punto en que la religión se detiene; y no carecen de lógica al pensarlo: si el Dogma encierra la resolución de todos los grandes problemas ¿qué importa lo demás? Las religiones figuran como una especie de roca cristalizada al rededor de la Humanidad: no se avanza sin romper la cristalización.

Por eso, quien dice propaganda de libertad dice propaganda irreligiosa. No se concibe un revolucionario á medias; quien lucha por el individuo contra el Estado, tiene que luchar por el individuo contra la Iglesia. Pueden la Iglesia y el Estado declararse guerra por cuestiones secundarias ó de supremacía; mas cuando surge una verdadera conmoción social, el Poder religioso y el Poder civil se unen y se auxilian, con el fin de mantener la

sujeción del individuo. Son dos mal casados que viven riñendo, mas se ponen de acuerdo para atacar á los vecinos. Ya los precursores del siglo XVIII lo vieron claro al sostener que "para sembrar en Francia los gérmenes de la revolución, era necesario empezar por descatolizarla". Cuando Voltaire hablaba de *aplastar á la infame* (refiriéndose á la Religión Católica) y Diderot daba el consejo de "ahorcar el último rey con los intestinos del último sacerdote," expresaban gráficamente la idea de emprender una acción doble ó paralela, sin divorciar las cuestiones religiosas de las cuestiones políticas.

Hoy, salvo el socialismo católico (doble falsificación del Catolicismo y del Socialismo) todos los partidos avanzados reconocen que el progreso entraña la secularización de la vida, y engloban en el mismo ataque á la Iglesia y al Estado. La fórmula concreta de la emancipación social, el lema que los verdaderos revolucionarios escriben hoy en su bandera es la frase de Blanqui: "Ni Dios ni amo." Bakounine descarga tantos golpes en la Iglesia como en el Estado, y afirma que "si Dios existiera, sería necesario abolirle." "Los conservadores, dice Elisée Reclus, no se engañaban al dar á los revolucionarios el nombre general de *enemigos de la Religión, de la familia y*

de la propiedad; también pudieron llamarnos enemigos de la patria política." Sebastien Faure exclama en sus horas de colérica inspiración: "Marchemos al combate contra el dogma, contra el misterio, contra el absurdo, contra la religión" Pero no recurramos á sólo anarquistas y socialistas. Julio Simon, antes de predicar la *república amable* y ser un deícola de oficio, llegó á decir en el Cuerpo Legislativo de Francia: "No más alianza posible entre el Poder temporal y el Poder espiritual; el tiempo de los compromisos ha pasado ya. De hoy en adelante, el Poder espiritual no puede vivir sino en nombre de la libertad é invocándola"

III

¿Por qué los demócratas y revolucionarios han de usar separaciones y distingos para llamarse reformadores en política y estacionarios en religión, por qué los filósofos y librepensadores han de emprender una cruzada irreligiosa, con exclusión de toda lucha política ó social, cuando los verdaderos ortodoxos se declaran abiertamente conservadores en todo y rechazan la diferencia radical

entre el orden político y el orden religioso? Ellos sólo *distinguen* lo temporal de lo eterno, cuidando siempre de agregar que al Estado le cumple doblegarse ante la Iglesia ó, mejor dicho, proclamando la subordinación del Poder civil al Poder religioso. Para el buen católico, la unidad política no se realiza sin la unidad religiosa ó sometimiento á la exclusiva dominación de Roma. Los Didon y los Lacordaire, los conciliadores de la Iglesia con la Democracia, y de la Ciencia con la Religión, infunden recelo y desconfianza en todos los bandos, amigos y enemigos, avanzados y retrógrados. Montalembert se vió tan acosado por los incrédulos de París como por los jesuítas de Roma. El padre Jacinto no se ha granjeado muchas simpatías con su religión *católica*, *apostólica* y *francesa*. Hay que seguir á Lamennais—cortar el cable.

En la Política Sacada de la Escritura, Bossuet enuncia esta proposición: *El sacerdocio y el imperio son dos potencias independientes, mas unidas*; y á continuación se explana en las siguientes consideraciones: "El sacerdocio en lo espiritual y el imperio en lo temporal no dependen sino de Dios; pero el orden eclesiástico reconoce al imperio en lo temporal, como los reyes en lo espiritual se reconocen los humildes hijos de la Iglesia."

En estas palabras se nota que Bossuet procede cortesana y jesuíticamente, deseando no desagradar al Rey de Francia ni al Pontífice de Roma. Sin embargo, se trasluce algo, se deja sentir el veneno. ¿Qué se entiende por *reconocerse humildes hijos de la Iglesia*? indudablemente, obedecer las órdenes de los Papas y estar animado por el espíritu de la Curia Romana. Los *humildes hijos* repiten que "aun cuando la Iglesia Romana imponga un yugo apenas soportable, conviene sufrirle antes de romper la comunión con ella." [*Bossuet*]

Pío IX, que seguramente no rivaliza con el Aguila de Meaux, procede con celo tan fogoso y exagerado que de vez en cuando parece un lobo con disfraz de cordero; si por sus dogmas de la Inmaculada y de la Infalibilidad ahonda más el abismo entre la Razón y la Fe, en su Syllabus codifica lo que podría llamarse incompatibilidad de humores entre la Religión Católica y las sociedades modernas. Con Pío IX, el Catolicismo hace gala de haberse convertido en una religión estéril y sin vida, algo como una mole de granito en un campo de labor ó como un cementerio en el corazón de una ciudad.

León XIII no sigue los rastros de Pío IX: en vez de las medidas impremeditadas y violentas, usa la sagacidad, las buenas formas,

el machiavelismo angélico; pero no siempre logra buenos resultados, como por ejemplo en Bélgica, donde sufrió un solemne fiasco al tratarse de una ley que hería los intereses de la Iglesia. *Públicamente*, León XIII exhorta á los obispos belgas para que transijan y se sometan á las leyes de la nación; *privadamente*, valiéndose de su secretario el cardenal Nina, les aconseja resistir y luchar por cuantos medios estén á su alcance. Desgraciadamente para Roma, el ministro Frère Orban descubre la intriga; y el Machiavelli del Vaticano pasa unos momentos no muy agradables.

Para conocer á fondo el espíritu de la Iglesia, no vale recurrir siempre á los documentos oficiales: los escritos de los buenos creyentes, de esos que no andan con diplomacias ni contemporizaciones, sirven de inapreciables documentos. La Revue du Clergé Français publicó, no hace muchos años, un estudio muy digno de citarse, por la sinceridad en la expresión de las ideas.

"La Iglesia, decía el periódico, tiene derecho á reinar, no sólo sobre los individuos y las familias, sino también sobre los pueblos ó, de otra manera: en el orden espiritual, el Estado no es independiente de la Iglesia, sino que se halla en el deber de abrazar, profesar y proteger

la Religión Católica......El Estado tiene por fin el bien temporal de los hombres; la Iglesia, su dicha sobrenatural. El fin de la Iglesia excede, pues, infinitamente en excelencia al fin del Estado, que se le subordina: pero, como la subordinación de los fines acarrea la subordinación de los medios, se deduce que el Estado queda subordinado á la Iglesia.

"Concluimos: el Estado debe ponerse al servicio de la Iglesia, tanto al menos como se lo permita la condición de los espíritus; el régimen de la separación, como el de los concordatos, no encierra el ideal: el Estado debe usar de la ley y la espada para el reino social de Jesús. Al hacerlo en otro tiempo, cumplía con su deber.

"¿Por qué tratar de excusarlo torpemente? La Iglesia, sociedad á la vez divina y humana, posee con el poder doctrinal y legislativo, el poder coercitivo que es el acompañamiento necesario: ella tiene el derecho de castigar por sí misma y con penas materiales al fiel y al herege culpables. A más, tiene el derecho de exigir que el Estado ponga la fuerza de que dispone al servicio de los intereses espirituales que ella tiene la misión de amparar.

"De derecho divino, el Papa, jefe de la Iglesia, tiene antes que nada, el poder de dar

á los príncipes [como supremo doctor de la moral] direcciones obligatorias en el gobierno de los Estados"......

Tales son los principios tradicionales de la Iglesia, expuestos franca y llanamente, sin evasivas de obispos galicanos ni atenuaciones de pontífices diplomáticos, á la manera como les profesaba Gregorio VII cuando repetía:

"Si la Santa Sede ha recibido de Dios el poder de juzgar las cosas espirituales ¿por qué no ha de juzgar también las temporales?... Cuando Dios dijo á San Pedro: *Apacienta mis ovejas* ¿exceptuó acaso á los reyes? El episcopado está sobre la reyecía lo mismo que el oro sobre el plomo: Constantino lo sabía muy bien, cuando tomaba el último lugar entre los obispos."

Sueñan, pues, ó se alucinan los hombres que persiguen una alianza ó, cuando menos, un estado de paz entre la Iglesia y el Estado, entre la Razón y la Fe. Mientras los filósofos ó librepensadores combaten el Dogma, sin cuidarse de las reformas políticas ó sociales, y mientras los republicanos y demócratas guardan una candorosa neutralidad en las cuestiones religiosas, los buenos católicos trabajan por someter la política á la religión, por colocar el Estado bajo la dominación de

la Iglesia. Y los católicos llevan siempre la ventaja: si no gobiernan, invocan la libertad, la consiguen y la usan para combatir á sus enemigos; si ejercen el poder, no la otorgan á nadie, imponen silencio á todos sus adversarios. Louis Veuillot lo declara perentoriamente, cuando se dirige á los liberales: "Nosotros pedimos á ustedes la libertad porque su doctrina les manda concederla; mas se la negamos porque la nuestra lo dispone así."

El Catolicismo encierra una perenne amenaza á la civilización moderna, una latente revolución á la inversa, un poder que incesantemente se afana por rehacer la Historia con el fin de borrar los rastros de la Revolución francesa, suprimir la Reforma, anular el Renacimiento y sumergir á la Humanidad en la penumbra de la Edad Media. Es el enemigo, el árbol de sombra mortífera, el manzanillo de las almas. Si quisiéramos palpar el resultado de su acción sobre los pueblos, no necesitaríamos alejarnos mucho: el progreso intelectual y moral de las naciones sudamericanas se mide por la dosis de Catolicismo que han logrado eliminar de sus leyes y costumbres.

1900.

APÉNDICE

(DOS CARTAS)

1

Unión Nacional
Comité Provincial
Arequipa

Arequipa, Abril 24 de 1902.

Sr. D. Manuel G. Prada
Lima.

Señor:

Me dirijo á usted por encargo del Comité de mi presidencia, para inquirir, si usted tiene á bien expresarlos, los motivos que le han impulsado á separarse de la Unión Nacional.

Si el Comité de Lima ha hecho traición á los principios liberales del Partido, quisiera el de Arequipa saberlo por la voz autorizada de usted, para según eso enderezar sus actos posteriores.

Suplicando á usted una pronta respuesta, me suscribo como su muy atto. S. S.

Francisco Gómez de la Torre.

II

Lima, Abril 30 de 1902.

Sr. D. D. Francisco Gómez de la Torre
Arequipa.

Señor:

Acabo de recibir su carta del 24 y me apresuro á contestarla.

Para satisfacer los deseos del Comité Provincial que usted preside, voy á manifestarle la causa que originó mi alejamiento de la Unión Nacional y el motivo que ha determinado mi separación definitiva.

Mi alejamiento, como ya lo he dicho, tuvo una sola causa: mi oposición en Setiembre de 1899 á que el Partido se aliara con los revolucionarios. Desde aquella época, sólo asistí á las sesiones mientras se realizaron en mi domicilio, quiere decir, hasta Mayo de 1900.

¿Qué prometieron los revolucionarios del 99? ¿Hubo razones ó garantías suficientes para que la Unión Nacional creyera en el próximo advenimiento de una éra venturosa? Para concebir semejante ilusión, habría sido necesario no conocer á *nuestros hombres* ni recordar hechos abominables y recientes. Si las tiranías y malversaciones del régimen demócrata-civilista justificaban la rebelión, los revolucionarios no ofrecían esperanzas de con-

sumar una reacción desinteresada y purificadora: entre los nuevos redentores ó mesías figuraban los antiguos crucificadores del pueblo. Convino desconfiar y abstenerse, permaneciendo tan lejos de la charca sangrienta donde chapoteaban los revolucionarios, como del fango bendito donde se revolcaban los sostenedores del Gobierno. Nos igualábamos al espectador de un circo: aunque simpatizáramos con alguna de las fieras, no teníamos por qué intervenir en la lucha.

Mi separación definitiva queda explicada en la siguiente carta:

Lima, Abril 11 de 1902.

"*Al Presidente de la Unión Nacional.*

"*Señor:*

"*Aviso á usted que, por no faltar á mis convicciones, me separo de la Unión Nacional.*

"*El Comité Central se aproxima hoy á los clericales, no sólo para extenderles la mano, sino para querer llevarles en triunfo á la Junta Electoral.*

"*Yo no acepto una política de genuflexiones y acatamientos á los enemigos, principalmente á conservadores y ultramontanos.*

"*Cuando en el país se diseña la división de los hombres por las ideas, se emprende un movimiento de retroceso al pretender borrar las líneas de separación.*

"*Su atento servidor*"

MANUEL G. PRADA.

Me parece necesario insistir en algunos puntos y agregar algunas reflexiones.

Si á conservadores y ultramontanos queremos llevarles hoy á la Junta Electoral ¿por qué no les llevaremos mañana á las diputaciones, senadurías, ministerios y la misma Presidencia de la República? La razón aducida hoy, podríamos aducirla mañana: *honradez ejecutoriada*. Prescindir de las convicciones retrógadas y basarse únicamente en la honradez, para conferir á los individuos un cargo público de grave trascendencia, es olvidar las lecciones de la Historia y desconocer la misión que desempeñan las agrupaciones militantes, equivale á sostener que en el mundo hay un solo partido—el de los vecinos honrados. ¿Para qué las luchas de Torys y Whigs en Inglaterra, de socialistas y oportunistas en Francia, de carlistas y liberales en España, de papistas y garibaldinos en Italia, de republicanos y demócratas en Estados Unidos? Los jefes de los partidos, en vez de intransigir y declararse la guerra, deberían celebrar una *Santa Alianza* y limitarse á colaborar en la formación de tribunales para castigar á los malos ó de hermandades para remunerar á los buenos. El programa se resumiría en breves palabras: todo para el honrado, aunque se llame Torquemada ó Loyola.

Cierto, el malo en la vida privada, no se mejora al ingresar en la vida pública: Gil Blas, no se transforma en Cincinato por el solo hecho de ceñirse una corona, terciarse una banda, coger una cartera ó sentarse en

una curul. A mal hombre, mal ciudadano y mal gobernante; mas ¿debe afirmarse que al buen hombre corresponda el buen político? El justo en el recinto del hogar, suele mostrarse criminal en el ámbito de un parlamento: hombre incapaz de adjudicarse los bienes ajenos, puede suscitar persecusiones, trasgredir las leyes y desangrar á todo un pueblo. Honrados fueron Francia, García Moreno y Cánovas del Castillo; honrado seguimos creyendo á Morales Bermúdez; honrado se consideró á don Eduardo Romaña y con ese único título se le confirió el mando supremo.

Para administrar justicia ó guardar un depósito, se busca hombres de honradez ejecutoriada; para ejercer altas funciones políticas se elige personas que á la pureza de la vida, reunan elevación en las ideas. Se les exige limpieza en las manos y luz en el cerebro: no luz de Teología medioeval sino de Ciencia moderna. Los partidos liberales que patrocinan á un conservador ó cejan en el terreno de las convicciones, desacreditan la propaganda, ofrecen una lección de inconsecuencia, realizan una obra malsana y contraproducente. Los espíritus sencillos ó rudimentarios son esencialmente simplistas: como el ojo del salvaje no distingue bien el matiz de los colores, ni el oído del inarmónico diferencia las notas, así el cerebro de nuestras muchedumbres no aprecia las graduaciones en las ideas que desunen á los partidos afines: los simplistas reconocen dos bandos, liberales y clericales. ¿Qué efecto produce la unión, el acercamiento, la mera connivencia de los bandos

enemigos? las muchedumbres piensan que todas las divisiones de principios se reducen á palabras ó que los liberales proceden con mala fe y no merecen la confianza popular. Eso vemos en el Perú, donde las facciones enemigas, después de luchar á muerte, se coligan y marchan amigablemente, para en seguida desagregarse y volver á nueva lucha, viviendo en perpetua serie de concesiones y alianzas, de rupturas y guerras.

A todos los hombres, amigos y enemigos, les debemos algo más que conmiseración y caridad evangélica—les debemos justicia: mas para realizarla, nos vemos obligados á combatir con los injustos, con los individuos que profesan la teoría de ahogar el pensamiento y someter el mundo á la dominación de Roma. Clérigos ó seglares, aislados ó en grupo, los católicos son el enemigo más temible en las naciones sudamericanas. Aunque algunos muestren indiferencia política ó se adhieran á facciones moderadas, pertenecen á un solo partido—la Iglesia. En todo conflicto de lo *humano* con lo *divino*, sacrifican lo primero á lo segundo: juran hoy cumplir la Ley, y mañana la desconocen y la violan alegando una razón canónica ó un interés sobrehumano. Para un buen católico el summum de la honradez se cifra en proceder conforme á la doctrina y favorecer los intereses del Poder eclesiástico. Y ¿existe un poder más absorbente ni más peligroso? El Catolicismo es tanto una religión como una política: fingiendo tender á sólo el gobierno espiritual, la Iglesia persigue el dominio temporal del

Orbe. Cuando arrecia la lucha de lo nuevo con lo viejo, el súbdito de Roma tiene que renegar de sus convicciones ó que transformarse en soldado contra la Razón y la libertad.

Conviene cerrar el paso á los ultramontanos, no concediéndoles armas que tarde ó temprano descargarán sobre nosotros. Ya que no lograremos obligarles á practicar el bien, reduzcámosles á la impotencia de hacer el mal. Dando al enemigo poder y honores que él nos negaría en virtud de sus doctrinas, confiándonos en la buena fe de sus intenciones, procedemos con inocencia infantil y convertimos la política en orden de caballería andante. La tiranía de un soldado se destruye con el sable de otro soldado: á la fuerza, la fuerza; pero al clericalismo no se le anonada con batallas ni constituciones: al desaparecer de la ley y de la política, permanece en las costumbres, se refugia en la familia. Para combatirle y aniquilarle se requiere el trabajo infatigable de muchos años y de muchas voluntades.

El florecimiento de honradez y virtudes en el campo conservador no modifica la manera de proceder en el bando liberal. Cuando dos ejércitos aperciben las armas y se arrojan al combate, ninguno de los beligerantes averigua si en las filas contrarias hay hombres de honradez acrisolada: ambos hacen fuego, de modo que en el fragor de la pelea, caen el bueno y el malo, el justo y el inicuo. Un propagandista es un soldado futuro, un partido es una revolución latente; se empieza con la tin-

ta y el papel, se termina con la sangre y el rifle. En las naciones más civilizadas reina el servicio militar obligatorio; en ningún partido se ve la coacción para reunir y conservar adherentes: el pacífico se abstiene, el desilusionado se aleja. Hay en la sociedad un espacio suficientemente grande para el desarrollo de todas las energías: los tolerantes y contemporizadores fundan asociaciones oportunistas y moderadas, no partidos avanzados y batalladores, capaces de arrollar obstáculos, remover cimientos y cambiar las instituciones sociales y políticas de un pueblo.

Usted y el Comité Provincial de Arequipa juzguen de mi conducta: no quiero imponer mis ideas, mas deseo que los espíritus serenos y levantados las conozcan y las valoricen. Ustedes que presencian la lucha de liberales y conservadores arequipeños, ustedes que palpan la intolerancia y agresividad no sólo del clero sino de los católicos más humildes, ustedes que talvez sirven de blanco á celadas, injurias é imputaciones calumniosas, ustedes respondan si los fanáticos proceden con lealtad y buena fe, si la Unión Nacional puede vivir en armonía con adversarios semejantes, si conviene llevarles en triunfo á la Junta Electoral.

Saludando á usted, me suscribo su muy atto. y S. S.

Manuel G. Prada.

INDICE

Primera parte

Segunda parte

Apéndice

ERRATAS

Apotasía por apostasía--pág. 23; *la* convulsiones por las convulsiones—54; *bajo* relieves por bajos relieves—246; Esa Ley *imponen* por Esa Ley impone.